

Ninguna Nace Aprendida
Experiencias de masculinidad y feminidad: tránsitos y construcción de sí.

Monografía de grado para optar por el título de

Socióloga

Programa de Sociología

Escuela de Ciencias Humanas

Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Presentada por:

Nathalia Ximena Guerra Villamizar

Dirigida por:

Franklin Gil Hernández

Semestre I, 2017

Contenido

Agradecimientos	3
Introducción	5
Capítulo I	
Sobre esta investigación: estado del arte, marco teórico, y metodología	10
1.1 Estado del Arte.....	10
1.2 Marco teórico.....	14
1.3 Metodología.....	17
1.4 Las y los entrevistados: presentación y acercamiento a sus relatos de vida.....	21
Capítulo II	
Construcciones corporales	38
2.1 Cuerpos en tránsito.....	38
2.2. Masculinidades construidas entre la transgresión y la normatividad.....	41
2.3. Replantear los roles de género tradicionales desde las experiencias de tránsito.....	49
2.4. Los cuerpos <i>trans</i> : una discusión desde la práctica y la academia.....	58
2.5. Cuerpos en re-construcción.....	61
Capítulo III	
Feminidad y masculinidad: definiciones, experiencias y prácticas	64
3.1. El género: entre lo natural y lo construido. Conclusiones individuales a partir de la práctica.....	64
3.2 Feminidad y masculinidad: oposición-complemento, formas de construir el género a partir del tránsito.....	77
3.3. Cambiar de género: ascenso y descenso de estatus en las jerarquías de lo masculino-femenino.....	95
3.4. Las identidades de género: diferentes formas de transitar, diferentes formas de construirse.....	99
Conclusiones	101

Agradecimientos

La producción de esta investigación, más allá de ser un requisito de grado, se convirtió en un momento de mi vida compuesto por una serie de situaciones, estadios y emociones diversas. Es por esto que verla culminada significa para mí el cierre de varios ciclos y la bienvenida a un momento nuevo de mi vida. Nada de esto lo logré sola, y es lo que más valor le da a este trabajo. Por ello, quiero agradecer a Franklin Gil, mi tutor de tesis, por su conocimiento que admiro mucho y tomo como ejemplo, por su pedagogía y por la forma en que me ha ayudado a construir conocimiento. A Leonardo Olivos Santoyo, mi profesor de Sociología de Género en la UNAM y a Franklin, les agradezco haber motivado mi amor y mi interés por este campo de estudio. Mi admiración para ambos. A todos los profesores de la Universidad del Rosario que hicieron parte de mi formación, y en particular a la profesora Carolina Galindo, por su apoyo no sólo en el espacio académico, les doy las gracias.

Para mi papá y para mi mamá tal vez se queden cortas las palabras. Son los pilares más grandes de mi vida, en ustedes me sostengo, a partir de ustedes miro hacia adelante y sigo caminando. Desde ustedes me construyo como ser humano, y sé que sin su amor, su cuidado y su paciencia, no habría culminado esto, así que este trabajo es para ustedes dos. Gracias por estar en cada paso, en cada decisión, por secar cada lágrima de desespero y compartir cada alegría. Gracias por tanto.

A Alejandra Buenaventura y José Alexis Blanco, les agradezco mucho sus lecturas a esta investigación, y el ánimo que siempre me dieron para seguir escribiendo. El principio es lo más difícil y sus aportes me ayudaron a organizar este trabajo y darle forma. Gracias también por estar siempre pendientes de mis avances.

Sara Quiroz, Daniela Torres y Javier Cibils Madero, aun cuando no los he hecho tan partícipes de esta escritura, han sido personas que con su amor, su ánimo y su interés, han aportado un montón a mi bienestar y mi alegría, condiciones necesarias para seguir escribiendo. Gracias por eso, y por estar siempre.

Agradezco también a los cinco entrevistados que hicieron parte de este trabajo y a las chicas que hicieron parte de la Escuela de Formación Social y Política para Mujeres Trans, en el barrio Santa Fe. Sus historias se volvieron parte de mí durante todo este periodo, aprendí tanto o más de sus voces y experiencias como de las autoras y autores citados. En términos académicos fue muy enriquecedor, sin embargo valoro aún más el ejemplo de valentía, entereza y amor propio, su alegría y su firmeza en medio de esta lucha. El amor y la energía que me transmitieron no sólo por la búsqueda incansable de unas mejores condiciones sociales y políticas para la comunidad *trans*, sino también por la construcción de sí mism+s, me motivaron a llevar a cabo esta investigación. Con este trabajo quiero hacer un aporte al reconocimiento y comprensión de la diversidad, elementos que considero indispensables para disminuir (y ojalá, algún día, acabar) la discriminación y el trato inequitativo que desde diferentes sectores de la sociedad se promueve hacia las identidades diversas.

“Si el género se ha convertido en un campo de batalla en esta época, merece la pena preguntar: quién está luchando en estas batallas, quién recibe las heridas y queda marcado por cicatrices, y quién muere”... (Halberstam, 2008)

Introducción

El tema de investigación en esta monografía de grado es la experiencia de tránsito de género. El concepto del cual surge el análisis principal de las experiencias transgénero en esta investigación es la feminidad: su cercanía o su distancia, su búsqueda o su rechazo según la construcción de sus cuerpos. A partir de la bibliografía brindada por los Estudios de Género y del trabajo de campo que desarrollé durante el 2014 y 2015 con mujeres transgénero en la Corporación Red Somos, surge la idea de realizar una suerte de "ejercicio comparativo" con los relatos de vida de tres hombres transgénero y dos mujeres transgénero.

Los términos “feminidad” y “masculinidad”, a partir de los cuales trabajaré en esta investigación, se definen en el marco teórico y responden a *un* tipo de feminidad y de masculinidad, basados en estereotipos occidentales.

Al hablar de género y sexualidad necesariamente se evocan los binarismos heteronormativos que rigen las relaciones sociales e imponen un modelo de lo que se considera “normal”, no sólo en términos de interacciones cotidianas, también a partir de los “saberes expertos” como el Psicoanálisis y la Medicina (Bento, 2004). Una de las premisas fundamentales de la heteronormatividad es la “coherencia” (Bento, 2004) entre identidad de género, identidad sexual y orientación sexual: al ser un modelo heterosexual, quien nace con un pene debe ser masculino y sentir atracción sexual por las mujeres, mientras que quien nace con una vagina debe ser femenina y sentir atracción sexual por los hombres. A partir de lo anterior, el problema de esta investigación radica en la tensión que existe cuando dicho “modelo de coherencia” se quiebra mediante las experiencias de tránsito entre los géneros, particularmente, en la forma como se relacionan las mujeres y los hombres transgénero con la feminidad.

En el desarrollo de esta investigación se cuestionarán la feminidad y la masculinidad como supuestos biológicos. En el proceso de transformación de un cuerpo transgénero los supuestos biologizados sobre el género pasan por un proceso de de-construcción; así pues, cuando la feminidad y la masculinidad son sometidas a dicho proceso, se cuestiona su carácter de cualidad privativa para las mujeres que nacieron con vagina y los hombres que nacieron con pene, respectivamente, dando paso a una manera particular de entender el género y sus tensiones. Al plantear el género como una construcción social, producto de la cultura y cambiante según las variaciones de la misma, es posible contradecir las posturas biologicistas que legitiman las relaciones de poder entre los géneros, donde los hombres tienen una serie de privilegios en comparación con las desventajas que restringen cada ámbito en el que las mujeres se desenvuelven. Dado lo anterior, el estudio de las experiencias de tránsito sexual como un campo en el que se alteran los valores tradicionales del género, se convierte en una herramienta útil para demostrar la inconsistencia de dichos valores y la naturalización que socialmente se ha hecho de los mismos. La feminidad y la masculinidad se convierten en valores que se medirán en cada caso a partir de su búsqueda o su rechazo, y la construcción individual que cada entrevistado formule sobre estos conceptos.

Estudiar este tema no es sólo relevante sino necesario, puesto que la comunidad *trans*¹ es un grupo poblacional del que muchas veces no se habla, esta ausencia de discusión sobre el tema permite el desconocimiento de las condiciones mínimas que como sociedad podríamos garantizar a las personas *trans* para llevar a cabo sus tránsitos sin inconvenientes de tipo médico, legal, psicológico y social. Desde los artículos que utilizamos para designar su identidad de género hasta la garantía de acceso a procesos hormonales, deberían estar contemplados dentro de la forma en que este tema se aborda desde las diferentes Instituciones. Es importante generar insumos desde la Academia que permitan entender qué dinámicas, causas y circunstancias atraviesan la vida de estos sujetos, para así evitar que en la cotidianidad se sigan exotizando y evaluando a partir de prejuicios que son, en muchos casos, resultado del desconocimiento de esta población. La naturalización del sexo y el género tiene consecuencias sociales reales en las personas transgénero. El discurso más generalizado sobre las personas *trans* es el del “cuerpo equivocado”, donde se argumenta que las

¹ En el capítulo I explico el uso de esta categoría.

personas en tránsito nacieron en cuerpos incorrectos y su tránsito consiste en la búsqueda del “cuerpo correcto”. Este tipo de argumentación, que se basa en la idea de que sexo y género son códigos biológicos que traemos inscritos al nacer, es una de las tantas formas de violentar a las personas en tránsito, pues no solo las patologiza, sino que las comprende a partir del error, de lo averiado, de lo malo. Este discurso representa la incapacidad que tiene nuestra sociedad para aceptarles a las personas *trans* como sujetos con historias de vida llenas de matices y emociones, como la de cualquier persona. Las consecuencias de esta marginalización son evidentes al momento en que las personas *trans* desean insertarse en casi cualquier ámbito: conseguir un trabajo, ir al colegio, entrar a una Universidad, pasar por un aeropuerto, ir a un consultorio médico, etc. Muchas Instituciones que resultan útiles en la vida de cualquier sujeto, dificultan la participación de las personas *trans* en razón de su identidad de género.

Si bien existe una cantidad de material relativamente amplia sobre el tema de tránsito entre los géneros, en donde se encuentran diferentes perspectivas sobre la categorización necesaria para estudiarlo, las causas de los tránsitos, las diferentes coyunturas a las que se ven enfrentados los sujetos *trans*, la genealogía de los saberes expertos acerca de los cuerpos diversos, entre otros aspectos relevantes de estudio, sigue siendo un tema que no se encuentra suficientemente difundido, o cuya difusión se encuentra limitada a determinados sectores académicos. En el caso colombiano hay una circulación restringida ya que la mayoría son trabajos de grado y tesis. Asimismo, gran parte de la producción que se ha hecho respecto al tema suele interesarse únicamente por el tránsito de masculino a femenino, omitiendo las particularidades que implica el tránsito inverso.

Según lo anterior, mi pregunta de investigación es la siguiente: ¿Cómo viven sus experiencias de tránsito las mujeres y los hombres *trans*, y cómo se vinculan con la feminidad y la masculinidad heteronormativas durante su proceso de tránsito?

Para resolver este interrogante, he planteado como objetivo general de esta investigación, estudiar las experiencias que tienen mujeres y hombres *trans* con la feminidad y la masculinidad a partir de los supuestos sociales que biologizan las normas de género. Los objetivos específicos que me permitirán llegar a la comprensión de estas experiencias están muy relacionados con los relatos de

vida de las y los entrevistados, a partir de estas historias identificaré los insumos necesarios para llegar al análisis que he propuesto. En ese sentido, elaboré tres objetivos específicos:

- Comprender cuáles son los supuestos sobre “lo femenino” y “lo masculino” que tienen las mujeres y los hombres *trans*.
- Analizar, a partir del relato de vida, las tensiones individuales que algunos hombres y mujeres *trans* han tenido con las construcciones normativas de la feminidad y la masculinidad.
- Indagar sobre el proceso de reconocimiento cotidiano del que son sujetos día a día en sus interacciones, teniendo en cuenta el binarismo de género a partir del cual se juzgan las representaciones de cada sujeto.

Esta investigación se ha dividido en tres capítulos y un último apartado de conclusiones. En el capítulo I, “*Sobre esta investigación: estado del arte, marco teórico, y metodología*”, además de las tres secciones mencionadas en el título, introduzco a las y los entrevistados, elaborando una breve reseña sobre su tránsito en términos cronológicos, es decir, desde lo que ellas y ellos consideran el principio hasta el momento de la entrevista; asimismo, hago énfasis en los procesos de discriminación a los que son sometidos en razón de sus identidades sexuales y de género.

En el capítulo II, “*Construcciones corporales*”, abordo los temas relativos a las transformaciones físicas, no solamente desde una perspectiva médica donde, de la mano de los entrevistados, contemplo los diferentes métodos de intervención, sino también desde la subjetividad con la que cada entrevistado concibe su cuerpo y las proyecciones que tiene del mismo. Asimismo, planteo el debate acerca las categorías con las que, desde los diferentes saberes expertos, se pretende definir la experiencia de tránsito.

En el capítulo III, “*Feminidad y masculinidad: definiciones, experiencias y prácticas*”, elaboro diferentes conceptualizaciones de masculinidad y feminidad desde de la definición de cada entrevistado, a partir de estas definiciones basadas en la experiencia, genero un debate con los conceptos de algunos expertos en los Estudios de Género. En este capítulo también realizo un

ejercicio comparativo entre los entrevistados y las formas en que asumen su tránsito, teniendo en cuenta que unos se construyen a partir de valores más conservadores que otros.

Capítulo I

Sobre esta investigación: estado del arte, marco teórico, y metodología

1.1 Estado del Arte

Como mencioné anteriormente, existe una cantidad bastante amplia de material que aborda el tema desde perspectivas diferentes. En este Estado del Arte recojo algunos artículos de revistas indexadas, artículos de libros y trabajos de grado de la Maestría en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, con el fin de dar cuenta de la producción académica que hay en Colombia sobre este tema. En este orden de ideas, los primeros cinco artículos referenciados corresponden al grupo de artículos en revistas indexadas. Tomo distanciamiento de estos artículos puesto que su propuesta epistemológica dista del objetivo de esta investigación. El siguiente artículo, “*Da Transexualidade Oficial as Transexualidades*”, de Berenice Bento, hace parte de un compilación de artículos hecha por Adriana Piscitelli, Maria Filomena Gregori, Sérgio Carrara. Tanto este artículo como los tres trabajos de grado que cito a continuación, me interpelaron mucho más, debido a que los modelos interpretativos utilizados por estas autoras se acercan al enfoque académico que empleo en esta investigación. Por último, menciono el libro de Judith/Jack Halberstam, “*Masculinidad Femenina*”, uno de los pilares teóricos de esta investigación.

Rubio Arribas en el texto “Aspectos sociológicos de la transexualidad”, publicado en la edición número 21 de la revista *Nómadas* (2004), pretende realizar un acercamiento a esta población enumerando sus dificultades sociales, desde aspectos jurídicos hasta las interacciones cotidianas su vida pública. Según Rubio, la transexualidad es una incongruencia interna-psicológica, entre el sexo de nacimiento y el sexo al que “sienten pertenecer, con el que se desea vivir social y laboralmente” (Rubio, 2004). En este texto se reafirma el binarismo de género al hablar de la transexualidad como el deseo de pertenecer a uno de los dos sexos (hombre o mujer), sin dar cabida a algún tipo de ambigüedad o proceso transformación cuyo objetivo final no sea llegar al masculino o femenino tradicionalmente aceptado.

Para Rubio, los supuestos biologizados sobre las distinciones de género generan los prejuicios bajo los cuales se juzga a la población transgénero; según lo anterior, el autor considera la transexualidad como un tipo de transgresión social, “un desafío a la idea de que sólo existen mujeres XX y hombres XY” (Rubio, 2004).

De algún modo el autor termina haciendo de su texto una suerte de “manual” para entender la situación de las personas transexuales y aprender cómo tratarlas, lo anterior va de la mano de una victimización de la población, les plantea como “personas que no pueden disfrutar su vida porque siempre tendrán que preocuparse por cómo luzcan” (Rubio, 2004).

Chárriez Cordero, expone un tipo de investigación poco frecuente dentro de los estudios de diversidad de género. En su texto “Transexualidad: ¿construcción de una realidad?”, la autora pretende elaborar una explicación cuantitativa y biológica de por qué existen casos de transexualidad. La definición del concepto la realiza a partir del Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales (Charriez, 2013), lo cual nos dice bastante acerca de la orientación de su investigación, pues su base para entender esta identidad sexual es la patologización de la misma.

El trastorno de identidad de género es un trastorno mental caracterizado por una identificación acusada y persistente con el otro sexo y un malestar persistente con el propio sexo o sentimientos de inadecuación con su rol, que provoca un malestar clínicamente significativo y deterioro social, laboral o de otras áreas importantes del funcionamiento del individuo (Charriez, 2013).

En este artículo se exponen diferentes investigaciones médicas y experimentos que pretenden confirmar la naturaleza desviada o patológica de las experiencias de tránsito sexual, así como estadísticas de cambio de sexo y conformidad con el mismo, cambio de nombre y tratamiento hormonal.

El autor colombiano Manuel Antonio Velandia (Velandia, 2004), quien tuvo que exiliarse a España por persecución política y en razón de su orientación sexual, en su texto “El derecho a estar siendo o la posibilidad emocional, teórica y experiencial de las identidades móviles: Una comprensión desde el mundo de las travestis trabajadoras sexuales”, critica las nociones rígidas que se utilizan para definir el género, tanto aquellas que se usan para definir las identidades heteronormativas,

como a las heterodisidentes. Velandia propone el uso de nociones de movilidad creadas a partir de un proceso, contextual, situacional e individual, utilizando como ejemplo la relación con el cuerpo que tienen las travestis y la forma en que se identifican a sí mismas, debido a que esa identidad no necesariamente define una identidad sexual única y permanente.

En el texto de Góngora, “Estética de Closet. Puesta en escena del género y visibilidad gay” (Góngora, 2003) se exploran las identidades de género y los estereotipos a partir de diferentes formas de performance. Según Góngora, en la puesta en escena de *Drag Queens*, transformistas y strippers, se reproducen ideas estereotipadas sobre ser mujer y ser hombre, aparece una imitación exagerada de un modelo de feminidad y masculinidad, puestas en escena que, de algún modo, muestran la artificialidad de dichos modelos.

Sobre el tema de feminidad está el texto de Melo “Representaciones de la sexualidad en revistas femeninas juveniles” (Melo, 2006), aquí el autor pretende rastrear la idea de mujer que elaboran las revistas juveniles. Melo encuentra que los discursos allí expuestos promueven una identidad femenina normativa donde las emociones y el amor romántico son los cimientos del ideal femenino, cimientos que además de construir dicho ideal femenino, deben ser los móviles de la experiencia sexual en las mujeres.

Berenice Bento en su texto “Da Transexualidade Oficial as Transexualidades” habla de determinados “saberes expertos” que intentan explicar las diferentes relaciones que surgen a partir de estos conceptos; según Berenice Bento, los dos sistemas considerados “autoridad” en la discusión de estos temas han sido el Psicoanálisis y la Medicina. Aun cuando ambas materias del conocimiento distan en varios puntos, tienen en común el afán de construir *un* modelo de transexualidad al que denominan “transexual real” (Bento, 2004), arquetipo compuesto por un componente patológico, cuya principal característica es la “coherencia” entre un género, una identidad, y una orientación sexual a partir del modelo heterosexual. Bento pone a discutir estas definiciones con las experiencias de personas *trans* que son entrevistadas por ella, cuestionando así el carácter de verdad única que suele adjudicarse a estos saberes expertos sobre el tema del tránsito entre los géneros. La propuesta de esta investigación se acerca bastante a la perspectiva

que la autora plantea en este artículo, puesto que Bento durante todo su trabajo cuestiona los supuestos biológicos acerca de lo que *deben ser* la feminidad y la masculinidad.

Siguiendo con los textos colombianos, la autora Andrea García hizo una de las primeras investigaciones –y una de las más representativas- sobre el tema *trans* en Bogotá. En su tesis de maestría “Tacones, Silicona, Hormonas. Teoría feminista y experiencias Trans en Bogotá”, García examina, a partir de una perspectiva transexual-feminista, las construcciones corporales e identitarias de transexuales y travestis de masculino a femenino en Bogotá, con el fin de cuestionar las estructuras excluyentes de una sociedad que violenta, margina, silencia e incluso asesina a las mujeres *trans* (García, 2010). Asimismo, plantea el tránsito como una experiencia desestabilizante de la sociedad binaria y heteronormativa, asignando a las mujeres *trans* la categoría de “cimarronas” del sistema sexo-género. Este texto es definido por Andrea García como un ejercicio de militancia desde la academia, donde se mezclan lo personal y lo político.

En cuanto a los hombres *trans*, o “personas asignadas mujeres al momento del nacimiento” (Ortiz, 2014) en Colombia contamos con el texto de Ana María Ortiz. En su investigación “Tránsitos como Experiencia e identificación”, lx autorx² utiliza las historias de vida de sus participantes para entender cómo el proceso de tránsito influye en la vida de quienes transitan, para esto usó las categorías de “identificación” y “experiencia”, para entender que lo *trans* no es una categoría estática y permanente. Asimismo, desde teorías feministas, analiza la transgresión de las dicotomías genéricas que suceden en los cuerpos que transitan, y las interacciones sociales en términos familiares, de pareja y diferentes relaciones cotidianas.

Otra investigación relevante al momento de estudiar las dinámicas *trans* en Bogotá, es “Transitando La Italia: trayectorias migratorias de las travestis colombianas, trabajadoras sexuales en Italia, en la década de los noventa”, de la autora Luz Mary López. “Este trabajo propone un acercamiento a la comprensión de la migración internacional en Colombia desde experiencias que desafían la institución heterosexual y el cisgenerismo prescriptivo. Se abordan las trayectorias migratorias de travestis colombianas, quienes, en la segunda mitad de la década de los noventa,

² Utilizo la X al referirme a Ana María Ortiz, respetando la forma en que lx autorx lo hace en su texto cuando se refiere a sí mismx.

migraron para insertarse en el mercado transnacional del trabajo sexual en Italia. A partir de las herramientas teóricas y políticas del feminismo y con base en once relatos biográficos, se exploran las maneras en que las relaciones entre los órdenes de poder basados en el género, origen geográfico/nacionalidad, clase y sexualidad sitúan socialmente a las travestis a lo largo de sus tránsitos migratorios y corporales antes, durante y después de la migración internacional; así como las estrategias y resistencias que ellas accionan en el espacio transnacional entre Colombia e Italia” (López, 2015).

En su libro *“Masculinidad Femenina”*, Judith/Jack Halberstam, estudia la masculinidad como un hacer que no se produce únicamente en los cuerpos de hombres sin experiencia de tránsito. Esta autora es una de las pocas que se ha ocupado de estudiar el tránsito de femenino a masculino y la forma como se construye la masculinidad en los cuerpos de las mujeres. Uno de los objetivos de Halberstam es demostrar que las que se consideran “masculinidades heroicas”, aun cuando siempre se han construido a partir de la marginalización de otras formas de masculinidad, en realidad están compuestas por estas masculinidades alternativas (Halberstam, 2008). De este modo, la autora propone que el análisis de construcción de masculinidad en los cuerpos de las mujeres nos da pistas acerca de cómo se construye la masculinidad como tal. Lo anterior se articula muy bien con la propuesta de esta investigación, donde utilizo los tránsitos entre los géneros como una herramienta para demostrar el carácter de construcción que tienen tanto la masculinidad como la feminidad, puesto que, siguiendo la línea argumentativa de la autora, la indiferencia generalizada hacia la masculinidad femenina tiene motivaciones ideológicas y ha servido de apoyo a las complejas estructuras sociales que vinculan lo masculino a la virilidad, el poder y la dominación (Halberstam, 2008).

1.2 Marco teórico

Esta investigación está guiada por cuatro conceptos principales: experiencias de tránsito sexual, transexualidad, feminidad y masculinidad. A continuación definiré cada concepto a partir de diferentes autoras y autores, con el fin de brindar un marco teórico que sirva como guía para comprensión y análisis de esta investigación.

El primer concepto, “experiencia de tránsito entre los géneros”, lo he definido a partir de Kressler y Mckenna, si bien la definición de estas autoras refiere al concepto “transgénero”, dicha definición resulta también útil para explicar las experiencias de tránsito al ser un modelo conceptual más flexible, alejado de las nociones rígidas sobre las identidades sexuales.

"El prefijo “trans” tiene tres significados diferentes. Trans significa cambio, como en el mundo "transformar". En este primer sentido las personas transgénero cambian sus cuerpos para adaptarse al género al que sienten que siempre pertenecieron. Cambian de varón a hembra o viceversa. Transgénero en este sentido es sinónimo de lo que típicamente significa el término "transexual". Trans significa a través como en el mundo "transcontinental". En este segundo sentido, una persona transgénero es una persona que se mueve a través de los géneros. Este significado no implica estar esencial o permanentemente comprometido con uno u otro género y por lo tanto tiene una connotación más social-construccionista. Las personas que afirman que aunque son "realmente" el otro género no necesitan cambiar sus genitales, son transgénero en este sentido de "trans". El énfasis está en el cruce y no en una transformación quirúrgica particular que lo acompaña. Tal persona podría decir: "Quiero que la gente me atribuya el género femenino, pero no voy a cambiar mis genitales. No me importa tener mi pene". Este tipo de identidad separada es relativamente reciente como una identidad abierta, pública, pero no parece ser una identidad separada del hombre y la mujer” (Kressler & Mckenna, 2000).

Para definir el término “transexualidad”, he usado el concepto que utiliza Manuel Roberto Escobar para su investigación “Cuerpos en Resistencia: corporalidad, resistencia y poder en los movimientos sociales Latinoamericanos”, dicho concepto consiste en una conjunción de definiciones de las autoras Marina Talero y Marta Lamas. Según Escobar y las autoras, una eventualidad del cuerpo *trans* es la transexualidad que refiere “a las personas que intentan “pasarse” al sexo opuesto”, fenómeno moderno asociado a la posibilidad de transformación del cuerpo que la tecnología médica ha propiciado... De ahí que en el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia aparezca el término “transexual”, como adjetivo: “dícese de la persona que mediante tratamiento hormonal e intervención quirúrgica adquiere los caracteres sexuales del sexo opuesto” (Lamas, 2009). Desde esta perspectiva hay un énfasis biológico tanto en la definición como en el manejo del transexualismo. “Este término fue introducido en la literatura sexológica por Cauldwell en la década de los cuarenta, cuando se publicó su artículo

“Psychopathia transexualis” y adquiere relevancia en la década siguiente cuando el transexualismo se diferencia, según la medicina clínica del travestismo” (Talero, 2006), (Escobar, 2011)³.

En este punto resalto, que durante esta investigación utilizaré el prefijo “*trans*” para referirme a los entrevistados y en general a las personas en cualquier proceso de tránsito sexual y entre los géneros. El uso de este término responde a la falta de especificidad del mismo, lo cual me permite referirme al proceso que estos sujetos están atravesando, sin entrar en discusión con las diferentes terminologías que designan cada caso a partir de características muy particulares. El uso de estos conceptos dentro de esta investigación es importante, puesto que en algún punto planteo un debate acerca de la relevancia que para los propios sujetos de estudio puede tener o no, y sobre el ejercicio de poder que muchas veces puede significar la imposición de estos términos desde diferentes Instituciones.

Ahora bien, el concepto de feminidad que utilizaré en esta investigación responde a construcciones normativas de la feminidad producto de ciertos ideales culturales (y en gran medida comerciales) sobre “cómo ser mujer”.

Parafraseando a Beauvoir en *El Segundo Sexo*, es necesario recordar que las mujeres han sido históricamente definidas en Occidente a partir de sus diferencias con el hombre, es decir, la mujer se asume como un otro en relación a un modelo completo, terminado: el hombre. Mientras este último es representado como un ser fuerte, rudo, proveedor, inteligente, racional, serio, “agresivo, con autoconfianza” (Stoller, 1982); las mujeres se definen en oposición a dichas características: débil, sensible, dependiente, emocional, sentimental, “tímida y complaciente” (Stoller, 1982) entre otras. Asimismo, dichas construcciones normativas, instan a una “ficcionalización” de la mujer, la cual consiste en una presión constante por el arreglo y cuidado de sí mismas con el único fin de lucir “bellas”. Rutinizar acciones como maquillarse, depilarse, usar tacones, ropa ceñida, llevar un bolso a todas partes, etc. son acciones que distan de ser naturales, no obstante, se asume que ser mujer radica, ampliamente, en performar este mismo rol todos los días. El anterior concepto no pretende abarcar ni definir a todas las mujeres del mundo, existen diferentes formas de asumir

³ En esta sección hago una síntesis de estos conceptos, sin embargo, más adelante desarrollo con mayor profundidad parte de la historia de la construcción de estos conceptos en la Medicina, Psicología, Psicoanálisis y Sexología.

roles como mujer, éste en particular pretende caracterizar un estereotipo que no necesariamente coincide con la realidad, pero que en el imaginario colectivo se considera como parte necesaria del *ser* mujer.

Para definir el concepto de masculinidad, ampliamente referenciado y conceptualizado en el texto, citaré a la autora Judith Halberstam, cuya teoría sobre las “masculinidades femeninas” es fundamental para esta investigación, según ella:

“En nuestra sociedad la masculinidad se asocia a valores de poder, legitimidad y privilegio; a menudo se le vincula, simbólicamente al poder del Estado, y una desigual distribución de la riqueza. La masculinidad parece difundirse hacia afuera en el patriarcado y hacia adentro en la familia; la masculinidad representa el poder de heredar, el control del intercambio de las mujeres y la esperanza del privilegio social” (Halberstam, 2008).

Si bien existen muchos otros conceptos dentro de esta investigación, que conforman el marco epistemológico a partir del cual se resolverá la pregunta de investigación, los términos que se acaban de definir, son el eje conceptual desde el cual se analizarán los relatos de vida de las personas entrevistadas.

1.3 Metodología

Para la realización de esta investigación utilizaré el relato de vida como herramienta metodológica principal, lo anterior lo sustento a partir de los argumentos que brinda la antropóloga Myriam Jimeno en su libro *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*, sobre la importancia y del relato de vida como herramienta metodológica.

Así pues, el relato de vida pretende ser un método de investigación con el cual se elabora un panorama general de determinado contexto cultural a partir de los testimonios de un individuo perteneciente a dicho contexto. “Es un trabajo subjetivo único en la medida en que resulta de la forma en que el sujeto define culturalmente su mundo, la visión de sí mismo, su situación en la vida y la versión del mundo que este tiene” (Jimeno, 2006). Una de las razones por las que el relato de vida resulta apropiado para el desarrollo de esta investigación, es porque no pretende

una elaboración purista donde las palabras del entrevistado sean tomadas como único resultado de la investigación, es evidente la influencia de la investigadora a partir del momento en que le pide al entrevistado que realice el ejercicio de auto-examinarse; asimismo, no persigue un ideal de verdad, las glorificaciones y los arquetipos a los que se recurren hacen parte de la información útil, pues hablan de los imaginarios que atraviesan la visión del entrevistado.

Ahora bien, debido a que el sentido de esta investigación es comprender y aprehender las experiencias de tránsito sexual, resulta necesario tomar una herramienta metodológica que me permita estar en diálogo con las personas entrevistadas, en este orden de ideas, la historia de vida hace posible la reciprocidad de conocimientos entre el investigador y el entrevistado. Si bien es casi inevitable la jerarquía que surge entre las dos partes, existe un terreno común entre entrevistado e investigadora que no los hace tan ajenos entre sí.

En este sentido, el relato de vida es la herramienta metodológica principal, no obstante, también se llevarán a cabo entrevistas semi-estructuradas a otras y otros individuos, grupos focales, el uso de la información recogida en mi diario de campo, cartografías corporales y otros métodos que permitirán fortalecer la información de las entrevistas principales.

Otro concepto importante dentro de la metodología de esta investigación son los *conocimientos situados*, a partir de los conocimientos situados se pretende superar la tensión político-epistemológica al abogar por políticas y epistemologías locales, posicionadas y situadas, donde la parcialidad (y no la universalidad) es la condición de enunciación para hacer afirmaciones racionales. Estas afirmaciones son hechas “desde la vida de las personas” en lugar de afirmaciones “desde arriba, desde ningún lugar, desde la simplicidad” (Liao, 2006). El propósito de los conocimientos situados es generar un abordaje que permita simultáneamente a) dar cuenta de la contingencia histórica de todo conocimiento y de todo sujeto de conocimiento, b) generar una práctica crítica para reconocer nuestras propias, “tecnologías semióticas” para la producción de significado y c) establecer un compromiso fundamentado con testimonios fidedignos del mundo “real” (Haraway, 1991) en (Martínez & Montenegro, 2010).

Así pues, este trabajo constituye, en parte, un intento por tomar en serio el valor de conocimiento no académico y la multiplicidad de miradas epistemológicas (Pujol, Montenegro, & Balasch, 2003). La legitimidad de dichas narrativas como comprensiones sobre un fenómeno, en concordancia con el marco epistemológico de este trabajo, no está dada por las credenciales académicas de las/los participantes o los criterios de rigurosidad intelectual al uso, sino por su mirada situada, por la experiencia y el conocimiento que les reporta ser protagonistas del fenómeno social. Lo anterior se constituye bajo la idea de que la desacreditación del otro como interlocutor legítimo, como capaz de dar cuenta de sí mismo y del mundo, es la anulación de la posibilidad de todo diálogo. Para producir conocimiento hay que estar dispuestos a mutar, a contaminarse de perspectivas ajenas (Martínez & Montenegro, 2010).

En términos prácticos, esta investigación se desarrolló en las ciudades de Bogotá y Bucaramanga, con tres hombres *trans* y dos mujeres *trans*. Se tomó en cuenta el testimonio de otras personas *trans*, la mayoría menores de 30 años. Previo a la investigación puntual para esta tesis, con las entrevistas semiestructuradas a las y los cinco participantes, realicé un trabajo de campo que tuvo duración de dos semestres: el primer semestre consistió en asistir a las reuniones semanales de 41 mujeres *trans* de la localidad de Mártires, incluido el Barrio Santa fe, quienes trabajaban como “líderesas *trans*” en un proyecto financiado por el Banco Mundial para la prevención del VIH, las reuniones se llevaban a cabo en la Corporación Red Somos.

A partir de la información que obtuve de esas reuniones, diseñé la “Escuela de Formación Social y Política para Mujeres *Trans*”, con tres módulos que buscan el fortalecimiento de las mujeres *trans* como comunidad. Este proyecto fue revisado y aprobado con entusiasmo por dos de las líderes de la “Red Comunitaria *Trans*”, por lo cual me abrieron un espacio para la implementación de la escuela con las chicas *trans* del barrio Santa fe en sus reuniones semanales. La Escuela se desarrolló con la participación de dos formadoras más, y constituyó el trabajo de campo del segundo semestre.

Durante estas reuniones y las sesiones de la Escuela de Formación, me encargué, principalmente, de aprehender sus formas de ver el mundo, de entender cómo sus tránsitos afectaban dichas visiones, de conocer sus historias que, no sobra decirlo, pueden llegar a ser muy dolorosas. Aprendí

a admirarlas por tener tanta entereza al momento de salir a la calle y enfrentar las dinámicas de testarudez y violencia que por suerte nos toca en esta ciudad. Entendí sus construcciones de masculinidad y feminidad, entendí que allí los binarismos son difusos, y que la resistencia siempre será esa alegría que van contagiando a quienes nos acercamos. Llegué a quererlas, a sentirme en un lugar común cada vez que atravesaba la frontera invisible para llegar hasta “el Santa fe”. Si bien los relatos de vida allí recolectados no hacen parte del objeto de estudio de esta investigación, para mí constituyen un primer acercamiento a un mundo que me resultaba conocido sólo a partir de la academia. Este acercamiento me permitió cuestionarme y elaborar varias de las premisas, debates e interrogantes que aquí se plantean.

Quiero resaltar de manera enfática que para mí, uno de los objetivos más importantes de esta investigación, es mostrar a los sujetos en tránsito como personas. Desafortunadamente, entre tantas de las violencias a las que son sometidas las personas *trans* cotidianamente, está la de la duda acerca de su humanidad. Esta situación es evidente cada vez que al verlos entrar a un lugar o simplemente hacer su vida en la esfera de lo público, alguien del lugar se cuestiona: “¿qué es?”, esta duda no se limita a la condición genérica del sujeto que tienen enfrente, trasciende hasta poner en entredicho su carácter humano. Con esta investigación quiero acercar a la lectora o al lector, a las emociones, dilemas y alegrías que atraviesan las personas en tránsito, y a los motivos que les llevan a asumir una decisión que se revela contra una de las primeras condiciones que nos son impuestas desde el nacimiento: ser hombres o mujeres, sin posibilidad de cambio, de neutralidad o de conjunción.

Cuando se buscan investigaciones relativas a la transexualidad o al tránsito de género, normalmente se encuentran trabajos sobre el tránsito femenino (sujetos que transitan de lo masculino a lo femenino), y las situaciones que le son asociadas, como la prostitución, el VIH, las violencias puntuales que se ejercen contra este grupo poblacional, etc., asimismo, suelen ser parte de estas investigaciones unos grupos con características sociodemográficas muy específicas, casi siempre ubicados en la marginalidad, con historias de vida marcadas por las dificultades socioeconómicas y la ausencia de una familia o red de apoyo, al menos en los primeros años del tránsito. Sin desconocer la relevancia y los aportes tan importantes que han hecho este tipo de estudios, esta investigación propone mostrar una dimensión diferente sobre el tránsito entre los

géneros, por un lado, son muy relevantes para esta investigación los aportes hechos por los hombres *trans*, su experiencia es vital para entender las dinámicas relativas a lo masculino y a lo femenino sobre las que se indaga; por otro lado, todos los sujetos entrevistados pertenecen a niveles socioeconómicos medios, o medio-alto, todos tienen formación universitaria (en curso o terminada) y determinadas condiciones socioeconómicas que facilitan algunos aspectos del tránsito.

1.4 Las y los entrevistados: presentación y acercamiento a sus relatos de vida

Después de un tiempo tan largo trabajando sobre el testimonio de estas cinco personas, leyendo, releendo, desglosando cada una de sus palabras, es fácil llegar a sentirse cerca de ellas, entender sus emociones y entender cada una de las decisiones que tomaron para acercarse a su versión de sí mismos. También a admirar su valentía porque, parafraseando a Salvador, este es un proceso en el que siempre se pierde: se pierden amigos, se pierde ropa, se pierde familia, se pierde amor, se pierde lo que es conocido. Por eso, para presentar a los entrevistados que aceptaron ser parte de esta investigación, pretendo mostrarlos en su cotidianidad, quiénes son y la forma en que el tránsito transforma sus relaciones. Considero entonces que un punto relativo a este tema son los prejuicios, conviene subrayar que este tópico es transversal a todos los relatos, pero es particularmente fuerte en las narraciones de las mujeres. Existe acerca de ellas un imaginario que las identifica como mujeres violentas, vulgares, ladronas, con múltiples compañeros sexuales, cuyos únicos oficios son la prostitución y la peluquería; asimismo, existe un prejuicio muy fuerte de las mujeres *trans* como portadoras del virus de inmunodeficiencia humana. Para buscar el origen de estos imaginarios negativos hay que revisar las historias de las primeras mujeres que decidieron asumir su tránsito sexual. Lamentablemente hay que decir que estas historias están marcadas por la violencia, pues desde el inicio y aun siendo niñas se vieron expuestas al rechazo de sus familiares quienes las desterraban de sus casas: con no más de once años, sin un lugar donde vivir, sin educación, sin dinero y asumiendo la construcción de sus cuerpos por fuera de las normas binarias, muchas no tuvieron una opción diferente a la prostitución para sobrevivir, situación que desencadena otros hechos de violencia física y simbólica hacia ellas. En este escenario se convirtieron en víctimas de abusos perpetuados por la policía, clientes, colegas, dueños de los bares donde ejercían su trabajo, grupos paramilitares, y una desafortunada lista de victimarios que

continúa. La ausencia de redes de apoyo, de Instituciones que velaran por su seguridad y la necesidad de sobrevivir a la hostilidad de ese ambiente, pudo generar determinados comportamientos en las mujeres en tránsito que, más adelante, se convirtieron en la base de los prejuicios ya mencionados. A continuación cito dos relatos registrados en mi diario de campo durante el trabajo en el barrio Santa fe, que ponen de manifiesto algunas de las situaciones de violencia referenciadas en este párrafo.

- **Historia #1**

Yo no sé las pollas⁴ de que se quejan, a nosotras sí nos tocó duro, ahora estamos de moda y ya no hay violencia. Cuando yo estaba joven, apenas empezaba, estábamos un día todas acá paradas en Santa fe, y empezaron a pasar muchos taxis y un montón de carros negros, a nosotras sí se nos hizo como raro... cuando es que bajan las ventanas los carros esos y los taxis, y empiezan a dispararnos a todas, así, ráfagas de plomo y eso caían todas al suelo. Antes de que a mí me dispararan me tiré al suelo encima de otros cadáveres y me hice la muerta un buen rato mientras se iban. Otras veces nos llevaban para los cuarteles, nos empelotaban a todas, nos mojaban con un chorro de agua helada, luego a la madrugada en ese frío iban y nos tiraban a todas en Monserrate así empelotas, y mire a ver cómo hace para devolverse. (Mujer trans de 65 años)

- **Historia #2**

Yo tenía un tipo que era taxista. Un día pues estábamos los dos, pasamos el rato chévere y después cuando ya él me iba llevando en el carro paró y compró hamburguesas para los dos, yo le di las gracias y la tenía ahí en la mano porque me la iba a comer cuando llegara a mi casa. Entonces él empezó preguntarme y preguntarme que por qué no me comía la hamburguesa, entonces yo me reí y le dije que en la casa me la comía, cuando es que este man se volvió loco y empezó a gritarme que seguramente es que yo tenía un mozo escondido y que le estaba guardando la hamburguesa a él, entonces paró el carro y empezó a pegarme y eso me daba durísimo, yo me bajé corriendo y él me alcanzó y

⁴ Esta expresión es usada para referirse a las mujeres en tránsito sexual más jóvenes.

seguía dándome. Una gente que estaba cerca vio eso y claro, entre todos empezaron a insultarlo, que por qué le pegaba a una mujer, y cuando se fueron a ayudarme a levantar y se dieron cuenta que yo era una marica, cogieron a darme entre todos, luego llegó la policía y también, me amarraron a un poste y empezaron a pegarme. (Mujer trans de 40 años).

El objetivo de reseñar estas experiencias es evidenciar la realidad en que se desenvuelven cotidianamente muchas mujeres *trans*, para a partir de ahí entender las lógicas bajo las cuales se juzgan y desarrollan sus interacciones con el entorno. Si bien la situación de las mujeres que participan en esta investigación es diferente debido a que nunca han tenido que ejercer la prostitución o trabajar en las calles y además cuentan con el apoyo de alguna parte de sus familias, cada vez que se habla de mujeres *trans*, inmediatamente viene a la mente de las personas un imaginario muy relacionado con las historias de violencia que acaban de relatarse. A continuación presentaré a las entrevistadas y entrevistados, así como algunas de sus historias de violencia, propias de los contextos en los que se desenvuelven.

Derly

Derly es una mujer de más de 45 años, es administradora de empresas, es independiente económica y laboralmente, tiene un negocio de transporte y una tienda de la cual se hablará más adelante pues es parte fundamental del tránsito de Derly. Derly vive con su esposa y sus dos hijos, una hija adolescente de su primer matrimonio y un bebé de un año que tuvo con su esposa actual.

Para Derly, el travestismo empezó luego, cuando las condiciones fueron favorables, sin embargo lo que ella describe como “impulsos femeninos” lo sintió desde siempre: “desde que tuvo memoria”. A razón de estos “impulsos” Derly usaba la ropa de su hermana cuando nadie la estaba viendo, de ahí en adelante a la feminidad la sintió como la sed, como algo que el cuerpo le pedía y ella tenía que calmar: “*siempre los he tenido, lo he sentido como la necesidad de beber, de tomar agua, de consumir líquido, entonces a ti te da sed y obviamente buscas agua, y lo mismo nos pasa a nosotras, crecimos con ese sentimiento femenino y buscamos ropa*”. A lo largo de la entrevista aparece muchas veces la preocupación por el vestuario como uno de los componentes más

importantes en su construcción de lo femenino, es por medio del especial cuidado que tiene al escoger su ropa y combinarla todos los días que Derly se siente segura de su feminidad, así relata su relación con este aspecto:

“tú como mujer, y más si estás aquí en ciertos roles, todos los días te tienes que vestir diferente, yo ya sé por qué una mujer con un closet o dos llenos de ropa dice “no tengo qué ponerme” porque tú usas la fadita con la blusita tal, el vestidito tal con el accesorio tal, entonces llega el día en que se te acaba, porque tú tienes que estar renovando tu vestuario todos los días, tú tienes que ser femenina todos los días, tú tienes que tener esa, esa pinta especial, sentirte muy mujer a diario, sentirte muy especial a diario, y eso lo hace tu ropa, tú ropa te hace especial” ... Derly.

Para describir a Derly hay que mencionar su sensibilidad frente a los dramas ajenos, su empatía con las mujeres que la rodean y el carácter dulce que la determina, es por ello que creó Tranxtienda, una tienda que, como ella lo explica, se especializa en servicios para mujeres travestis de closet: transformación por un día (con ropa, zapatos, maquillaje, peluca), venta de accesorios como ropa, maquillaje, relleno, fajas, etc., locker para guardar aquello que no pueden llevar a sus casas, entre otras cosas; sin embargo, la función principal de Tranxtienda es ser una red de apoyo para la población travesti donde las chicas puedan encontrar alguien que las entienda y con quien puedan discutir temas que temen compartir con las personas de su entorno. A su vez, el trabajo de Derly con Tranxtienda es visibilizar a su población para que las personas ajenas al sector LGBTI deconstruyan sus prejuicios frente al travestismo, es por esto que para ella, más allá de ser un negocio, es una labor social. Así define Derly su trabajo en Tranxtienda:

“Yo lo que quiero buscar es, y siempre lo voy a defender, y siempre será mi lucha, MI LUCHA, que algún día nos vean como mujeres emprendedoras, trabajadoras, luchadoras, y que no nos vean como objetos sexuales, que somos unas personas útiles a la sociedad. Mira, si tú lo ves, Derly es una mujer empresaria, nada que ver con la prostitución, ni con la peluquería, ni con nada de esas cosas, Derly es una mujer 100% diferente” ... Derly.

Tanto la seguridad con que Derly se define a sí misma como el empoderamiento sobre su trabajo, su familia y sus relaciones en general, representan un logro alcanzado luego de un proceso que

para ella fue muy difícil, según su relato, antes no se aceptaba del todo a sí misma, tenía episodios de culpa donde tiraba toda la ropa, asistió a un psicólogo quien agudizó ese sentimiento al decirle que ese era un comportamiento aberrado y antinatural, cuya terapia recomendada era “hacer más actividades masculinas”, se vinculó a una iglesia evangélica, institución que igualmente fungió como agente normalizador incrementando el sentimiento de culpa. Otra circunstancia que reforzó aquel sentimiento fue su primer matrimonio, puesto que siempre mantuvo su travestismo en secreto y temía el rechazo de su esposa si ella llegaba enterarse.

Cuando Derly tuvo acceso a internet consultó sobre su situación y encontró un sitio llamado La Mansión de Carmen, al que asistían mujeres con condiciones como las suyas. Este grupo de mujeres le sirvió para aceptarse cada vez más, de allí surgió la idea de Tranxtienda, y fue allí también donde conoció a otra chica travesti en condiciones familiares y económicas muy complicadas a quien Derly le tendió la mano y le dio alojamiento en su casa, sobre esta situación Derly tuvo una experiencia negativa que de algún modo la obligó a revelar su travestismo:

“Resulta que estos dos terminaron enmoizados (su esposa y la persona a quien ayudaba) estos dos se volaron, y antes me quisieron extorsionar con mis fotos, como yo pues venía y me tomaba fotos, me cogieron todas esas fotos y me quisieron extorsionar” ... Derly.

A partir de esta situación Derly toma la decisión de contarle a su familia por recomendación de la DIJIN.

“Para bien o para mal mi familia me aceptó pero no toda, me aceptó y doy gracias a Dios, la parte más importante de mi familia, el resto no, una sobrina me dijo que qué vergüenza tener un tío marica, bah “no tenga tío entonces, diga que no soy de su familia y ya, sáqueme de su familia” pero bueno, respetable la idea, si ella no la comparte pues yo también lo respeto, que ella haga lo suyo y yo hago lo mío, y pues otra parte de mi familia tampoco lo acepta...” Derly.

Derly es una mujer muy respetada dentro de su comunidad, las mujeres travestis que acuden a su tienda cuentan con ella como una amiga, una cómplice. A su vez, para ella las amigas que ha hecho en Tranxtienda son muy importantes en la medida en que constituyen su nuevo círculo social,

aquel que, en sus palabras, reemplazó a todas las personas que solían rodearla antes del tránsito y abandonaron su amistad al enterarse de éste. También en Tranxtienda conoció a su actual esposa, con quien comparte su tránsito y participa de todas las actividades relacionadas a su activismo. En contraste con su matrimonio anterior, actualmente Derly puede ejercer su feminidad sin temor al rechazo por parte de su esposa. Derly habla con emoción sobre su matrimonio y su vida actual:

“Aquí conocí a la mujer de mis sueños, una mujer que me quiere como soy, me acepta tal como soy, la familia de ella me acepta, muy trabajadora, le gusta este cuento, entonces imagínate, somos unas cómplices muy chéveres porque nos prestamos la ropa, compramos ropa entre juntas, compartimos el oficio entre juntas, bueno son muchas actividades de amigas, nosotras nos vemos como unas amigas ¿ves? Mi esposa particularmente dice que ella es muy feliz porque tiene dos paquetes en uno, (risas) tiene la parte masculina mía pero tiene la complicidad de una amiga, entonces para ella, es algo chévere, y ella dice que no sería capaz de verme como hombre (risas)”.

Para Derly la amistad y la complicidad entre ella y las mujeres que la rodean (esposa, amiga, hija, etc.) constituyen rasgos de su feminidad, debido a que para ella es necesario ser mujer para entender a otra mujer. Según ella, para comprender a una mujer se requiere determinada sensibilidad que poseen únicamente las personas que han desempeñado un rol femenino, dicha sensibilidad, de mano de su feminidad, son para ella el pilar a partir del cual se constituyen sus relaciones sociales: la confianza de sus amigas, la relación armoniosa con sus esposa, la relación amorosa con su hija, etc. Sobre la relación con su hija en particular relata lo siguiente:

“La relación con mi hija ha cambiado mucho, ella no ve el papá bravo, ella ve es a una amiga “mira mami esto, mira mami lo otro”, entonces ella ve es a otra amiga, somos dos amigas, entonces yo digo, cómo puedes crear algo tan bonito sólo con cariño, ternura, feminidad, comprensión. Las cosas se van dando, es muy bonito vivir una feminidad así”... Derly.

El tránsito de género no es evidente a partir los rasgos físicos de Derly, razón por la cual en la calle sus interacciones no suelen estar mediadas por juicios transfóbicos; sin embargo, en los entornos donde su tránsito sí es conocido, dentro del centro comercial donde se encuentra su tienda, ha sufrido casos de discriminación muy fuertes:

“Personalmente en este centro comercial nos ha tocado batallar mucho, guerriar para ganarnos este espacio porque aquí la gente no me quería dejar trabajar. “Que cómo así que eso subían hombres y bajaban mujeres, que eso no sé qué” no y lo he peleado, la Constitución es clara, dice que tú te puedes movilizar, desplazar como tú quieras” ... Derly.

Un factor definitivo en las relaciones sociales de Derly es su posición económica. Tanto en su vida laboral como familiar Derly tiene determinados compromisos económicos cuyo cumplimiento responsable trasciende aspectos relativos al género, así pues, varios intentos de discriminación de los que ha sido víctima en su lugar de trabajo, se frustran a partir de la posición de igualdad en términos económicos que comparte con los copropietarios del centro comercial.

Silvia

Silvia es una joven de 21 años que nació y creció en San Gil, es estudiante de Derecho en una Universidad privada de Bogotá. Sus papás solventan todos sus gastos económicos, incluidos la Universidad y su mantenimiento por fuera de la casa de sus padres. Para Silvia el hecho de haber nacido y crecido en San Gil es un elemento fundamental en su relato, pues a este contexto pertenecen una serie de tradiciones machistas y conservadoras que intentaron regular la vida de Silvia:

“Pues digámoslo que recalcar todas las actitudes que debe tener un chico, y más en un entorno como Santander que fue donde nací yo, entonces si eres un chico tienes que ser rudo, participar en ciertas actividades, cumplir con ciertas normativas y cuando tú no te acercas ni pío a eso, te presionan para que te acerques así sea una parte mínima, y pues... fue feo” ... Silvia.

El hecho de haber nacido en una ciudad tan pequeña suscitó en ella la necesidad de trasladarse de allí para iniciar su tránsito, razón por la cual lo aplazó hasta terminar el colegio, momento en el que se trasladó a Bucaramanga; reiterando el machismo propio del departamento, Silvia cuenta un episodio de violencia que tuvo que sufrir a los dos meses de haber llegado a la capital de Santander. Esta fue su experiencia:

“Eh, la experiencia traumante fue que en Bucaramanga hay una Zona Rosa, que no recuerdo el nombre, la verdad yo viví allá sólo dos meses; la central de los bares queda toda hacia un costado, en la parte de atrás es más como la pared de unos conjuntos, y los espaldares de los mismos bares, entonces es una calle que es supremamente fea, porque ahí es donde dejan los contenedores de basura, y bueno, normal, se dio la situación. Al final de esa calle curiosamente hay una zona de taxis, como un parqueadero donde ellos se hacen y yo salí con unas amigas, con otras dos chicas trans, íbamos todas arregladas y en aquel momento, cogimos e íbamos a atravesar la calle para llegar al sitio de los taxis, cuando de repente un carro se nos acercó, y mi amiga dijo, pues estábamos borrachas y mi amiga dijo “marica, mire el carro que viene atrás, nos viene siguiendo”, obviamente la primera reacción de nosotras por estar alcoholizadas fue “claro que no marica” (risas) cuando vimos que el carro nos alcanzó y empezó a seguirnos el ritmo, obviamente la situación ya fue completamente diferente. En primer momento mi amiga dijo “marica, quedémonos quietas, si el carro frena, asústese y corra todo lo que pueda para llegar donde los taxis” qué nos pasó, nos quedamos quietas, nos hicimos las bobas que íbamos a sacar la cosmetiquera o cualquier otra cosa del bolso, normal. Frenó el carro, nosotras obviamente estábamos en tacones y por más que tratáramos de correr, no alcanzamos a correr ni dos metros cuando se bajaron los tipos de carro, nos cogieron y nos empezaron a dar... entonces en aquel momento yo tenía mi cabello hasta acá (señala el largo) me lo cortaron, a una amiga le reventaron la prótesis del seno, y a otra amiga que venía con nosotras le dañaron la nariz, o sea el tabique le quedó súper deforme. Como pudimos, mi amiga sacó un gas pimienta que tenía y les echó en la cara, y mi otra amiga sacó el taser y le empezó a hacer así y pues se asustaron, gracias a Dios teníamos esas dos cosas y los tipos dijeron “no estás viejas están como odiosas” bueno la verdad no sé, el caso es que corrieron, se subieron al carro y se fueron ¿qué nos tocó hacer? Subir, alcanzar los taxis con la realidad tan denigrante que nos enfrentamos que es que ni siquiera nos quieran prestar un servicio, porque ni siquiera estábamos pidiendo que nos llevaran gratis a un hospital, estábamos pidiendo una carrera, un servicio cotidiano, sí que estábamos ensangrentadas sí, pero por favor estábamos necesitando ayuda, y no nos quisieron llevar, nos tocó llegar prácticamente a pata porque nadie nos quiso prestar el servicio” ... Silvia.

A partir de esta grave experiencia, Silvia toma la decisión de contarles a sus padres acerca del tránsito. La mamá le mostró apoyo incondicional desde el principio: le sugirió trasladarse a Bogotá con el objetivo de mandarla a una ciudad más tolerante e incluyente, también le sugirió “hacerse las tetas”, no obstante, ante la propuesta de una operación costada por la madre, Silvia prefirió la rinoplastia para feminizar un poco más su rostro. En oposición a esta reacción tan positiva, al preguntarle a Silvia sobre su padre únicamente responde entre risas: “mi papá me odia”. Hace un año aproximadamente que no tiene contacto con él, de modo que para visitar a su mamá primero hace cuentas de los días que él no va a estar en casa y así no coincidir:

“Sí, precisamente por lo mismo y tanto que te estaba diciendo hace un momento, porque obviamente por los convencionalismos que te decía antes, la gente espera que cuando tenga un hijo tenga cierto proyecto de vida y se desarrolle de cierta manera, entonces entró el punto en el que yo me empecé a cuestionar eso, o sea si yo voy a ser una chica trans no voy a poder cumplir eso, muchas caras⁵ de lo que mi papá había esperado” ... Silvia.

Gabriel

Gabriel tiene 26 años, es diseñador industrial de una prestigiosa Universidad privada de Bogotá. Gabriel es ciclista urbano profesional y trabaja en una empresa de Bogotá como diseñador industrial.

Para hablar de Gabriel podríamos comenzar por la complicidad implícita entre él y su padre, respecto a su evidente masculinidad en la infancia, según él:

“Pues él siempre me ha tratado como un man, digamos que antes cuando era más pequeña, eh, él me trataba muy mal, muy mal, y me acuerdo mucho una pelea que tuvimos en la casa, porque estaba jugando con mi papá, y estábamos jugando a puños y no sé qué, yo no me acuerdo qué fue lo que hizo, y mi hermana me cogió de la camiseta y “fun” me paró al frente de mi papá y le gritó “es que es una niña, no la ve, es una niña, deje de tratarla como a un man”, y eso a mí se me

⁵ Así está en la entrevista, Silvia se refería a que no va a poder cumplir muchas expectativas que el papá tenía de ella.

quedó en la cabeza y yo creo que a mi papá también porque en efecto, nos vemos y nos pegamos, es una relación mucho más física, pero no sé, él se previene mucho también”... Gabriel.

Aun cuando el tránsito de Gabriel fue posterior al inicio del tránsito en los demás entrevistados (llevaba un mes de tránsito al momento de la entrevista), su apariencia masculina y su orientación sexual que era leída como no heterosexual antes de asumir una identidad masculina, significaron problemas para él desde mucho antes, en particular en el colegio, institución femenina y católica que en este relato aparece como el principal agente de normalización. De forma extra curricular, exigían a Gabriel asistir a reuniones con el rector, citas con psicología y actividades cuyo fin era demostrarle a Gabriel que su forma de asumir tanto su identidad de género como su orientación sexual, constituían un error moral, juzgado por ellos como “pecado”. Asimismo, según cuenta Gabriel, en un acto de discriminación, se valieron de represalias burocráticas para impedir su grado con el acto de ceremonia y el de su novia, siendo esto, además de una injusticia con consecuencias evidentes, un acto simbólico muy fuerte, en la medida en que con esto el colegio quiere decirle, no sólo a Gabriel, sino a todas las estudiantes que asumieran este tipo de disidencias, que no son la cara digna de la Institución, razón por la cual deben ocultarse en este tipo de actos públicos. Así relata su experiencia:

“Ush, claro, el colegio. El colegio fue un tema porque... eh, pasé horas, muchas horas donde la psicóloga, con el padre, con gente que era como “eso no es normal, no sé qué”, llegó el padre a decirme.../ fueron unos hijueputas, me quitaron la oportunidad de decirle a mi familia que me gustaban las viejas [...] Me preguntó “¿bueno y usted qué hace cuando no está en el colegio?” yo le dije que jugar fútbol, estoy en la casa, hago deporte. Me dijo “¿usted por qué no deja de jugar fútbol? Usted debería salirse de fútbol y meterse a un curso de cocina, algún día va a tener que cocinarle a su marido y ¿qué va a hacer? Jugando fútbol no va a aprender a cocinar” y yo le dije “qué pena con usted, pero lo que pase por fuera del colegio, eso no es problema suyo” y de una me le paré y le dije “no, no me voy a salir, y yo he visto mujeres que no cocinan y no por eso son menos mujer” me agarré con el tipo y / no mi último año en el colegio fue... a mí no me dejaron graduar por ceremonia, reunieron a los profesores y les dijeron, que a mí y a mi novia nos tenían que dejar en algo, o sea no nos podíamos graduar en ceremonia, y nos dejaron por huevonadas, por logros, como teníamos que pasar a recuperaciones entonces no nos alcanzamos

a graduar, y yo me fui vestida al grado como un man, me tiré, me saboté el grado con mis amigas, cualquier persona que pasaba, le chiflábamos, le aplaudíamos, hicimos de todo, ¡el escándalo! luego nos pusimos las togas, no tomamos fotos con las banderas, nos tiramos la ceremonia de grado [...] Una mierda, como son todas las monjas. Una vez nos encerraron en un salón de audiovisuales con mis amigas y nos pusieron a ver un video de Tony Meléndez que es un man que no tiene brazos y toca guitarra con los pies, y sale al final la monja “si Tony Meléndez se puede superar ustedes también pueden salir de ese pecado” (risas) Allá sí nos hicieron una cacería muy paila” ... Gabriel

Para Gabriel la familia no aparece como Institución normalizadora, si bien en un principio duda acerca de iniciar el tránsito a causa del dolor que la noticia podría ocasionarle a su familia, su mamá y su hermana siempre aparecen como fuente de apoyo, amor y cuidado. A su papá, aunque aún no le ha comunicado sobre su tránsito, al igual que en la infancia de Gabriel, acepta de forma tácita la masculinidad de su hijo siendo consecuente con esto en el trato hacia él:

“Bueno al comienzo les dio muy duro, cuando yo les conté lloraron, entonces yo sentía que estaba cometiendo el peor error de mi vida viéndolas sufrir tanto, pero al final me dijeron “no, lo que tenga que hacer, si eso es lo que tiene que hacer para ser feliz, hágalo”, y me dijeron que se arrepentían un resto por no haber hecho nada, mi hermana me dijo “yo siempre lo supe pero nunca hice nada, y me duele que usted haya pasado por todo esto y yo me haya hecho la loca”, pero no, ahorita están bien, súper, súper bien” [...] “a mi hermana le compraron una colcha de flores y a mí me compraron una colcha con beisbolistas y pelotas de béisbol, que por un lado es así y por el otro lado son puros carritos de colección, ellos todavía creen que somos unos mocosos, entonces ahí ya me dijeron “ese se lo escogió su papá” ahí ya es como una aceptación de mi masculinidad, pero no sé cómo lo vea cuando sepa que ya voy a tener cambios físicos hacia un hombre” ... Gabriel.

El trabajo para Gabriel funciona de algún modo como un agente normalizar, aparece en su relato como un ambiente conservador donde en diferentes ocasiones ha escuchado comentarios discriminatorios hacia la población LGBTI, por lo cual Gabriel se siente presionado a seguir presentándose y refiriéndose a sí mismo como una mujer. Lo anterior tiene consecuencias

concretas en la vida de Gabriel: él siente que se está agrediendo psicológicamente al tener que actuar como dos personas diferentes: Daniela en el trabajo, y Gabriel por fuera de éste. Según su relato:

“Sí, yo he escuchado comentarios en el trabajo malucos, como de gays y eso, imagínate ahora un trans...sí, yo sé que va a haber un punto en el que se me empiece a notar mucho y voy a tener que renunciar, además también va a haber un punto en el que, digamos ahorita me está dando muy duro tener que pasar ocho horas y media en el trabajo, que todo el mundo me trate como una vieja, que todo el mundo me diga Daniela, que yo tenga que comportarme como una vieja, pues bueno yo no es que actúe mucho como una vieja, pero finalmente me toca referirme a mí como una vieja” ... Gabriel.

Juan Felipe

Juan Felipe tiene 22 años, es músico de una Universidad pública de Bogotá, vive con su mamá y su hermana a las afueras de Bogotá, lugar al que se mudaron para que Juan Felipe pudiese hacer su tránsito con mayor tranquilidad y sin tener que someterse a los juicios paternos.

El hecho de haber pertenecido a un colegio femenino convirtió la construcción masculina de Juan Felipe en un hecho particularmente llamativo para su entorno. En su relato dicha Institución aparece como el principal agente de normalización, el cual juzga su masculinidad a partir de juicios no sólo estéticos, sino morales, considerando la transgresión de Juan Felipe a los valores tradicionales de la feminidad (además promovidos con particular ahínco en colegios femeninos y católicos) como una “mala influencia” para sus compañeras, sobre su experiencia él cuenta lo siguiente:

“Eh, citaron a mi mamá en una de esas, pero yo creí que había sido por esa situación, pues por el caso de las niñas (novias en el colegio), pero no, me enteré que era... yo en esa época estaba haciendo servicio social, bueno el colegio es muy pequeño, entonces yo tenía que cuidar con una amiga a las niñas pequeñas, y curiosamente me enteré que los papás habían puesto una demanda en mi contra para no acercarme a ellas, me decían que yo era una mala influencia, claro, para mí

mamá escuchar eso fue impactante, y mi mamá preguntó que por qué, y le dijeron que por mi apariencia física, que no les parecía, que yo era un niño, que cómo en un colegio femenino iban a aceptar eso. Me habían dicho que habían mandado cartas, las cuales nunca me mostraron. Entonces mi mamá a partir de ese choque tomó una actitud... o sea ya teníamos problemas, y a parte le contaron el cuento con las nenas (novias), entonces eso fue como una bomba para ella, entonces me prohibieron estar cerca de niñas que fueran menores del curso mío, sólo podía con las mayores, yo estaba en décimo, entonces sólo podía con las de Once o con las de mi curso, y... me ponían profesores para que me cuidaran, fue una época complicada” ... Juan Felipe

Lo anterior es una situación de discriminación e irrespeto con el estudiante, sobre el cual recaen una serie de juicios morales negativos. Tales juicios son asumidos por el colegio únicamente a partir de una premisa estética: Juan Felipe, al diferir de una apariencia “ideal” de las estudiantes de colegio católico y femenino, inmediatamente trata de ser invisibilizado por las directivas del colegio, impidiendo su interacción con la mayoría de estudiantes. Este fragmento del relato evidencia de forma muy clara varios de los prejuicios que sustentan la moral bajo la cual se tratan y juzgan a las personas heterodisidentes; tal como lo expone esta situación, muchos de estos juicios se basan en una moral católica.

Fuera del colegio Juan Felipe también tuvo que sufrir situaciones de rechazo a causa de su trasgresión hacia los valores femeninos-heterosexuales, los papás de dos de sus novias lo insultaron y amenazaron tanto de instaurarle una demanda como de agredirlo físicamente por el hecho de salir con sus respectivas hijas. De nuevo se generó un juicio moral acerca de la apariencia de Juan Felipe, lo tildaron de “mala influencia” y de llevar una “vida de mierda” de la cual consideraban necesario mantener alejadas a sus hijas. Ambas situaciones fueron muy duras para Juan Felipe, quien durante el relato se muestra constantemente inconforme frente a dichos juicios, estas situaciones son para él dolorosas, lamenta que la construcción de sí mismo sea leída por los demás, y casi de forma inmediata, como algo aberrado e inmoral.

La siguiente Institución importante en el relato de Juan Felipe es su familia, cuyo rol cobra diferentes matices. En un inicio la madre aparece como un agente normalizador, cuyos regaños y crítica constante a la apariencia y actitudes de Juan Felipe, lo sumergen en una crisis consigo

mismo, generando en él sentimientos de soledad y temor a la eventual reacción y rechazo de la madre cuando le contara acerca de su tránsito. La importancia de su aprobación resulta evidente cuando Juan Felipe relata que justo a la semana siguiente de haberle comunicado la decisión a su mamá, se aplica la primera inyección de testosterona e inicia el trámite para cambiar su nombre legalmente. Sobre el primer momento de su mamá frente a la masculinidad de Juan Felipe, relata lo siguiente:

“Llegar a la casa era una tortura, la convivencia en esa época con mi mamá era difícil, me criticaba todo, si me ponía un jean entonces que por qué me lo escurría, si me ponía una cadena entonces que por qué la cadena, si me ponía las manos en los bolsillos, que no que eso era de niños, que no. Todo me lo criticaba, todo lo que tú quieras” ... Juan Felipe.

No obstante, a lo largo del relato dicha relación se transforma en una relación de apoyo, la madre pasa a ser una persona totalmente comprometida en la ayuda tanto económica como emocional que Juan Felipe necesita en su tránsito. Lo anterior, dice Juan Felipe, fue en parte gracias a la seguridad que él le demostró a su madre acerca de iniciar un proceso de tránsito, también influyeron otros factores como una terapia psicológica que ayudó a la mamá a entender mejor el proceso que su hijo atraviesa y salir de la depresión ocasionada por la noticia del tránsito. Sobre la nueva posición de la madre, Juan Felipe relata:

“Y por el lado de mi mamá, “uf”, contar con ella, ella es lo más seguro que yo tengo en este momento, eh a nivel de afecto y en todos los niveles, entonces ver que está contigo paso a paso, que le puedes contar absolutamente todo, ¡le puedo contar todo!” [...] “Mi mamá ha arriesgado muchísimas cosas por mí, me ha apoyado, cosa que no esperaba, pero me ha apoyado” ... Juan Felipe.

Juan Felipe también ha encontrado un apoyo importante en sus hermanas, cuñado y sobrina, personas a quienes considera su núcleo más cercano, mientras que al resto de su familia (padre, hermano, tías, tíos, primas, primos, etc.) prefiere ocultarles el tránsito, decisión tomada en conjunto con su mamá y hecha a partir del miedo a ser juzgados fuertemente. A raíz de lo anterior, su núcleo

cercano en el que encuentra apoyo familiar decidió mudarse a las afueras de la ciudad junto con Juan Felipe, con el fin de evitar rumores en el resto de familiares:

“El resto de mi familia no sabe, yo ya llevo dos años sin verlos. Mi mamá dice que no, no les quiere decir porque siente que me van a juzgar, que la van a juzgar a ella”... Juan Felipe

Salvador

Salvador tiene 23 años, es estudiante de Medios Audiovisuales en una de las universidades privadas más prestigiosas de Bucaramanga. Para el momento de la entrevista vivía con su novia. Salvador vive en la misma ciudad que sus padres, sin embargo ellos costean los gastos de vivienda de Salvador en un lugar diferente a la casa de los padres, así como su carrera y mantenimiento en general.

Para Salvador la inconformidad con la identidad sexual previa al tránsito es un asunto desde los 4 años. Según él, desde siempre se sintió mucho más cómodo cumpliendo un rol masculino: su forma de vestir, las actividades que prefería, su orientación sexual, la forma de relacionarse con la gente, etc. A medida que fue creciendo, Salvador empezó a construirse a sí mismo como una mujer muy masculina, ruda, lesbiana, deportista. En su relato no hay registro de problemas causados por dicha construcción previa al tránsito pero ya disidente de la feminidad, ninguna de las Instituciones o personas que le rodeaban en ese momento intentaron algún proceso de normalización. Según su relato:

“Digamos, yo siempre fui una mujer muy deportista, yo hacía mucho deporte, siempre estaba en todos los equipos, en los que estaba siempre ganábamos, y eso hacía que mi ropa fuera siempre holgada, relajada, que tuviera siempre un buen cuerpo, marcado, duro, eh, que estuviera a la altura de los otros chicos, hombres, entonces yo no competía con mis compañeras sino que competía con mis compañeros, digamos que... que me sentí cómodo con mi feminidad en el sentido en que construí una feminidad muy masculina y muy dura, pero sí llegó un punto en que no podía con muchas cosas del hecho de ser niña”... Salvador.

Este “punto” en el que ser una mujer masculina no le bastó para definirse fue cerca a los 18 años. Salvador entró en una crisis de identidad en la que no se reconocía como la persona que había sido durante todos esos años, los sentimientos de angustia, depresión y rechazo por algunas partes de su cuerpo se volvieron sentimientos constantes e irresueltos. Su novia en ese momento, una psicóloga, introdujo el término “transexualidad” a la vida de Salvador, quien por su cuenta comenzó a investigar hasta concluir que esa era su situación:

“Eh... pero no creas, cuando te digo que todo estalló, fue encontrarme ante una persona que no reconocía, entonces yo me estaba duchando, yo salí de la ducha y abrí el closet para cambiarme y yo vi el closet de una persona que no tenía ni idea quién era, yo sólo decía como “espere un momento”, entonces me senté en la cama, me puse a mirar la ropa, me puse a mirar todo y yo decía “pero esto de quién es”, esto a quién le pertenece, fue una crisis de identidad ¿porque no sé dónde estoy, no sé nada! estaba totalmente perdido, ¡no agh!, no ni mierda, sí, no sé, fue un golpe durísimo, fue un golpe duro, duro, y bueno ahí fue cuando me desplomé y empecé a chillar, y empecé a cuestionarme y a cuestionarme y a cuestionarme y empecé “pero por qué, por qué, por qué, por qué, por qué”[...] “y bueno empezaron a llegar las respuestas y yo empecé, lo que te digo, empecé a casar las cosas de mi infancia, empecé a entender por qué odiaba ponerme vestidos, como ¡ah, ya entiendo porque odiaba como un hijueputa que mi mamá me obligara a ponerme vestidos”, y me tomaban fotos con vestidos y yo era como (pone cara amargado), ¿sí? y hay una foto donde yo salgo con una pantaloneta, una camisa como esta y un balón de fútbol, cosas masculinas, entre comillas, con mi corte de hongo ¡que parezco un niño! y me veo cagado de la risa y todo esto, entonces empecé a casar muchas cosas de mi infancia y fue como “ay, bueno ya” pero, pero, creo que fue, fue por ahí el hecho de mi molestia con la feminidad, fue algo que ha sido paulatino, que tuve elementos para enfrentarme a eso, me sucedieron cosas muy duras respecto a mi feminidad”... Salvador

Salvador aparece en su relato como un individuo muy empoderado sobre determinados discursos de la identidad sexual y de género como construcciones sociales, sobre valores machistas y conservadores que es necesario abolir, sobre la búsqueda de equidad, etc., Salvador en el intento por entender su situación en el mundo se acercó a muchas teorías feministas y a los estudios de género, lo cual le brinda una perspectiva particular sobre su tránsito, muy cercana al activismo. A

pesar de esto, existen momentos donde este discurso y la seguridad que constituye a Salvador gracias a sus conocimientos, parece venirse al piso, vencida por esos mismos prejuicios en contra de los cuales se construye. Salvador en un momento específico de su relato se muestra como una persona derrotada por la realidad práctica a la que su entorno lo somete, mostrando así el fuerte debate en el que se encuentra constantemente al enfrentar al mundo social. Así lo manifiesta:

“No sé, pero yo siento que los hombres trans somos más vulnerables como mujeres que como hombres... y a mí me pasa, me pasa que a veces estoy compartiendo y entro a un lugar donde hay hombres que son visiblemente muy masculinos y muy machos y que más allá de que sean muy masculinos, tienen esa posición y esa actitud de “yo soy el macho”, cuando entro en esos escenarios sí me siento muy incómodo, me siento agredido, me siento como “bueno, usted qué o qué” ¿sí me estoy haciendo entender? Entonces eso es lo que me pasa, que le recuerdan a uno que uno es una mujer... entonces le hacen así, le intentan hacer a uno así (gesto de aplastar con las manos) es una lucha dura competir ahí, competir con la posibilidad de ser, porque no estoy compitiendo con el macho sino “déjeme ser, relájese”, pero bueno, en fin. Para los hombres trans yo creo que es difícil aceptar la feminidad, pero es lo que yo te decía, si no hubiésemos sido mujeres, no seríamos hombres trans, no puedo negar mi existencia como mujer, no la puedo negar, porque pues, fui una mujer, en todos los sentidos, sólo que me di cuenta en un momento que lo estaba haciendo mal, y ya, todo cambió”. Salvador.

Capítulo II

Construcciones corporales

“El binario naturaleza-cultura mantiene la idea de que los eventos corporales no están mediados por la cultura y su lugar precediera a la misma, cuando es sólo a través de las construcciones sociales que lo que pasa en el cuerpo cobra sentido en cualquier sociedad (Haraway, 1991)”.

A partir de los relatos de vida presentados en esta investigación se pueden identificar posturas diferentes en lo relativo a la construcción de los cuerpos, las posturas están directamente relacionadas con el género que se pretende alcanzar mediante el tránsito. Para entender estas diferencias es importante analizar qué piensan las y los entrevistados sobre sus cuerpos, cómo los relacionan con la masculinidad y la feminidad, cuáles intervenciones consideran como una agresión a sus cuerpos y cuáles no, así como otra serie de procesos que se experimentan durante el tránsito. Por ello en este capítulo presento las experiencias e ideas que tienen las y los entrevistados sobre este tema.

2.2 Cuerpos en tránsito

Para los entrevistados y en general para las personas en tránsito, el cuerpo se convierte en un campo sujeto a diversas modificaciones de índole médico y estético cuyo resultado tiene consecuencias reales tanto en las interacciones cotidianas con su entorno, como con el grado de conformidad que tienen consigo mismos. Para cualquier sujeto, el cuerpo funciona como un dispositivo a través del cual se presenta al otro y brinda una información inicial acerca de lo que es o pretende ser. Mediante el cuerpo es posible hacer diferentes lecturas de clase, de género, raciales, étnicas, etc., y es a partir de estas lecturas que cada sujeto recibe un trato específico. El cuerpo constituye el lugar donde a la vez el orden social actúa y se (re) produce. Por fuera de este marco –el cuerpo- el orden social mismo no tendría existencia. Son sólo los cuerpos lo que ponen en práctica/acción a las sociedades, no como una superficie donde las normas se reflejan, sino como un lugar activo de creación de sentido.

En palabras de Manuel Escobar en su *libro Cuerpos en Resistencia: corporalidad, resistencia y poder en los movimientos sociales Latinoamericanos*, la coherencia de género, es un régimen regulador que prescribe una “verdad” sobre lo humano, verdad que no sólo lo produce sino que se incorpora en cada uno de nosotros para relacionarnos con quienes consideramos como personas, para guiarnos en la atribución o no de tal dignidad al otro. Así, cuando una persona entra a un salón, el registro más incorporado que tenemos al verla es si se ajusta a la condición de hombre o mujer. Si las señales no son claras, dudamos enseguida no solo de su masculinidad o feminidad, sino de su propia condición humana. La pregunta de ¿qué es?, que con frecuencia escuchamos, evidencia el dramatismo de la confusión (Escobar, 2011).

El género y la sexualidad de los sujetos como indicadores del orden social y moral, a partir de donde se clasifica a los sujetos cotidianamente, no responden únicamente a una coyuntura contemporánea. Rastrear este fenómeno en momentos socio históricos diferentes al actual, nos ayuda a entender la complejidad del mismo y qué tan arraigados en nuestra historia humana se encuentran ciertos conceptos relativos al género. En este sentido, el sexólogo, historiador y profesor de Berkeley Thomas Laqueur, en su libro *La Creación del Sexo*, analiza *Questionum medico-legalium*, el texto médico-legal más importante del siglo XVII, del médico Paolo Zacchia. En su análisis, Laqueur presta especial atención a la distinción que hace Zacchia entre las diferentes formas de hermafroditismo y las condiciones que en cada caso se tenían en cuenta para determinar la condición médico-legal de las personas hermafroditas. Así pues, según Laqueur, cuando Zacchia discute sobre los hermafroditas con los dos conjuntos de órganos, distingue, siguiendo a Aristóteles, el sexo válido (*sexum ratum*) del sexo ineficaz, inválido e inútil (*intriium*). De nuevo el sentido es político –testamentos o leyes válidos o inválidos- y no morfológico. Los juicios políticos, las reivindicaciones del género, ya están contenidos en los juicios sobre el sexo, porque la política ya está contenida en la biología de la generación. Así cuando Zacchia dice que los humanos no pueden tener dos sexos válidos alude menos al hecho biológico que al social o cultural: el hombre informa y la mujer transporta, y es imposible para cualquier criatura hacer ambas cosas, no importa la configuración de sus órganos. En ausencia de pruebas relativas a la realidad de la generación, entran en juego las viejas oposiciones pitagóricas y no criterios anatómicos o fisiológicos alternativos: el órgano de la derecha (en el

caso de hermafroditas con órganos a ambos lados), o el órgano de arriba (en el caso de quienes los tienen ordenados verticalmente a lo largo del eje del cuerpo) es el que cuenta. El lenguaje es al menos tan político como biológico: las características sexuales secundarias a las que se refería en lugar de los órganos genitales son consecuencia del mayor o menor calor vital que define a hombres y mujeres. Para los médicos del Renacimiento estaba claro que el calor tenía correlatos físicos. Pero el calor estaba también íntimamente unido con la gran cadena del ser, cuyo significado es difícil de separar del significado de la propia perfección.

Por ejemplo las mujeres pueden convertirse en hombres, mantiene Zacchia, pero los hombres no pueden convertirse en mujeres. ¿Por qué? Ofrece una simple razón anatómica –no hay espacio en el interior de un hombre para un pene invertido–, aunque esta línea de pensamiento muestra escasa convicción. Sus principales líneas de argumentación son metafísicas. Hablando en general, casi todas las autoridades están de acuerdo en que “la naturaleza tiende siempre hacia lo más perfecto”. De manera más específica, si tiene lugar una transformación de sexo, se presenta por aquello que el hombre tiene, esto es, el calor. El calor, dice, “empuja hacia adelante, difunde, dilata; no comprime, contrae o retracta”. En consecuencia, el principio activo actúa de forma que “los miembros que proyecta hacia el exterior nunca retrocederían hacia el interior”. (En otras palabras, el calor del hombre obedece a las leyes de la termodinámica). Los hombres no pueden convertirse en mujeres por expulsión porque, como ya se ha demostrado, ésta funciona en el sentido opuesto, y no pueden convertirse en mujeres por atracción porque “ésta, cuando actúa correctamente, reúne lo que es favorable para el animal, y hacerse imperfecto no es evidentemente lo más favorable”. Dicho de otro modo, la biología está limitada por las normas culturales en la misma medida en que la cultura se basa en la biología. En el mundo de un sexo, en general, y en la obra de Zacchia, en particular, -cuando por buenas razones legales, prácticas, y cotidianas- se habla de la biología de dos sexos fundamentales, claros y distintos, se cae al propio tiempo en la trampa del continuo cuerpo/género del modelo de sexo único. Durante buena parte del siglo XVII, ser hombre o mujer era ostentar un rango social, asumir un rol cultural y no *pertenecer* orgánicamente a uno u otro de los dos sexos. El sexo era todavía una categoría sociológica y no ontológica (Laqueur, 1994).

El lugar de los cuerpos en la sociedad es como una cinta de Möbius, donde hay una continuidad entre en la naturaleza y la cultura, más allá de un binarismo (Lozano, 2010).

Ahora bien, esta “continuidad” sobre la cual se hace mención, es identificada por la mayoría de entrevistados como el móvil principal para intervenir sus cuerpos, dado que al materializar en lo corporal el género con el que se identifican, logran o no alcanzar el trato y reconocimiento que socialmente recibe dicho género.

2.2. Masculinidades construidas entre la transgresión y la normatividad

Al recurrir al relato de Juan Felipe y Gabriel, dos de los hombres trans entrevistados para este trabajo, el primero músico y el segundo diseñador industrial, encontramos bastantes similitudes relativas a los objetivos del tránsito. Una constante en sus narrativas es la premisa “que no se me note” como punto de referencia para decidir qué tan exitoso o no habrá sido su tránsito. En relación con esto, Gabriel y Juan Felipe tienen opiniones muy cercanas respecto a la terapia de reemplazo hormonal, las cirugías plásticas y su periodo menstrual, es decir, en lo concerniente a aspectos físicos y las consecuencias sociales de la apariencia lograda. No obstante y a pesar de estas similitudes, los conceptos que cada uno tiene respecto a la masculinidad, como performance cotidiano compuesto de determinados comportamientos, distan entre sí.

Para Gabriel, (quien lleva un mes de terapia hormonal) ser hombre y ser asumido como tal está estrechamente ligado a su actitud. Mientras más masculino y más cómodo se sienta en dicho rol, resulta más probable que el trato hacia él sea el trato que normalmente recibe un hombre en cualquier interacción cotidiana. No obstante, en la medida en que su cuerpo aún no se asemeja a la idea particular de masculinidad que se ha propuesto alcanzar, en ocasiones no le resulta tan fácil lograr esa actitud de seguridad, como él relata:

- “tengo que hacer que me crezca un poquito más la espalda, los brazos, las piernas, ... necesito más músculos, eh, el pelo, el peinado, pero finalmente ser un man creo que está más como en la cabeza, obviamente uno es el cuerpo ¿no? Los demás, digamos que interactúan con uno por medio de este cuerpo” ... Gabriel.

Dentro de esta construcción del cuerpo, para Gabriel son muy importantes las intervenciones quirúrgicas, tanto la de reasignación sexual como la mastectomía. Si bien la primera operación le genera ciertos temores como la pérdida de sensibilidad y el procedimiento en sí mismo, la idea de contar con un órgano sexual masculino supera el temor a las consecuencias que ésta pueda acarrear. Según él: *“yo creo que lo supera todo lo bueno, va a sonar súper tonto, pero el simple hecho de entrar al baño y poder orinar ya cambia todo, o estar uno por ahí en cualquier lugar y sacar el pipí y hacer chichí, ya (risas), eso ya hace que valga la pena, eh no sé, las relaciones sexuales, deben ser completamente diferentes”*... Gabriel.

Dicha ambición por el cambio de órgano sexual responde a uno de los objetivos más importantes que tiene Gabriel respecto a su tránsito, para él, el tránsito ideal consiste en algún día poder considerarse *hombre* en vez de clasificarse y ser clasificado como un hombre transgénero, como lo expresa en la entrevista: *“pero yo sí quiero llegar al punto en que ya sea un hombre, en el que ya deje de pertenecer al LGBT, no voy a dejar de pertenecer nunca al LGBT, pero pues es el ideal que uno tiene, como... dejar de ser un rarito marica, como un día simplemente llegar a un lugar y ser un man y, que todo en la vida encaje como la de un man.”*... Gabriel.

La construcción o delimitación de fronteras entre las identidades lesbianas, transgénero y transexuales es un debate tanto práctico como académico. La preocupación que expresa Gabriel en su entrevista por “algún día ser un hombre” es evidencia de ello. A partir de dicha inquietud es válido preguntarse: ¿cuándo se deja de ser lesbiana para convertirse en transgénero?, ¿cuándo se deja de ser transgénero para convertirse en transexual?, y lo que realmente resulta apremiante para algunos entrevistados: ¿bajo qué circunstancias es posible trazar una distinción entre hombre transexual y “hombre”? El académico Jack Halberstam, (antes Judith Halberstam) en su libro *“Masculinidad Femenina”*, al referirse a este debate sugiere que si bien es cierto que los hombres transexuales han sido erróneamente incluidos en la historia lesbiana, también es verdad que las distinciones entre algunas identidades transexuales y algunas identidades lesbianas son, a veces, bastante difusas. Muchos hombres transexuales salen del armario como lesbianas antes de hacerlo como transexuales (tal es el

caso de Gabriel). Y sólo por esta razón es difícil mantener claras y definitivas distinciones entre lesbianas y transexuales (Halberstam, 2008).

Asimismo, en su texto Halberstam argumenta que el deseo de generar divisiones tajantes entre las lesbianas más masculinas y los hombres trans, fácilmente nos puede llevar a conclusiones bastante heteronormativas en donde la identidad lésbica, de pronto, se convierte en una categoría patológica, cuando se le compara con los fines adecuadamente heterosexuales y normativos del hombre transexual-heterosexual. A partir de esto, Halberstam concluye, que trazar la distinción entre lesbianas y transexuales es, sin duda, una tarea importante, pero siempre se corre el peligro de caer en afirmaciones homofóbicas sobre las lesbianas o formulaciones sexistas sobre las mujeres en general (Halberstam, 2008).

Ahora bien, siguiendo con la corporeidad *trans*, es imprescindible abordar el ciclo menstrual como una experiencia decisiva durante el tránsito. Respecto a esto, Gabriel prefiere omitir los términos comunes como menstruación o “periodo”, el uso de una expresión un tanto más técnica como “periodos de ovulación” marca una distancia entre él y este proceso asociado a las mujeres y la feminidad, de este modo el uso de expresiones médicas legitima un proceso en su cuerpo que es ajeno a su voluntad (Lozano, 2010). Para él el periodo menstrual es una de las características que más vulnerables vuelve a las mujeres, Gabriel afirma ser víctima de cambios hormonales que le afectan emocional y físicamente, cambios que según él lo hacen una persona maleable e inestable (características que coinciden con su definición de feminidad). A partir de esta descripción, Gabriel crea la caricatura de una mujer pasional que no es dueña de sí misma ni de sus impulsos, que por el contrario se deja gobernar incluso por su propio cuerpo: esta ausencia de control y supuesta correspondencia con la naturaleza, reafirma que el lugar subordinado de las mujeres en las relaciones de poder les corresponde ontológicamente. Siendo incapaces de controlar el lugar primario que habitan, es decir sus propios cuerpos ¿cómo podrían gobernar entonces sobre otros sujetos? (Lozano, 2010).

Ésta construcción particular elaborada alrededor de la menstruación tiene a su base lo que se denomina como Síndrome Pre Menstrual (SPM). El significado que, en términos sociales, se ha construido en torno al SPM, ha sido cuidadosamente estudiado y conceptualizado por la

antropóloga Lina Lozano Ruíz en su libro “La Sangre de las Otras: cambios generacionales en la percepción de la menstruación y su relación con la dominación masculina”. En este texto la autora recoge las experiencias en torno al periodo menstrual de varias mujeres de diferentes edades, analizándolas a partir del contexto generacional de cada una. A partir del estudio de estas experiencias, la autora afirma que el SPM, además de representar un cuerpo enfermo construye la idea de la inestabilidad psíquica, una idea por demás común y arraigada que sigue oprimiendo la experiencia femenina (Lozano, 2010).

Gabriel por su parte utiliza el SPM como un argumento “biológico” que respalda la definición que tiene sobre las mujeres y la feminidad, sucede que al atribuir al SPM los cambios emocionales o cambios de ánimo de las mujeres se esconden los contextos y vivencias específicas de las mismas, que en las relaciones sociales se enfrentan a problemas y experiencias de estrés o rabia, como cualquier hombre. A través del SPM estas experiencias se convierten en dictámenes de sus cuerpos, que escapan de su razón y voluntad, mostrándolas como sometidas a sus naturalezas y ajenas a sus condiciones materiales de existencia; de igual forma sus manifestaciones emocionales –rabia, estrés, alegría, entre otras- dejan de ser legítimas o justificables, dado que aparecen exclusivamente como producto de sus hormonas y su naturaleza. Esto reproduce relaciones asimétricas de poder y naturaliza la falta de acceso de las mujeres a posiciones privilegiadas o de responsabilidad (Lozano, 2010).

Sin embargo, la postura de Gabriel frente a esto es un tanto ambivalente en la medida en que utiliza ese mismo proceso que él siente como parte de una feminidad que aborrece en su cuerpo, para reafirmar la naturaleza de su masculinidad “*y así yo sea una mujer hipermasculina que nunca tuvo cólicos, que nunca tuvo nada, me emputan esos días*”... Gabriel. De este relato se deduce que, según Gabriel, la futura ausencia de su periodo menstrual (consecuencia de su tratamiento hormonal con testosterona) le permitirá entonces el carácter fuerte y estable que, a partir de su concepto, caracteriza a los hombres.

En cuanto a Juan Felipe, un tránsito “*completo*”, tiene características muy particulares que le definen; tres intervenciones quirúrgicas, a saber: mastectomía, extirpación de los órganos reproductivos y “*reconstrucción del pene*”. Para él, omitir una o más de estas cirugías

inmediatamente convierte cualquier tránsito en un “*tránsito a medias*”, tal rigurosidad clasificatoria en su narración responde a que, en su imaginario, es prácticamente inconcebible la incoherencia entre la triada hegemónica de identidad sexual, identidad de género y orientación sexual. Esta concepción de una correspondencia heteronormativa necesaria entre identidades y comportamiento está fundamentada en el discurso médico: tanto en las intervenciones realizadas a personas intersexuales como transgénero se busca, desde la institución médica, generar un control sobre estos cuerpos sexuados, así, es muy difícil burlar la vigilancia institucional sobre el cuerpo en nuestra sociedad.

En ese sentido, el cuerpo sexuado es blanco seguro del aparato biomédico. La institución homologada para legitimar el sexo de los individuos en nuestra sociedad es la institución médica y los profesionales médicos que trabajan en ella, y en consecuencia, los discursos que surgen de ella son cada vez más sociales e impregnan cada día más el imaginario social sobre el cuerpo, el sexo y la sexualidad (Gregori, 2006). Como lo explica Gregori, en su trabajo sobre personas intersexuales y el papel de los médicos, cualquier combinación posible que no responda a la secuencia prevista de diferenciación sexual entra en la esfera de lo patológico, de lo alterado o de lo erróneo (Gregori, 2006).

Para Juan Felipe es muy importante cumplir con esta triada heteronormativa debido a que para él existe la pretensión de algún día identificarse como hombre sin necesidad de hacer referencia a su proceso de tránsito. Como él lo explica: *“O sea para mí el tránsito es literalmente un tránsito, o sea de pasar de aquí, a allá, o sea ya pasaste de mujer a hombre de hombre a mujer, con todas las consecuencias que eso lleva. Yo obviamente respeto a todos los que son transgénero, porque en medio de todo uno también lo es (esta asunción como transgénero es para él circunstancial, mientras puede realizarse todas las cirugías) pero de combinar las dos cosas... lo respeto, pero no lo entiendo, no es lo mío, nunca lo hubiera hecho, o sea “sí, soy Juan, pero me dejo...” no, no puedo, o sea yo creo que psicológicamente uno no, no... no le acabe esa idea”*... Juan Felipe.

Tanto para Gabriel como para Juan Felipe, las identidades normativas resultan referentes inevitables para el desenvolvimiento social cotidiano: pueden facilitar la construcción del

propio sentido durante la transición y servir de apoyo para procurarse tolerancia e integración (Martínez & Montenegro, 2010). A partir del análisis anterior sobre la forma en que Juan Felipe y Gabriel asumen sus tránsitos, es pertinente resaltar que no todos los tránsitos de género son transgresores, o intentan desafiar la masculinidad hegemónica. La pretensión de ambos por eventualmente identificarse como hombres desconociendo la etiqueta *trans*, es testimonio de una corriente de transexualismo masculino que ha generado un discurso sobre la masculinidad que se basa en parte en formaciones sorprendentemente conservadoras sobre la diferencia entre ellos mismos y otras formas de masculinidad femenina (Halberstam, 2008). Estas nociones conservadoras son el resultado de una evidente necesidad por evitar la lectura de sus identidades a partir de lo lésbico, situación en la que a menudo se encuentran, ya que en términos generales pareciera que resulta más fácil, “heteronormativamente hablando”, identificar lo femenino en un cuerpo de hombre, que lo masculino en un cuerpo de mujer, en otras palabras, ¿hasta qué punto una mujer puede ser masculina sin que se le considere un hombre? De este modo, la desdibujada línea divisora entre los límites aceptables de la masculinidad en las mujeres, constituye una amenaza para su construcción identitaria como hombres. Cabe entonces resaltar que es a partir de esto que toma fuerza el debate práctico-académico sobre la delimitación de fronteras entre lesbianas, transgénero y transexuales antes mencionado.

Por último, en relación con el proyecto conservador de hacer distinciones concretas entre hombres transexuales y diferentes formas de masculinidad femenina, estas distinciones suelen servir para favorecer la heteronormatividad al definir la homosexualidad como una patología y al vincular la transexualidad con una nueva forma de heterosexualidad (Halberstam, 2008). Sin embargo, y con el propósito de hacer justicia a los diferentes matices de los tránsitos, vale la pena resaltar que la transexualidad y el transgenerismo, sin importar que tan conservadores se construyan, nos proporcionan una oportunidad única para conocer performances explícitas de masculinidad no dominante (Halberstam, 2008).

Por otro lado, y continuando con el tema de las cirugías, hay que decir que para ambos las intervenciones quirúrgicas (y su buen resultado) se vuelven imprescindibles en la medida en que les evitarán “ser descubiertos” en cualquier situación cotidiana, lo cual aparece como un

temor constante en sus relatos. Sobre lo anterior Juan Felipe mencionó otras experiencias que le son familiares: *“No sé a mis amigos qué tipo de método les aplicaron, pero lo que te digo, tuve la oportunidad de verlos y no me parecieron agradables, a ellos les toca meterse a la piscina con un esqueleto/ sí ¡están planos! Pero ellos no van a poder quitarse la camisa por las cicatrices, porque se nota entonces yo dije ¡nooo maaarica! ¿Cómo me voy a ir con este cirujano?”*... Juan Felipe.

Ahora bien, es muy importante resaltar que las causas puntuales de este discurso son externas y no responden necesariamente a una voluntad individual de lucir de determinada manera, la realización de estas cirugías tiene por objetivo, más allá de cualquier otro móvil, acercarse en términos estéticos a un tipo específico de hombre o mujer, bajo el cual será más fácil recibir el mismo trato y reconocimiento que una persona que ha nacido con dichas características.

“Yo tengo un amigo, él sí lo sabe, y al principio cuando yo hablaba con él, me hacía sentir como gay (lesbiana) y yo decía pero por qué, a pesar de que me decía Juan, y tal. Entonces yo le decía “no tal, yo me voy a operar” ya “ahh, okey” se va transformando la idea inicial que ellos tienen. Ellos se fijan mucho en la parte genital, de “ah tú tienes pene, entonces bien, chévere, eres un hombre” y te ven así, te clasifican así [...] también depende mucho de la pareja con la que estés, también radica mucho en eso”... Juan Felipe.

Para Juan Felipe existen dos grandes obstáculos respecto a la cirugía de *“reconstrucción del pene”*: por un lado el alto costo del procedimiento, por otro lado, la falta de perfeccionamiento de la cirugía en términos de avances científicos, pues teme tanto la pérdida del placer como la *“reconstrucción”* de un miembro *“inútil”*; según sus palabras, la inutilidad de dicho miembro consistiría en la imposibilidad de erección y penetración de una vagina. Aquí es importante resaltar la definición de *“utilidad”* que hace Juan Felipe, dentro de la cual se evidencian supuestos de un discurso heteronormativo y biologicista que adjudica al sexo, como naturales, determinadas características y funciones que son construidas socialmente a partir de la época, lugar, valores morales, y otra serie de aspectos completamente circunstanciales. Hay aquí, de nuevo, una referencia al discurso médico por parte de Juan Felipe, dado que desde la medicina la asignación de sexo fundada en el tamaño y la forma de los genitales se basa, además de en

el significado sociocultural de un rasgo físico –el tamaño del pene y el tamaño de la vagina-, en el presupuesto de una complementariedad entre sexos, es decir, una sexualidad heterosexual y coito-céntrica. Bajo este discurso un pene “funcional”, como lo explica Nuria Gregori, se traduce en un miembro con capacidad de erección que pueda “penetrar” hasta alcanzar el fondo de saco de la vagina (lugar donde se presupone la existencia del punto G en la mujer). Con este criterio diagnóstico se repiten los discursos que hablan de un tipo de sexualidad, que no se entiende sin penetración, y de unos presupuestos médicos sobre una sexualidad coitocéntrica y además heterosexual (Gregori, 2006).

A este respecto también es pertinente citar al endocrinólogo Harry Benjamin, quien en 1966 elaboró un diagnóstico para definir e identificar al “transexual universal” (Benjamin, *The Transsexual Phenomenon*, 1966), en este diagnóstico establece la heterosexualidad no sólo como el único deseo sexual al que deben apuntar las personas en tránsito, sino también como “síntoma” indispensable para un diagnóstico de disforia de género. En este marco interpretativo, que de alguna manera sigue vigente, el endocrinólogo Benjamin argumentaba que existían seis condiciones para identificar a un “verdadero” transexual.

1. Una inversión psicosexual total; 2. Puede vivir y trabajar como una mujer, pero vestir las ropas femeninas no le da suficiente alivio; 3. Malestar intenso de género; 4. Desea intensamente relaciones con hombres normales y mujeres normales; 5. Solicita urgentemente la cirugía; 6. Odia sus órganos masculinos (Benjamin, *The Transsexual Phenomenon*, 1966) en (Bento, 2004, pág. 164)

Aunque Juan Felipe no relaciona el periodo menstrual con ninguna característica psicológica, tiene en común con Gabriel un sentimiento de fuerte rechazo hacia él, aparece como algo que no se nombra, las únicas referencias que hace al respecto son hechas bajo eufemismos peyorativos. El repudio hacia su periodo menstrual es evidente, razón por la cual demuestra gran entusiasmo y satisfacción cuando relata que hace más de dos años se detuvo por la terapia de reemplazo hormonal con testosterona. Los sentimientos más dominantes en su discurso respecto a su periodo menstrual son el asco y la frustración, puesto que lo sentía como un proceso que tenía que soportar mensualmente a pesar de ser totalmente ajeno a él; tener el periodo menstrual era una de las situaciones que más le impedían sentirse hombre.

“Eso es un asco, es una de las cosas que más me alegra, sí, uno ya no... por eso te digo, a uno le cambia absolutamente todo, el hecho de ya ¡no! Ya no soportar eso, tanto dolor como... eso ya tú dices “no, ya soy más hombre”, en serio, yo creo que es una de las cosas más incómodas para uno”... Juan Felipe.

La posición que tienen Juan Felipe y Gabriel sobre sus cuerpos es muy frecuente en los hombres transgénero, durante el trabajo de campo tuve la oportunidad de hablar con varios de ellos quienes manifestaron el mismo deseo de realizar todas las intervenciones médicas necesarias para “no ser descubiertos”, la mayoría de ellos se desempeña en un entorno social en el que las personas que los rodean, a excepción de sus familiares y amigos de antaño, ignoran su condición. En un caso particular, uno de ellos me contó que había alterado su cédula de forma ilegal para cambiar la “F” del género por una “M”, y que pagó 5.000.000 de pesos para comprar una libreta militar y así poder conseguir un trabajo sin dar explicaciones acerca de su tránsito⁶. Sin embargo, esta postura contrasta fuertemente entre las mujeres transgénero, por mencionar un ejemplo diré que entre las 41 mujeres en tránsito con las que realicé mi trabajo de campo, todas reivindican ser travestis o transexuales, si no en todos los espacios de su vida, al menos en la mayoría.

2.3. Replantear los roles de género tradicionales desde las experiencias de tránsito

Por otro lado, el caso de Salvador es una excepción a la tendencia habitual antes descrita entre los hombres transgénero. Salvador es activista, expone su tránsito en medios virtuales, conferencias, e incluso realiza una mini serie documental sobre todo su proceso. En este sentido, la construcción de Salvador respecto a su cuerpo se acerca más a la construcción de Silvia: la propuesta de sus transformaciones no está tan asociada a unos parámetros físicos como en el caso de Juan Felipe y Gabriel, por lo tanto, aun cuando es importante, no es ahí donde reposa la validez o conformidad con su tránsito, de ahí que algunas intervenciones médicas sean consideradas por ellos como “mutilaciones” o agresiones a sus cuerpos.

⁶ Para la fecha de esta entrevista aún no era posible hacer el cambio de sexo en la cédula. Sin embargo, el 4 de Junio de 2015 se aprobó el Decreto 1227 de 2015, mediante el cual las personas transgénero pueden hacer el cambio de sexo en la cédula.

Para enunciar la opinión de Silvia al respecto, hay que empezar por decir que durante toda la entrevista se mostró como una mujer muy alegre, como una persona a la que muy poco influye el tránsito en los demás aspectos de su vida, aun cuando el tránsito sexual suele ser una categoría muy totalizante en la vida de las personas, para ella es una coyuntura más.

““Tú quieres ser chica”, pues sí pero esa no es mi única aspiración en la vida, o sea yo quiero ser mujer, quiero ser profesional, quiero tener un proyecto de vida con infinidad de cualidades y factores que vienen a tomar dependencia” ... Silvia.

Esta actitud poco frecuente frente a la asunción del tránsito como un aspecto más, responde en gran parte al concepto de mujer y de feminidad bajo el cual Silvia se construye a sí misma. Lejos de encasillarse en un modelo hecho a partir de prejuicios conservadores, para Silvia la feminidad es lo que cada mujer quiera hacer de sí misma, y cada uno de estos modelos resulta perfectamente válido, como ella explica:

“Un tránsito no es tanto ponerme unos senos, una cola y verme como una mujer de la noche a la mañana, es apropiarme de la identidad de lo que es ser mujer, y apropiarme de mi feminidad partiendo de mis valores y mis principios, porque hay muchas formas de ser mujer, no se trata de ser “la mujer”” ... Silvia.

Para analizar la postura de Silvia es necesario partir de una perspectiva que considera la identidad femenina abierta, plural y constituida por numerosas variables que condicionan e influyen en las formas de ser mujer: la educación recibida, la cultura en la que una mujer se cría, el estatus socioeconómico de la familia en la que nace, la religión a la que su familia o comunidad pertenece, la raza, la etnia a la que pertenecen sus parientes, la gente con la que se relaciona y el grado de conformidad de esta persona con los estereotipos y los roles de género que se le adscriben nada más al nacer (Herrera, 2011).

En ese sentido, para Silvia existen mujeres con senos pequeños, con senos grandes, negras, blancas, con pene, con vagina, lesbianas, bisexuales, altas, otras menos altas; sin que alguna de estas características reste validez a la identidad de mujer. Para ella las operaciones no son un

aspecto fundamental de su tránsito, en su relato Silvia afirma sentirse mujer sin necesidad de “*mutilar*” su cuerpo. Sobre este tema, Anne Fausto Sterling argumenta que etiquetar a alguien como varón o como mujer es una decisión social, aun cuando el conocimiento científico puede asistirnos en esta decisión, sólo nuestra concepción de género, y no la ciencia, puede definir nuestro sexo. Es más, nuestra concepción del género afecta al conocimiento sobre el sexo producido por los científicos en primera instancia (Sterling, 2006).

Sin embargo, Silvia admite que la acción de “*adherir*” algunos elementos a su cuerpo tal vez la haga sentirse más cómoda consigo misma, sin que estas acciones manifiesten una necesidad por reafirmar su feminidad: “*es como que una chica se puede hacer aretes para sentirse más cómoda*”. La definición de feminidad de Silvia está muy relacionada con la idea anterior, puesto que para ella es vital construir una feminidad que corresponda a su personalidad, a su forma de pensar, a sus valores. Crear cada día y a partir de detalles una versión autónoma de sí misma que se separe de un ideal normalizado. En ese sentido, todo lo que sea “*adherir*” cambios a su cuerpo constituye para ella una forma de construir, según esto, desde usar aretes hasta ponerse implantes mamarios, son formas de construir que se encuentran en un mismo grado de validez e importancia respecto a su tránsito. Consecuente con esta idea, Silvia piensa que las intervenciones quirúrgicas para remover partes del cuerpo son entonces una forma de mutilarse, de agredirse en aras de alcanzar un ideal, más por lo que socialmente se exige, que por lo que individualmente se desea. Para Silvia, todo lo que se pueda *adherir*, considerado de algún modo femenino: aretes, senos, extensiones de pelo, uñas postizas, pestañas postizas, etc. hace parte de su proceso de generización, mientras que aquello que desde algunos puntos de vista se tendría que quitar, considerado masculino: el pene, no es admisible como procedimiento para ella. Este punto resulta particularmente interesante si nos situamos desde una perspectiva que concibe la feminidad desde el *hacer*, uno de los rasgos de las definiciones más conservadoras de feminidad es el adorno, el arreglo, el cuidado, el acto de -como le sucede a Silvia- poner cosas que ornamenten la corporeidad femenina; mientras que la masculinidad se puede definir como el *dejar de hacer*, la falta de autocuidado, de arreglo, la simpleza de las formas. Analizar la relación que hace Silvia entre “quitar” y “poner”, con masculino y femenino, nos sugiere algunos indicios para comprender esta lógica a partir de la cual construye y define su cuerpo.

En el relato de Silvia, la presión por acomodarse a un modelo normalizado aparece justamente en el punto relativo a la estética; constantemente se queja de la presión a la cual se ven sometidas las mujeres trans (incluida ella) por acercarse a un patrón, éste sí hecho a partir de prejuicios conservadores. Si bien este tipo de normalización es diferente al de los otros relatos (donde los esfuerzos por normalizar a los entrevistados son dirigidos a evitar el tránsito), éste de igual forma presiona y moldea el comportamiento del sujeto en cuestión para que se someta a los patrones estéticos y morales de aquello que ha decidido ser. En palabras de Silvia:

“Yo te aseguro algo, muchas chicas trans no nos haríamos nada donde hubiéramos nacido como chicas cisgénero⁷, ¿pero qué viene a intervenir? Que tú como chica trans mientras más te asemejes a ese ideal de feminidad que nos vende la sociedad, tú vas a ser más aceptada, e incluso muchas veces aunque no sea así, nosotras nos lo repetimos a nosotras mismas, entonces muchas veces buscamos esa zona de confort, y de hecho toda mujer la busca, aunque sabemos que es una lucha perdida, pero toda mujer por más que lo niegue, tenemos un sentido de vanidad, o de confort con nuestro propio ser, y lo perseguimos de cierta manera, independiente de que sabemos que nunca lo vamos a alcanzar, entonces, es eso [...] Si para ti la feminidad es ser una chica voluptuosa, bien, si para mí la feminidad es ser langaruta y ser loca, pues bueno estoy bien. Y para mí eso es la feminidad, como nos construimos cada una.” ... Silvia.

Esta coacción a la cual se ven sometidas las personas transgénero provoca que en ocasiones se vean obligadas a modificar su cuerpo, su apariencia, o su lenguaje para adecuarse al sistema normativo, aunque simultánea o alternativamente generan prácticas que rompen con la lógica de las identidades esenciales y fijas, y socavan en carne propia la idea de que no hay forma de vivir al margen de esa pretendida naturaleza. De lo anterior deriva un forcejeo constante que permite, por un lado, circular por los espacios públicos normalizados por la concepción dominante del sexo/género y, por el otro, generar líneas de fuga que inauguran y visibilizan espacios habitables fuera de la lógica binaria (Martínez & Montenegro, 2010).

⁷ Persona que construye su identidad de género en correspondencia con lo que la sociedad espera en razón de su sexo.

Para Silvia el tema del periodo menstrual también es importante, para ella la existencia de diferentes tipos de mujeres y la validez de los mismos está fuertemente naturalizada y constituye la base tanto de su discurso acerca de la construcción de sí misma y la feminidad, como de la seguridad que despliega en sus interacciones cotidianas. De este modo, cuando afirma que *“la feminidad arranca en el periodo menstrual”*, o que *“es –la menstruación- la forma más pura de la feminidad”*, en ningún momento representa una contradicción con el hecho de definirse a sí misma como mujer, simplemente confirma el hecho de que existen “tipos” de mujeres con procesos diferentes, tanto biológicos como sociales. Para Silvia, el periodo menstrual es un tema de gran relevancia en la medida en que, aun cuando es inherente a muchas mujeres, se asume con tabú y con desagrado, generando una contradicción con el valor de lo “bello” a partir del cual se mide a las mujeres: *“dicen que la mujer es el ser más hermoso del mundo, pero si hasta tú misma te sientes preocupada por mancharte; yo te quiero pero “ush no vaya y límpiase cochina”, entonces es muy mojigato”*... Silvia.

Como lo explica la antropóloga Lina Lozano, poner en evidencia la menstruación manchándose es muy común teniendo en cuenta que las mujeres tenemos nuestro periodo durante entre tres y cinco días al mes, por 35 años aproximadamente. A pesar de ser un evento común, la mancha es la máxima expresión del sentimiento de vergüenza que produce la menstruación, el cual está asociado con el carácter contaminante y peligroso que se le atribuye a la sangre menstrual. El cuerpo manchado se vuelve un cuerpo degradado y socialmente rechazado. La mancha de la sangre menstrual no degrada cualquier cuerpo, sino sólo aquellos marcados como mujeres (Lozano, 2010). La incomodidad de la mancha al ser notada por un hombre resulta en que éste para reafirmar su posición privilegiada de poder marca a las mujeres como Otras; la mancha confirma este papel subordinado de las mujeres, producto de la falta de control sobre sus cuerpos. Del mismo modo, la necesidad de diferentes tipos de herramientas menstruales –toallas higiénicas, tampones, píldoras- hace que se legitime la idea de que los cuerpos marcados como mujeres necesitan ser cuidados, pero sobre todo vigilados y regulados (Lozano, 2010).

Aun cuando en los cuerpos de mujeres cisgénero la mancha se relaciona con la vergüenza, falta de higiene, etc. en el caso de algunas chicas trans la menstruación puede representar una marca de

identidad. Algunas mujeres trans desearían que sus cuerpos estuviesen atravesados por esta marca puesto que a partir de ahí sería posible legitimar su feminidad bajo el argumento de “lo natural”. Expresiones como “*tengo cólicos*” o “*me manché*”, aparecen esporádicamente en las redes sociales de algunas mujeres transgénero. Lejos de provocar vergüenza, estas afirmaciones hechas en público buscan reafirmar la construcción cotidiana de sus cuerpos a partir de lo femenino.

Para Silvia los significados sociales de la menstruación antes descritos, funcionan como un dispositivo más a partir del cual se presiona a las mujeres para cumplir con un modelo determinado de feminidad que constriñe su libertad y condiciona sus cuerpos.

En cuanto a Salvador la identidad sexual y de género de cada quien no tiene nada que ver con el órgano sexual, para él masculinidad y feminidad son conceptos que responden a construcciones sociales coercitivas cuya función es generar relaciones de poder en donde se privilegia lo masculino sobre lo femenino. Así pues, para Salvador, existen géneros e identidades infinitas cuya conceptualización no necesariamente está ligada a aspectos sexuales, sino a las necesidades y perspectivas particulares de cada individuo al momento de definirse a sí mismo. Dado lo anterior, al igual que Silvia, Salvador considera que todas las formas de asumir tanto la feminidad como la masculinidad son perfectamente válidas, por lo tanto ser un hombre con vagina es tan legítimo como ser un hombre con pene; según esto, para Salvador una cirugía de reasignación sexual es innecesaria y poco práctica: “*en mi caso personal es una decisión que todavía no he tomado, me parece muy compleja porque es muy dolorosa la cirugía primero, y creo que eso es una mamera, o sea tener que pasar por más dolor, por procesos más dolorosos de los que ya vivimos es cansón*”... Salvador.

Respecto a esto existe otra circunstancia importante en el tránsito de Salvador: a diferencia de Juan Felipe y Gabriel, para él no existe la pretensión de, eventualmente, ser reconocido como un hombre omitiendo su proceso como transgénero, razón por la cual para Salvador tanto las otras cirugías como la terapia de reemplazo hormonal no conllevan la premura de “evitar ser descubierto”. Así lo expresó durante la entrevista:

-M: *“No puedo negar mi existencia como mujer, no la puedo negar, porque pues, fui una mujer, en todos los sentidos. No puedo negar mi existencia como mujer, y que fui víctima de esas instituciones, fui víctima del machismo de mi hermano [...]”*

-N: Al conocer a alguien que tal vez te gusta ¿No temes tener hablarle sobre tu tránsito?

-M: *No lo temo porque es lo primero que hago, si lo veo necesario”.*

Como mencioné anteriormente, uno de los principales móviles del proceso de tránsito en Salvador es el activismo relativo a la deconstrucción de las relaciones de poder entre los diferentes géneros, utilizando su tránsito como una forma de demostrar las diferentes posibilidades de *ser* que existen y la necesidad de aceptar que todas estas pueden cohabitar pacíficamente. A partir de esto, dentro de la construcción identitaria de Salvador lucir de determinada manera no constituye la prioridad más urgente, en oposición a los otros relatos la ansiedad no es un factor que defina su tránsito, pues resulta mucho más importante para él fortalecer sus argumentos, su discurso y los mecanismos de defensa frente a posibles circunstancias de discriminación o cuestionamiento hacia él: *“vamos poco a poco, estamos en tránsito, ahí, (sonríe) hay tiempo, no hay afán, la verdad no tengo afán, creo que es importante construirse muy bien y poco a poco, yo creo que el hecho de que las cosas se vayan dando te hace sentir a ti más seguro, como que van reforzando eso que eres, entonces es más bacano porque te solidificas más, te haces más fuerte, no tienes afanes de ni mierda [...] el género en el sentido de los roles de género, que no importe tanto que el hombre sea el cazador y que la mujer sea la que tenga que estar dentro de la casa cuidando de las crías, todo ese tipo de cosas va ahí, en el género, entonces modificando ese tipo de relaciones de poder, modificamos todo y hacemos la paz, porque se tumba el más fuerte con el más fuerte peleando ¿sí? Se va. Digamos que esa es mi solución para el mundo, esa es como mi ambición más grande, más allá de transformarme, de lucir físicamente como me imagino, de todo esto, es realmente cambiar esta mierda porque estoy mamado, mamado de todo, de que las cosas están mal y tenemos que cambiarlas, y es con las acciones cotidianas, es la única manera en que se puede”... Salvador.*

Si bien no es una prioridad en el tránsito de Salvador, sí existen inconformidades físicas y un ideal acerca del mismo, cuya preocupación más evidente es el rechazo por los senos. En su relato Salvador manifiesta sentirse frustrado y contrariado cada vez que los ve debido a que le recuerdan cómo luce, imagen que, según él, contradice el imaginario que tiene de sí mismo.

Sobre su periodo menstrual, Salvador no habla con desdén ni usa eufemismos para nombrarlo, para él es difícil generar sentimientos hacia su menstruación debido a que para él simplemente no existe; es decir, aun cuando mensualmente su cuerpo realiza este proceso (cuya duración no es mayor a uno o dos días), Salvador asume como si nada estuviera pasando, de modo tal que no lo siente, no genera reacciones ni buenas ni malas hacia él, simplemente lo omite. Salvador, hablando en términos estrictamente psicológicos, asocia dicha situación como una consecuencia natural de su construcción masculina.⁸

Del relato de Salvador es necesario resaltar la particularidad que su activismo le brinda frente a otros tránsitos, el estudio constante de teorías feministas y teorías de género le brindan una perspectiva no binaria que intenta constantemente transgredir valores tradicionales y reivindicar la diferencia, la posibilidad de *ser* sin que por ello se entre en conflicto con otros sujetos. Salvador, en muchos espacios que hacen parte de su esfera pública, sino en todos, se define como un hombre *trans*, lo cual lo ubica en una categoría identitaria diferente a la de Juan Felipe y Gabriel, quienes se identifican como hombres. En un ejercicio comparativo de estas dos formas diferentes de asumir el tránsito, la construcción identitaria de Salvador, además de ser transgresora, podría representar una identidad mucho más marginal que la construcción normativa de Juan Felipe y Gabriel, pues, en el momento en que enuncia su transformación, se ve expuesto a perder las ventajas y privilegios que una lectura de su cuerpo como un cuerpo de hombre cisgénero y heteronormado podría brindarle. No obstante, podríamos afirmar que allí mismo, en esa posición “marginal”, radica el sentido que para Salvador tiene su tránsito de género: en la posibilidad de transgredir y demostrar que no existe una sola forma de masculinidad, y que resulta necesario replantear la forma hegemónica de “ser hombre”. Este modelo de tránsito y de masculinidad, puede ser interpretado como una forma de resistencia. En la *“Historia de la Sexualidad”*, Michael Foucault analiza la producción estratégica de sexualidades y de identidades sexuales, y propone un modelo de “discurso inverso” para explicar la red de relaciones que existe entre poder, discurso, sexualidad y resistencia. Afirma que la resistencia ya está afectada por el poder “como su opuesto irreductible”,

⁸ Es importante resaltar que para el momento en que se realizó esta entrevista, Salvador no se había realizado ninguna intervención quirúrgica u hormonal. Su primera inyección de testosterona se realizó una semana después de la entrevista.

y que, por tanto, no puede venir de un espacio exterior; la multiplicidad de poder significa que no hay ninguna oposición, ninguna resistencia en la que el poder no haya estado ya. Foucault sugiere que existe un “discurso inverso”, en el que uno le da poder a una categoría que ha podido ser utilizada para oprimirle, es decir, transformamos una posición inferior en una presencia desafiante. Cuando un discurso inverso emerge alrededor de las definiciones de transexual y transgénero, es muy importante reconocer lo queer de estas categorías, su inestabilidad y su interpetrabilidad. (Halberstam, 2008)

Al interpretar el tránsito de Salvador como una forma de resistencia, es necesario aclarar que no estamos haciendo referencia a su construcción identitaria como una zona de movilidad y libertad entre los géneros, Salvador aunque se identifica como hombre trans, representa una forma de corporeidad esencialmente no normativa. (Halberstam, 2008)

En cuanto a Derly, la perspectiva bajo la cual se construye a sí misma, comparte algunos rasgos con la forma en que lo hacen Salvador y Silvia. Si bien ella tiene una idea un poco más conservadora de la feminidad y masculinidad, comparte la opinión que ellos tienen acerca de la cirugía de reasignación sexual. Para Derly la feminidad es un concepto muy relacionado con la vanidad y el cuidado de sí misma. Sus senos producto de las hormonas el uso de maquillaje, faldas, estar pendiente de su piel, de depilarse y de estar siempre bien peinada son rutinas que hacen parte de su cotidianidad y su construcción de feminidad. Asimismo, el cuidado por las personas que ama, la complicidad con las mujeres que la rodean (esposa, amigas, hija), ayudar a su esposa con los quehaceres de la casa y la delicadeza, son aspectos que para ella constituyen una personalidad femenina. Derly tiene muy claro dónde está su feminidad, en qué prácticas y en que partes de su cuerpo habita lo que la define como mujer. Este conjunto de prácticas han hecho que, además de asumirse como mujer, Derly sea asumida y vista como tal en sus interacciones cotidianas. Esta lectura de feminidad es muy importante para ella, a tal punto que evita hablar en espacios públicos debido a que, según ella, su tono de voz pone en evidencia su tránsito sexual. Para ella la conformidad con su feminidad se deposita en estas experiencias, a partir de allí se construye como mujer, por lo tanto, su órgano sexual no define cómo se siente consigo misma ni interfiere con su feminidad.

Mira, he sabido que la reasignación sexual no es muy buena, pues porque se pierde mucha sensibilidad, en cuanto al cambio, pues en la vaginoplastia y la cosa, entonces la gran mayoría, o al menos las personas que yo conozco, no han optado por ese cambio precisamente por eso, tiene más polémica la M en la cédula que la operación de la reasignación, porque no a muchas les interesa, y sé y tengo muy claro que es porque se pierde sensibilidad, entonces las chicas prefieren tener su miembro masculino y sentir su misma capacidad... orgásmica pues, prefieren tener una relación placentera a tener una vagina y no sentir nada, para estas personas no es tan importante eso como lo que te digo, personalmente yo opino lo mismo, o sea si el operarte te quita placer, no lo hagas, simple y sencillo... Derly.

Además de no tener relevancia en el concepto de feminidad de Derly, dicho cambio no tiene cabida en la medida en que la situación íntima con su esposa se desarrolla de la manera más satisfactoria para ambas del modo en que sus cuerpos se configuran actualmente.

2.4. Los cuerpos *trans*: una discusión desde la práctica y la academia

Dentro de la academia existen diferentes discusiones relativas a la definición de los conceptos relacionados con los cambios de género como modelos interpretativos. Algunas de estas posturas proponen que la suma de determinadas características en el modo como un sujeto concibe su tránsito, define el marco epistemológico a partir del cual debe analizarse. En ese sentido, la discusión principal se da en torno a dos términos: transgénero y transexualidad. Como vimos en este capítulo con la definición que hace Money sobre el “transexual universal”, catalogar a una persona como transexual es un proceso que normalmente se lleva a cabo desde la Medicina. Siguiendo esta línea de pensamiento, la autora estadounidense Berenice Hausman, estudiosa de la incidencia de la medicina en problemas sociales, afirma que hay una dependencia mutua del transexual y el doctor que produce definiciones de lo transexual y que por tanto la agencia del transexual sólo puede ser interpretada mediante los discursos de sus médicos. Para la autora, esta afirmación está completamente relacionada con la cirugía de reasignación sexual del paciente en proceso de tránsito, puesto que depende de las tecnologías médicas para lograr identificarse a sí mismo bajo el signo de transexualidad y construirse como sujeto (Hausman, 1995).

Halberstam discute la posición anterior de manera muy acertada, resaltando la ausencia de distinción por parte de Hausman entre transexuales hombres y transexuales mujeres, pues no se da ninguna importancia a los sesgos ideológicos que los médicos puedan tener y que influyen en su opinión sobre hacer vaginas *versus* hacer penes, y, dado que la retórica de cambio de sexo se ha utilizado más en relación con los cuerpos que transitan de hombre a mujer, quienes transitan de mujer a hombre y su relación con el muy incierto proceso de cambio de sexo es algo que no aparece en absoluto (Halberstam, 2008). A partir de esta argumentación surgen algunos interrogantes: si se toma como verdad, a partir de autoras tan importantes en los estudios de género como como Anne Fausto Sterling, Judith Butler, Beatriz Preciado, (entre tantas otras), que tanto sexo como género se definen en términos de construcción social, ¿por qué los límites entre sexo y género siguen siendo tan fuertes, como para tener categorías diferenciadoras para los tránsitos que implican el órgano genital y los que no? ¿No se puede considerar transexual a un sujeto que a pesar de estar en tránsito, no desea realizarse la cirugía de reasignación del órgano sexual?

La postura de Hausman inmediatamente nos da indicios de lo significa ser transgénero dentro de esta discusión. “Transgénero” se convierte en cierto tipo de “concepto paraguas” bajo el que se cobijan todas y todos aquellos quienes son una suerte de “indefinidos” que escapan a las definiciones genéricas normativas y conservadoras. Un transgénero, por definición, no debe querer una intervención de reasignación sexual (esto lo convertiría en un transexual). Para el sociólogo Henry Rubin, reconocido por su trabajo en los estudios sobre transexualidad, las personas que se asumen como transgénero representan una búsqueda poco seria de la inestabilidad del género que se produce a expensas de la búsqueda de las y los transexuales de “un lugar de pertenencia” (Rubin, 1996). La contra-argumentación que hace Halberstam al respecto propone que el discurso transgénero de ninguna manera afirma que las personas simplemente deberían coger nuevos géneros y eliminar los antiguos, o proliferar a voluntad, porque el género esté a disposición como una práctica que uno mismo decide; según la autora, en su lugar, el discurso transgénero pide solamente que reconozcamos las categorías de género “no-mujer y no-hombre” que ya están circulando y ya se hayan en construcción en la actualidad (Halberstam, 2008). No obstante, según lo que ha demostrado el trabajo de campo realizado para esta investigación, ninguna de las dos posturas es completamente acertada, puesto que personas como Salvador, Silvia y Derly, aun cuando no quieren someterse a una cirugía de reasignación sexual, no se consideran a sí mismos

sujetos carentes de una construcción genérica fija: Salvador se considera un hombre, Derly y Silvia, mujeres. Del mismo modo, Juan Felipe, quien se define como “*transgénero, de algún modo*”, mientras puede realizarse todas las cirugías que ha contemplado para su tránsito, se define a sí mismo como un hombre.

Lo que concluyo entonces, (y esto tomando las entrevistas y el trabajo de campo de esta investigación como evidencia), es que existe una nueva construcción sexo-genérica que no se centra en el órgano sexual, sino en otros marcadores identitarios físicos y de comportamiento. Esta afirmación constituye un argumento más, relativo al objetivo de esta investigación: demostrar que el género, lejos de ser un fenómeno biológico, es un fenómeno social, construido, cambiante, y en el cual interfieren diferentes coyunturas propias de la cultura en la cual se desenvuelven los sujetos. Algo similar concluye Escobar en su estudio comparativo sobre México y Colombia. Para el autor lo *trans* muestra justamente que la biología no es destino, que se puede modificar para ajustarla a la percepción subjetiva y cultural que se tenga. Pero también muestra que nuestras concepciones sobre lo biológico mismo están de plano sesgadas por los parámetros culturales que ponen el acento en unas interpretaciones binarias del cuerpo. En palabras de Anne Fausto Sterling, 2006, “...las verdades sobre la sexualidad humana creadas por los intelectuales en general y los biólogos en particular forman parte de los debates políticos, sociales y morales sobre nuestras culturas y economías” (Fausto Sterling, 2006: 20).

Acercas de la discusión de los párrafos anteriores, hay otro elemento muy relevante que tiene que ver con la injerencia de los discursos médicos en la construcción del sujeto en tránsito. Pretender que las personas trans son todas producto de los sistemas expertos que representan la Medicina o el Psicoanálisis, es un tanto quimérico, en la medida en que los discursos a partir de los cuales se construyen los sujetos, surgen en muchos y muy diversos espacios, uno de ellos puede ser el consultorio médico o la sala de cirugías, sí, pero de forma igualmente relevante, influyen los lugares de homosocialización, el dormitorio, el baño, tratados de medicina, páginas de internet con contenido relacionado, anuncios mediáticos, películas, videos, autobiografía, literatura, etc. (Halberstam, 2008).

La comunidad transgénerica, que a la fecha cuenta con amplias redes globales en internet, si bien no renuncia del todo a la idea de la modificación del cuerpo mediante tecnologías que le acerquen a su ideal subjetivo, parece desplazar el énfasis biológico en el sexo e instalar preguntas en torno al género. Además de personas que se han cambiado de genitales y de aquellas que aspiran a hacerlo, la noción de transgenerismo acoge también variedad de subjetividades que amplían la gama de cambios en el género. Podría decirse que hay algo así como dos vías para abordar lo que se entiende como un cuerpo *trans*, caminos no necesariamente excluyentes. Uno son los discursos científicos que hacen posible este cuerpo en tanto le dan nombre, y con ello un lugar en los procesos sociales y en el orden jurídico, discursos con pretensiones de verdad sobre lo *trans*. Pero también están los saberes desde los sujetos, apropiaciones de los términos y quizás reconstitución de su sentido (Escobar, 2011).

Asimismo, hay muchas historias de cuerpos que escapan y que eluden las taxonomías médicas, de cuerpos que nunca se mostraron ante la mirada del médico (Halberstam, 2008); tal es el caso de Silvia, quien se definió a sí misma como una mujer *trans* sin necesidad de pasar por un diagnóstico de disforia de género, ni discutirlo con ningún psicólogo o psicoanalista. Silvia también ha gestionado a partir de su experiencia y la de otras chicas *trans* que conoce las transformaciones físicas de su tránsito: se auto recetó las hormonas femeninas que consume para feminizar su cara y cuerpo.

2.5. Cuerpos en re-construcción

Las descripciones de la transexualidad durante los últimos cuarenta años muestran una preocupación basada en el discurso sobre “el cuerpo equivocado”, que describe el cuerpo transexual en términos de un error de la naturaleza, y donde la identidad de género y el cuerpo biológico no solamente son algo discontinuo sino algo catastrófico y extraño (Halberstam, 2008). Esta retórica asume que la solución correcta para ese “cuerpo equivocado y doloroso” es desplazarse al cuerpo correcto, donde lo correcto puede fácilmente depender de la clase socioeconómica o el color de piel, o incluso de tener un nuevo género. Podríamos preguntarnos quién puede permitirse soñar con un cuerpo correcto. ¿Quién cree que tal cuerpo existe? (Halberstam, 2008)

Clasificar a los cuerpos *trans* como “cuerpos equivocados” refuerza la patologización de los mismos, es por ello que resulta indispensable reevaluar tal concepto con el fin de crear contextos sociales y escenarios mucho más seguros, tolerantes y respetuosos para todos los sujetos disidentes de la norma genérica heterosexual y cisgénero.

Si bien las intervenciones quirúrgicas son un tema en el que no hay unanimidad entre las y los entrevistados, la terapia de reemplazo hormonal aparece como un tópico en el que todas y todos están de acuerdo por dos razones principales: son más accesibles en términos prácticos y económicos, y son menos invasivas que una cirugía. De la mano del discurso médico se argumenta cómo el efecto de las hormonas sobre los caracteres sexuales secundarios eliminará cualquier signo de ambigüedad y por lo tanto garantizará una identidad de género futura acorde con el tránsito que se realiza; siendo estas el mejor seguro de vida para una identidad sexuada “única y verdadera”. Los efectos de la química hormonal se sobrevaloran en tal medida que se considera pueden “crear” no sólo hombres y mujeres, sino además hombres y mujeres que representen ideales de belleza en nuestra sociedad. De este modo las hormonas se convierten en una fuente constante de vigilancia de la identidad sexual “verdadera” (Gregori, 2006). Lo anterior dota de sentido a la ecuación sexo-género-deseo-prácticas sexuales, pues desde la biomedicina se considera que una identidad de género saludable es aquella que se corresponde con una anatomía externa, independientemente de que haya sido conseguida mediante cirugía y hormonas; como una sexualidad heterosexual coitocéntrica que en el caso de varones implica poder penetrar y en las mujeres desear ser penetradas (Gregori, 2006).

Por otro lado, aunque la menstruación es un tema que al inicio de esta investigación no contemplaba abordar, he decidido trabajarlo en este capítulo puesto que aparece de manera recurrente en el relato de todos los y las entrevistadas. En este orden de ideas, la menstruación es asumida por ellos como un hecho que influye de forma relevante en sus tránsitos, de allí que resultara necesario estudiarlo más allá de la experiencia personal, para considerarle dentro del cuerpo político (Lozano, 2010); en este sentido, el periodo menstrual representa un proceso que sitúa a la mujer en un momento de nunca terminar y que está más allá de su control, en un estado de infantilización permanente. Mientras que los hombres, con el desarrollo, llegan al estado de

adulto (el orden, la racionalidad, el control), la presencia de la menstruación en las mujeres nunca les permite llegar a adquirir ese estatus. La menstruación es el signo de las capacidades reproductivas inmanentes que las niñas no eligen pero que muestran que, independientemente de su voluntad, se han convertido en mujeres. De la misma manera, la menarquía confirma que la niña está en capacidad de ser madre y por tanto afirma su existencia como no-hombre. La naturaleza confirma su destino, reforzando las dicotomías sexuales, así como las ideas de que el sexo es una categoría inmutable y binaria (Lozano, 2010).

Por otro lado, en este capítulo intenté abordar la discusión tanto práctica como académica que se presenta en torno a la conceptualización “correcta” para nombrar y entender a los cuerpos *trans*. Sobre este tema sugiero que los términos que hacen parte de este debate se encuentran constantemente en construcción y es difícil asumirlos como performances acabadas, finitas, carentes de matices. Asimismo, en este capítulo insto a los lectores a replantear el discurso más ampliamente difundido sobre la transexualidad, aquel donde se intenta entender el tránsito entre los géneros como una búsqueda que parte de un “cuerpo equivocado” y se orienta a alcanzar un “cuerpo correcto”, idea que, además de patologizar lo *trans*, crea la falsa noción de que existe un “cuerpo correcto”, es entonces pertinente preguntarnos: ¿qué es un cuerpo correcto? ¿Son todos los cuerpos cisgénero y heteronormados, correctos?

Capítulo III

Feminidad y masculinidad: definiciones, experiencias y prácticas

“Ese "ellos" impone y establece una distancia insalvable. "Nosotros," el interior, "ellos", los de afuera, los que nadie sabe cómo viven, nada acerca de su sexualidad, sus sueños y deseos. Es muy fácil exotizar un nuevo campo de estudio, proceso a menudo disfrazado de "extrañamiento"” (Bento, 2004).

“No hay un proceso específico para la constitución de la identidad de género de las y los trans. El género existe sólo en la práctica, la experiencia, y su realización está dada por reiteraciones cuyos contenidos son interpretaciones de lo masculino y lo femenino, en un juego, a menudo contradictorio y resbaladizo con las normas establecidas de género” (Bento, 2004).

En este capítulo reconstruyo los significados personales de feminidad elaborados por cada sujeto a partir de su relato de vida, incluyendo sus definiciones y prácticas. Durante las entrevistas sucedió que al momento de definir la feminidad necesariamente iba apareciendo la masculinidad, en algunos de los casos para reforzar su concepto mediante un opuesto cargado de juicios de valor.

3.1. El género: entre lo natural y lo construido. Conclusiones individuales a partir de la práctica

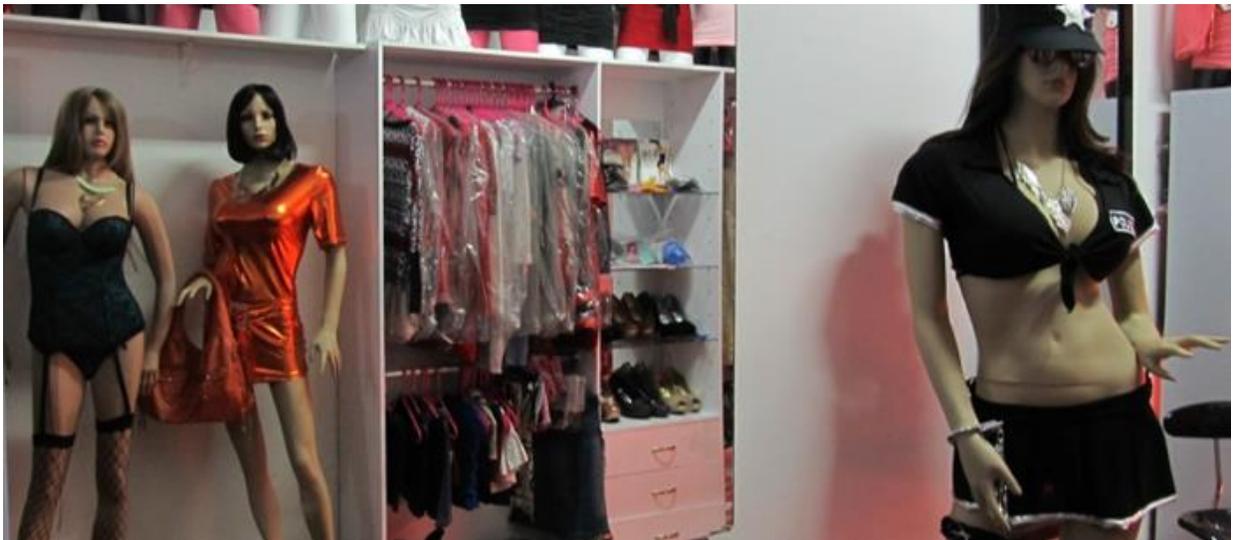
En 1972, los sexólogos John Money y Anke Ehrhardt popularizaron la idea de que sexo y género son categorías separadas. El *sexo*, argumentaron, se refiere a los atributos físicos, y viene determinado por la anatomía y la fisiología, mientras que el *género* es una transformación psicológica del yo, la convicción interna de que uno es macho o hembra (identidad de género) y las expresiones conductuales de dicha convicción (Sterling, 2006). La noción de “género”, se inventa en los años 40 por Money, para gestionar ciertos problemas de intersexualidad. Es una noción de control. Eso evidencia que durante aquella época hubo una reflexividad. Las Instituciones médicas son conscientes de que hay una multiplicidad irreductible de cuerpos y de morfologías sexuales (Preciado, 2009). Este esquema conceptual que divide sexo y género a partir

de características biológicas y de comportamiento, se usó durante un amplio periodo de tiempo entre los diferentes estudios y teorías feministas; no obstante, autoras como Kosofsky Sedgwick, Judith Butler, Anne Fausto Sterling, Beatriz Preciado, entre otras, abordaron la discusión de los estudios de género a partir de un modelo interpretativo diferente, donde sexo y género son categorías que se elaboran a partir de prácticas sociales, coyunturas históricas, normas culturales, sistemas de creencias, etc. Esta forma de abordar el tema es la más popular entre buena parte de los estudios de género recientes, sin embargo en otras esferas cotidianas que no tienen acercamiento alguno con las teorías feministas, está muy presente el esquema sexo/género como división entre lo biológico y lo construido, como forma de entender y asumir las identidades de género.

A pesar de las definiciones de Money y Ehrhardt, concisas respecto a la biología del sexo y la condición social del género, la bióloga feminista Anne Fausto Sterling, argumenta que nuestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas definidas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que “sexo”, no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones de género (Sterling, 2006). Es decir, aquello que consideramos como dado por la biología, y por consiguiente inamovible, es una categoría que cambia según cambie nuestro concepto de género, el cual, por definición, aceptamos que es construido socialmente.

Para profundizar sobre esta teoría a partir de la experiencia, mencionaremos primero el caso de Derly, una de las entrevistadas, mujer empresaria de 40 años. Para hablar de ella hay que empezar por nombrar un lugar en Bogotá donde las nociones de lo masculino y lo femenino constantemente se invierten, se transforman y se reconstruyen: Tranxtienda. Este establecimiento está ubicado en el Centro de la ciudad, ofrece productos y servicios especializados para mujeres “travestis de closet” (categoría que explicaré más adelante), allí encuentran faldas, vestidos, tacones, pelucas, maquillaje, etc. Derly, dueña del lugar, se encarga de atender personalmente a sus clientas. Sobre Tranxtienda, Derly cuenta lo siguiente:

“los vecinos se quejan que aquí suben hombres y bajan mujeres” [...] Si tú lo has visto yo les tengo acá un vestuario muy femenino, un maquillaje muy femenino, o sea no va muy payaseada, porque yo busco eso que se vean muy femeninas, porque ellas nunca lo pudieron hacer en su casa, lo que te digo, ellas se pusieron ropa interior femenina, de pronto cuadrar una blusita y una faldita como haya sido, pero nunca se han visto con todo el atuendo. Mi costumbre es maquillarlas de espaldas al espejo, buscamos la ropa, y ya las tengo arregladitas, peinaditas, las volteo y cuando ellas se ven, la sorpresa es tremenda, ¿no? Entonces es algo muy gratificante la sonrisa de una persona... Derly.



Sarmiento, J. (2015). “Del Clóset a la Boutique”. Recuperado de <http://www.usergioarboleda.edu.co/altus/vida-y-sociedad/del-closet-a-la-boutique/>

La función más importante de Tranxtienda es brindar a sus clientas un entorno donde el ejercicio de su feminidad sea más libre y seguro que en cualquier otro de sus entornos cotidianos, donde constantemente se corre el riesgo de “ser descubiertos”. Así pues, además de transformarse físicamente, el ritual de compartir una tarde entre mujeres con experiencias similares, hablando de temas que difícilmente pueden tocar por fuera de este grupo y bajo el nombre de mujer que ellas mismas han escogido, se convierte en el verdadero objetivo al asistir a Tranxtienda: *“Tranxtienda no es un negocio rentable, jamás lo he visto como un negocio, lo he visto como una labor social, porque esto no ha sido rentable nunca, aun en este momento no es rentable”... Derly.*



Arias, J. (2016). Tranxtienda: con licencia para salir del clóset. Recuperado de <http://cartelurbano.com/historias/tranxtienda-con-licencia-para-salir-del-closet>

La construcción identitaria de Derly tiene muchos matices, ella misma ha elaborado un discurso complejo que comprende su identidad de género, orientación e identidad sexual. Buena parte de su relato reposa en una relación estrecha con el proyecto de Tranxtienda, en sus palabras se describe del siguiente modo: *“Bueno, yo soy una persona travesti, se denomina travesti a la persona que usa vestuario del género contrario, travesti se denomina a la mujer que usa vestuario de hombre y al hombre que usa vestuario de mujer, y en este punto estoy yo, hay que aclarar que una cosa es el travestismo y otra cosa es la condición sexual, entre nosotras por lo general hay tres condiciones sexuales, la primera feminófila, feminófilo o feminofilia que es a la cual pertenezco, a pesar de que soy una persona travesti que viste al 100% de mujer, yo soy una persona heterosexual, sólo me gustan las mujeres biológicas, la otra condición es el bisexualismo, y la otra es el transgenerismo, que son las chicas que nacieron en el cuerpo equivocado y siempre se han definido como una mujer en un cuerpo de hombre, esas son las tres condiciones sexuales”* ... Derly.

El fragmento anterior está directamente relacionado con el uso del término “travestis de closet” empleado antes por Derly para señalar el target de su tienda. Derly define a las personas travestis de closet como hombres “feminófilos” con una vida pública asumida con identidad de género masculina que, en su intimidad y bajo estricto secreto, utilizan prendas de vestir femeninas, se maquillan y adoptan comportamientos socialmente relacionados con la feminidad. Para Derly esta situación responde a un “deseo irrefrenable” que se experimenta desde la infancia. Si se analiza cuidadosamente, cuando Derly habla de su tránsito construye un discurso en clave con su trabajo en Tranxtienda y las personas a quienes dirige su servicio, intentando construir una suerte de correspondencia entre quien es ella, lo que hace, y de quienes se rodea. Un hecho que hace bastante evidente la anterior afirmación, es la forma en que Derly clasifica su orientación sexual, durante la entrevista contradice los enunciados relativos a su orientación sexual, pues si bien ella en otros escenarios públicos prefiere denominarse como mujer lesbiana, al hablar de su trabajo con Tranxtienda prefiere identificarse del modo en que sus clientas los hacen: como personas cuya identidad femenina no interfiere en su orientación sexual, es decir, la atracción por mujeres.

“A pesar de que soy una persona travesti que viste al 100% de mujer, yo soy una persona heterosexual, sólo me gustan las mujeres biológicas”... Derly

“Yo me siento una persona lesbiana, de hecho en la calle nos han gritado “lesbianas, areperas”... Derly.

Los momentos en los que Derly hace referencia a estos fragmentos están seguidos de una explicación acerca de por qué ella es travesti y no transexual, en ambos hay afán por marcar una distancia entre estas dos identidades. En ese sentido y bajo su lógica, su atracción por las mujeres es lo que marca esa diferencia, puesto que para ella la característica principal de la transexualidad es el “cambio psicológico”, cuestión que ella entiende como orientación sexual con gusto por los hombres. Durante todo su relato, Derly se define a partir de dos categorías: mujer travesti y feminófila. Cuando habla de sí misma desde la identidad de mujer travesti se asume como lesbiana y cuando se identifica como feminófila (misma categoría con que define a sus clientas) se identifica como una persona heterosexual, apuntando siempre a la atracción por las mujeres. Los fragmentos que siguen a las dos citas anteriores son los siguientes:

Entre nosotras por lo general hay tres condiciones sexuales, la primera feminófila, feminófilo o feminofilia que es a la cual pertenezco, a pesar de que soy una persona travesti que viste al 100% de mujer, yo soy una persona heterosexual, sólo me gustan las mujeres biológicas, la otra condición es el bisexualismo, y la otra es el transgenerismo, que son las chicas que nacieron en el cuerpo equivocado y siempre se han definido como una mujer en un cuerpo de hombre, esas son las tres condiciones sexuales... Derly

Yo me siento una persona lesbiana, de hecho en la calle nos has gritado “lesbianas, areperas”, bueno, de todo; pero yo pienso que el tránsito sexual no, porque yo nunca me he interesado por los chicos, jamás por mi mente han pasado los chicos, entonces pienso que no vengo a ser una persona transexual porque no he completado el tránsito, ¿ves? Entonces me sigo identificando como una persona travesti... Derly.

Sobre su identidad sexual y de género, Derly se define como mujer travesti, explicando que su travestismo y el travestismo en general, es algo así como un tránsito inacabado cuyo modelo terminado se materializa en la transexualidad, así lo explica en el siguiente fragmento:

“Bueno, la palabra transexual... tiene su... bueno su connotación, es cuando haces un tránsito ¿cierto?... entonces el tránsito, bueno no está tan definido, bueno para mí es la persona que ya ha hecho su cambio tanto femenino físico como femenino psicológico, y, eh... psicológico sexual, todos los cambios al tiempo... yo hice mi cambio físico porque, vuelvo y te digo, yo tengo pechos, tengo una figura femenina, hice mi tránsito, bueno, pues, mental, porque yo soy una niña, una niña con esposa, una niña [...] pero yo pienso que el tránsito sexual no, porque yo nunca me he interesado por los chicos, jamás por mi mente han pasado los chicos, entonces pienso que no vengo a ser una persona transexual porque no he completado el tránsito, ¿ves? Entonces me sigo identificando como una persona travesti... Derly.

Para ella la transexualidad se diferencia del travestismo por la orientación sexual de la persona, en este sentido, la mujer transexual es aquella que hace su transformación para convertirse en una mujer heterosexual, lo cual es denominado por Derly como “cambio psicológico”. Sin saberlo, en

esta descripción de las identidades travesti y transexual, Derly coincide con una teoría médica acerca de las identidades de género divergentes propuesta por el endocrinólogo Harry Benjamin en 1966, y es una muestra de cómo han influenciado estos saberes expertos a los sentidos comunes que tenemos sobre la transexualidad. Con el propósito de elaborar un diagnóstico para identificar al “verdadero transexual” entre todos los candidatos a cirugía de reasignación sexual, Benjamin formula las siguientes descripciones:

“Algunos investigadores creen que las dos situaciones, travestismo y transexualidad, deben separarse claramente, principalmente con base a su “sentimiento sexual” y a sus parejas sexuales elegidas (objetos de elección). El travesti –dicen- es un hombre, se siente a sí mismo como un hombre, es heterosexual, y simplemente quiere vestirse como una mujer. El transexual se siente a sí mismo como una mujer (“atrapada en el cuerpo de un hombre”) y se siente atraído por los hombres. Esto le hace un homosexual si su sexo se diagnostica a sí mismo según su sexo psicológico femenino por lo que considera su atracción sexual por un hombre como heterosexual, es decir normal” (Benjamin, 2001, pág. 30).

Dentro de la terminología empleada por Derly en su narración, la orientación sexual es también denominada como “condición sexual”, dándole cierta connotación biológica y sustentando así lo que ella considera las causas “biológicas” de los tránsitos. Esta idea acerca de la naturaleza de los tránsitos es explicada por ella a partir del periodo de gestación de la madre:

Esto se genera precisamente de nuestras mismas mamás, cuando se fecunda un óvulo y la cosa, en cierto modo ya está determinado el sexo, entonces cuando te empiezas a madurar en el útero, eres un CD en blanco, ¿cierto? Cuando la mamá queda en embarazo, por lo general tiene ciertas ideas y preferencias sobre lo que va a venir: por ejemplo, si creó un bebé niño, y ella en su cabecita como no sabe qué es, entonces ella está pensando en una niña, entonces piensa “voy a tener una niña, le voy a poner vestidos...etc.” entonces, pienso yo, que de ahí es de donde se originan esos sentimientos femeninos, porque es lo que ellas nos están transmitiendo voz a voz, esos pensamientos femeninos, pienso yo que en algunas personas puede ser tan intenso, que es donde viene... la condición de transexualidad, de, bueno sí, que es tan intenso que ya no te sientes hombre sino que te sientes mujer, y pienso que las que somos de closet es porque sí hubo esos pensamientos

esas cosas, pero no maduró tanto, la mamá como que “bueno, esperar lo que llegue, pero ojalá sea una niña...” Derly.

Sobre esta discusión, entre lo biológico y lo cultural, la autora Judith Butler argumenta que de una parte el sexo se encarna, literalmente se hace cuerpo en tanto funciona como norma. Su “... fuerza reguladora tiene el poder de producir los cuerpos que controla... en otras palabras, el “sexo” es una construcción ideal que se materializa obligatoriamente a través del tiempo. No es una realidad simple o una condición estática del cuerpo...” (Butler, 2002, pág. 18). Así para esta autora el sexo es también efecto del poder –no evidencia biológica de la naturaleza-, y se instaura mediante reiteración forzada de las normas y preceptos sobre el cuerpo. En consecuencia lo que denominamos como género no es tanto un efecto cultural independiente del sexo, como si el sexo fuese un dato puramente biológico. Su noción de *performatividad*, alude al género como una consecuencia de la “práctica reiterativa y referencial mediante la cual un discurso produce los efectos que nombra”, con lo que el sexo materializa la diferencia sexual, la produce en tanto efecto de lo que denomina (Escobar, 2011).

La propuesta argumentativa de Derly es compleja, puesto que si bien admite que el bebé *nace* con una identidad definida, para ella esta identidad se *construye* a partir de la relación con el contexto, en este caso en la comunicación que hay entre la madre y el feto durante el periodo de gestación. La metáfora que usa Derly, según la cual, en un inicio somos un CD en blanco, propone que la información a partir de la cual definimos nuestra identidad está dada por el contexto, se recoge a través de las vivencias e interacciones en relación con el Otro. Asimismo, es interesante la distinción que surge de su teoría, donde ella asume como “maleable” el sexo psicológico del bebé, puesto que es el que se afecta a partir de los deseos de la madre. No sucede lo mismo con el órgano sexual que “ya está ahí”, en sus palabras: “*cuando se fecunda un óvulo, en cierto modo ya está determinado el sexo*”. Según esta explicación, Derly apela al esquema conceptual más generalizado sobre la forma en que se constituyen las identidades de género y las identidades sexuales, aquel que explica al sexo como biológico y al género como construido. Si analizamos esta postura en los términos que propone Butler, la premisa del sexo como un dato biológico iría en contravía con lo que la autora propone, dado que tanto el sexo como el género son producto de una “práctica reiterativa”.

A diferencia de Butler, la filósofa feminista Elizabeth Grosz concede a algunos procesos biológicos un estatuto preexistente a su significado. Grosz piensa que los instintos o pulsiones biológicas proporcionan una suerte de materia prima para el desarrollo de la sexualidad. Pero las materias primas nunca bastan. Deben venir con un conjunto de significados, “una red de deseos” que organice los significados y la conciencia de las funciones corporales del niño (Sterling, 2006). Bajo esta perspectiva, más allá de intentar asignar o no validez al relato de Derly sobre el origen de su identidad de género, es posible evaluar otra perspectiva respecto a la discusión del carácter construccionista o esencialista del género. Otra herramienta teórica desde la que podemos abordar este debate es el psicoanálisis. Según Robert Stoller, doctor especializado en temas de identidad sexual, la madre del transexual es una mujer que, debido a la envidia que tiene de los hombres y de su deseo inconsciente de ser hombre, es tan feliz con el nacimiento de su hijo que transfiere su deseo a él. Esto implica un vínculo extremo entre hijo y madre que impide resolver el complejo de Edipo debido a la inexistencia de una figura paterna como rival. La entrada en el conflicto de Edipo y su resolución, según el autor, son momentos decisivos para la constitución de género del niño y de su identidad sexual. La verdad sobre la mujer transexual estaría en su infancia, y más específicamente, en la relación con su madre. (Bento, 2004).

Por otro lado, para ayudar a zanjar el debate de lo natural/cultural, la bióloga feminista Anne Fausto Sterling, en su libro “Cuerpos Sexuados”, propone la ontogénesis como método de estudio. Esto consiste en un análisis que comprende al organismo desde la fecundación del cigoto, contemplando cada paso en su desarrollo hasta la edad adulta. Esta propuesta de la biología del desarrollo considera tanto el influjo del medio ambiente al que se ve expuesto el sujeto de estudio como su dinámica interna.

“La componente institucional de género incide en la componente individual, y los individuos interpretan la fisiología sexual en el contexto del género institucional e individual. El yo sexual subjetivo siempre emerge en este sistema genérico complejo [...] Nuestro yo subjetivo no tiene que ver “sólo” con la psicología y la fisiología humanas, sino que los individuos sexuados están inmersos en instituciones sociales profundamente marcadas por una variedad de desigualdades de poder (Sterling, 2006, pág. 298)”.

Este debate, más allá de ser una discusión por la conceptualización académica del tema, es una realidad con consecuencias prácticas en la vida de los sujetos, particularmente cuando atraviesan una situación de de-construcción y re-construcción de sí mismos, como el tránsito sexual y de género, donde se hace evidente el carácter “manipulable”, de lo que muchas veces consideramos como un dato que se inscribe de manera biológica e inmodificable en nuestros cuerpos.

Ahora bien, estas discusiones teóricas suelen tomar matices particulares en la práctica, para abordar este debate en términos empíricos, revisaremos el caso de Gabriel, un hombre *trans* de 26 años, diseñador industrial. En las experiencias narradas por Gabriel, la masculinidad aparece constantemente en su relato bajo la premisa de ser algo completamente natural en él. Asocia rasgos de su personalidad como ser deportista (jugó fútbol en el colegio, posteriormente practicó rugby durante cuatro años, es ciclista), “*bueno con los tragos*”, tener múltiples parejas (“*perro*”, según su relato), en las fiestas aquel que siempre cuida a sus amigas y está pendiente de ellas, entre otros, como síntomas que legitiman la naturaleza de su masculinidad, planteando por oposición y en consecuencia con dicha “naturaleza”, su fastidio y desdén por lo femenino.

Para Gabriel la mejor definición de masculinidad es libertad. Para él la masculinidad representa la posibilidad de *poder ser* y hacer lo que quiera sin que nadie lo juzgue por ello. Sin embargo, esta definición responde a un modelo bastante idealizado por él mismo y en términos prácticos, inexistente, debido a que el hecho de identificarse como un hombre masculino-heterosexual, trae consigo una serie de restricciones que constriñen la cantidad y el tipo de actos que éste puede llevar a cabo, al menos en la esfera pública.

Los hombres han sido esclavos del propio sistema patriarcal debido a que por su condición de género han tenido siempre que demostrar su valentía aunque no la tuviesen, su violencia aunque la odiasen, su dureza pese a sus múltiples inseguridades.

También porque, quisiesen o no, han participado y muerto en las miles de guerras que se han librado a lo largo de la historia humana, simplemente por ser hombres. Han tenido que batirse en duelo con hombres que hayan puesto en duda su honor, incluso si les ha dado igual perderlo o incluso si no es un hombre violento.

Además, los hombres se han sometido entre ellos, en una escala jerárquica, y por ejemplo, los varones pobres, los enfermos, los varones de poblaciones colonizadas, los varones gays, los varones transexuales o afeminados, todos han tenido que soportar humillaciones, marginación, torturas y explotación por parte del hombre blanco, adulto, heterosexual y dueño de los medios de producción (Herrera, 2011).

Según esto, el concepto que Gabriel ha elaborado sobre masculinidad, pasa por un proceso de idealización, que no coincide completamente con las condiciones reales que restringen a los hombres en su vida pública. Este carácter de idealización tiene una doble dimensión, por un lado hace explícita la pretensión de libertad (poder hacer lo que quiera) que le es limitada por la clasificación en la que, en términos genéricos, fue educado; por otro lado, esta idealización es una suerte de “resultado” anhelado sobre una serie de esfuerzos que le permiten ser reconocido como hombre y en ese sentido recibir los privilegios que socialmente corresponden a esta identidad de género. De un lado, la forma en que Gabriel entiende y asume la masculinidad puede considerarse conservadora y tradicionalista, puesto que reproduce la desigualdad jerárquica entre los roles de género, sin embargo, es preciso rescatar la búsqueda de libertad y expansión subjetiva que hay tras esta definición. En el siguiente fragmento de la entrevista, Gabriel hace alusión a algunas de esas premisas bajo las cuales define su forma de ser hombre:

N.- “¿Pero tú no sientes que también hay un deber ser de un hombre, que también probablemente te “encierran”?”

J.- (silencio)... ¿cómo qué?

N.- Como que no puedes llorar en público, tienes que ser siempre fuerte, no importa si estás muy mal, porque eres un hombre y te tienes que tragar todo, debes guiar a la gente, no te puedes cansar... también hay un “deber ser” restrictivo para los hombres. Tienes que cuidar todo el tiempo, no tienes derecho a quererte sentir cuidado... como ese papel de mando.

J.- A mí eso me gusta, eso lo siento más natural. O sea siempre que salgo con mis amigas soy el mejor con los tragos, o sea yo me tomo unos tragos y cuando siento que me estoy prendiendo, salgo y como, mejor dicho, yo manejo súper bien las borracheras, me he emborrachado muy pocas veces, de un bar nunca me han tenido que sacar, yo me paso cuando estoy en una casa, pero

siempre que salgo con mis amigas es “bueno, con quién está hablando esta nena, y dónde está tal, y quién se va en el taxi”, o sea digamos como que esa misma fragilidad que las configura hace como que uno intente abrazarlas y como protegerlas, y ese papel a mí siempre me ha gustado, siempre lo he hecho con mi mamá, con mi hermana, con mis amigas, siempre, y me gusta. Así sea un deber ser es más cómodo”... Gabriel.

Como se observa en el fragmento anterior, en el momento en que cuestiono su imaginario respecto a la masculinidad, exponiendo dichas exigencias sociales como un sistema restrictivo y un tipo específico de “deber ser” para los hombres, Gabriel inmediatamente legitima el ejercicio de este “deber ser” naturalizando en él mismo dichas aptitudes y comportamientos. Aun cuando esto aparece como un tipo de imposición y obligatoriedad (principal razón por la que aborrece la feminidad), debido a su idealización de lo masculino, transforma dicha normatividad en algo positivo para él. Estos tipos de conducta o de pensamiento normativos no sólo son exteriores al sujeto, sino que están dotados de una fuerza imperativa y coercitiva, por la cual se le imponen, quiera o no. Sin duda, cuando hay conformidad de buen grado con ellos, la coacción no existe o pesa poco; pero no por esto deja de constituir un carácter intrínseco de estos hechos, y la prueba la tenemos en que se afirma a partir del momento en que intentamos resistir. Asimismo, tomando como cierto que la mayoría de nuestras tendencias no son elaboradas por nosotros, sino que provienen del exterior, es evidente que sólo pueden penetrar en nosotros por medio de la imposición (Durkheim, 1993).

Aun cuando para Gabriel la masculinidad se presenta en él “de la forma más natural”, reconoce que hay prácticas cotidianas que debe aprender a partir de la observación de otros hombres, pues en su performance aun aparecen “demasiado feminizadas”, restándole cualquier validez a su presentación y al resto de su discurso, sobre esto, nos cuenta lo siguiente:

“Una amiga me decía, “tienes que empezar a mirar cómo se para un man”, yo decía, “marica, pero si yo me paro con un man”, pero ya ahora es como más consciente, se queda uno mirando y tal, como comportamientos de la vida cotidiana, no es “ay, cómo se sienta ese man, voy a abrir las piernas como ese man”, no, o sea eso me parece una bobada, pero sí como... el parado, o sea el parado por ejemplo recargando todo el cuerpo en una sola pierna, eso es muy femenino, yo

nunca lo había pensado y claro, ahorita uno es como “uy, claro”, y esas cositas, yo creo que esos pequeños comportamientos de la cotidianidad son los que lo construyen a uno, porque yo puedo hacer mil pesas y sacar mil músculos, pero llego y me siento como una dama y chao, se acabó, o pequeños comportamientos, cómo te coges en el bus, no sé, cosas tan mínimas”.

En el relato de Gabriel hay una serie de críticas muy fuertes a la feminidad y al *deber ser* que ésta impone bajo diferentes convenciones sociales. Para él existe la dicotomía permanente entre aborrecer las prácticas femeninas, y hallarlas como rasgos invaluable en las mujeres que lo rodean (madre, hermana, amigas, novia):

“como, o sea que mis sentimientos y mis emociones sean tan maleables me molesta, o sea eso es inestable, o sea que tú estés súper bien y te digan algo y de una vez te emputes y al rato entonces llores, pero entonces al rato estés feliz, eso lo hace a uno muy vulnerable, y hay mujeres que son así, no sé, 24/7⁹ todos los días del año, eso es una carga... siento que es una carga/ digamos, si yo lo veo desde afuera , de mi novia, mi mamá, mi hermana, no sé, mi abuela, yo lo veo y me parece hermoso, es súper bonito que sean tan sensibles, pero experimentado en mí sí me parece una porquería (risas)”.

El relato de Gabriel está compuesto por una serie de juicios de valor que atraviesan cada apreciación sobre lo que significa para él ser hombre y ser mujer. La ausencia de unos juicios más neutrales responde a la necesidad de legitimar su masculinidad frente a un entorno que cuestiona y recrimina su tránsito. En las definiciones de Gabriel hay una imposición de la heteronorma que castiga la experiencia de tránsito y que intenta reprimir todas las acciones que impliquen una disrupción entre identidad sexual e identidad de género. Es por ello que el discurso de Gabriel intenta eliminar cualquier rastro de ambigüedad que pudiera poner en duda la legitimidad de su masculinidad, a partir de juicios que coinciden con las visiones más conservadoras sobre los roles que “deberían” desempeñar mujeres y hombres en la sociedad.

⁹ Esta expresión se utiliza para denominar actividades o situaciones que demandan tiempos muy extensos. 24/7 hace referencia a 24 horas, 7 días a la semana.

3.2 Feminidad y masculinidad: oposición-complemento, formas de construir el género a partir del tránsito

Durante el trabajo de campo, al preguntar a las y los entrevistados qué significan para ellos las palabras feminidad y masculinidad, surgieron algunas definiciones de los términos por oposición, estas conceptualizaciones estuvieron cargadas de juicios de valor que permiten entrever una experiencia conflictiva con el género en el que fueron educados desde su nacimiento. A su vez, aparecieron respuestas en donde los entrevistados prefirieron construir esos conceptos por complementariedad, escogiendo así aquello con lo que se sienten cómodos de cada género y excluyendo lo que les molesta. Estas experiencias que ellas y ellos han juzgado como violentas o indeseadas respecto a la manera en que fueron educados, son importantes para este análisis, puesto que, más allá de ser sólo “experiencias negativas”, representan la posibilidad de estudiar los elementos de subjetivación y proyectos personales que estos sujetos han construido a partir de sus identidades de género. Es relevante resaltar que la identidad de género que cada sujeto construye, es un espacio en el cual se proyectan muchos de los deseos, temores, roles y otra serie experiencias internas.

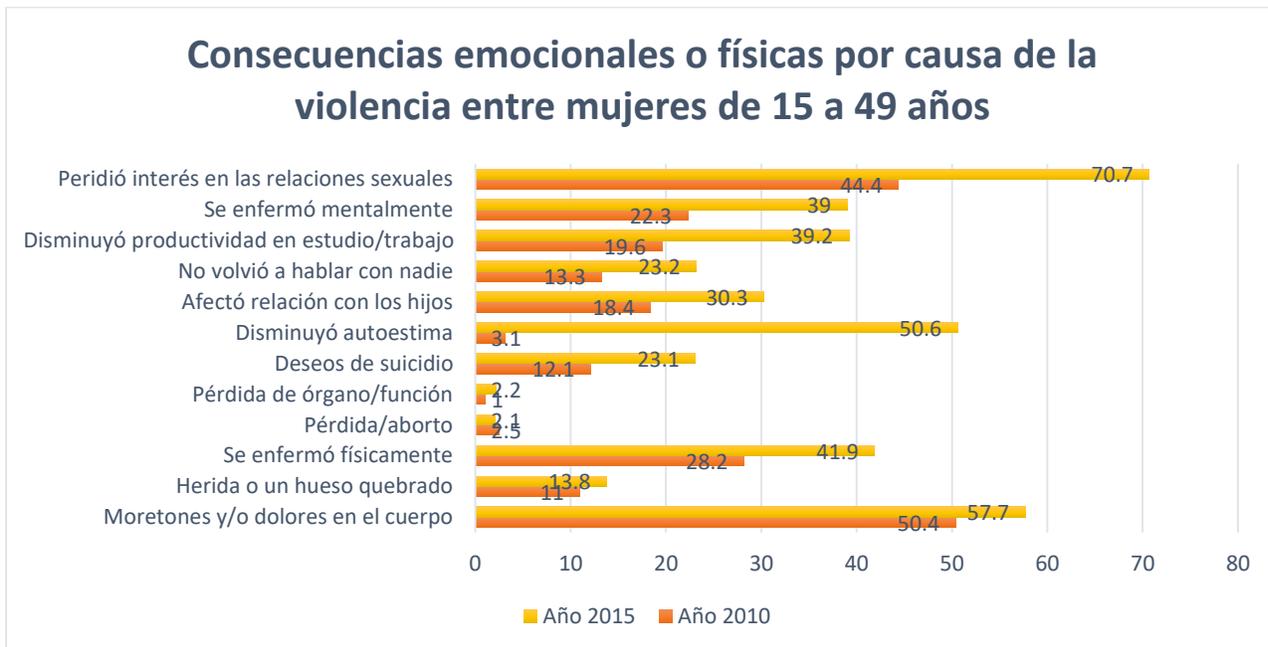
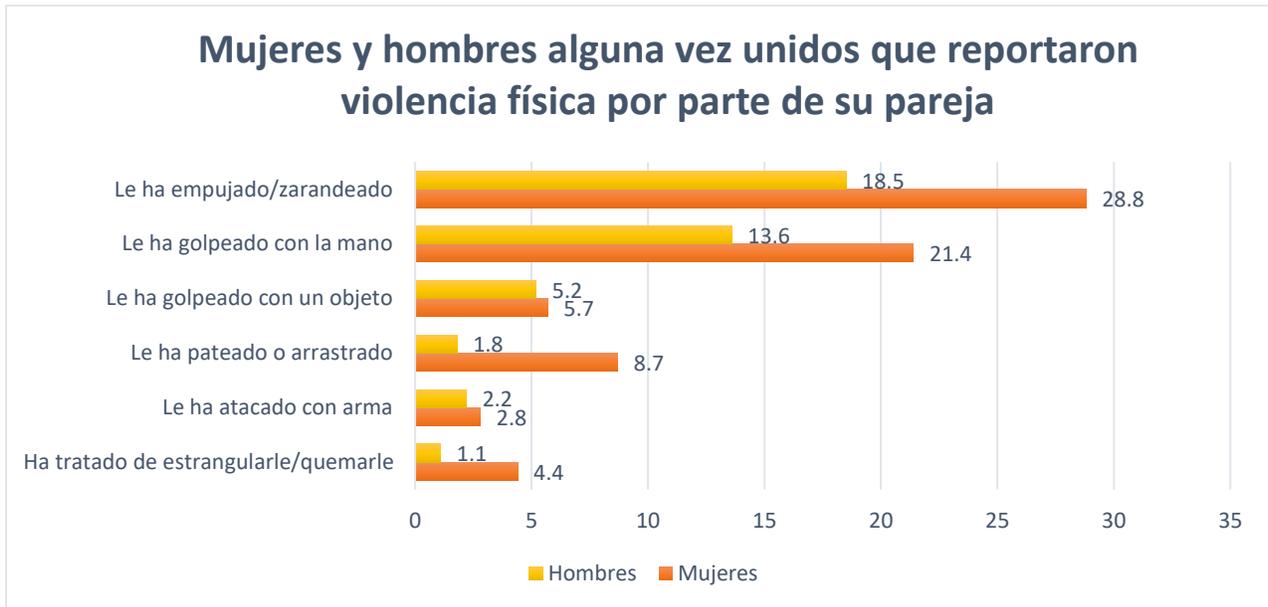
Derly, quien se identifica como una mujer travesti y feminófila, y Gabriel, quien se define como un hombre *trans*, son un ejemplo del primer tipo de conceptualización que abordamos en el párrafo anterior. Si bien cada uno aborrece lo que el otro exalta, la estructura argumentativa de ambos es muy similar. Siguiendo este orden de ideas, conviene subrayar que en la narración de Derly la definición de feminidad se relaciona estrechamente con la de masculinidad, puesto que las mujeres constantemente son víctimas de las prácticas machistas y autoritarias propias de lo que ella define como masculinidad; en ese sentido, para ella el concepto de feminidad es construido a partir de lo que *no* se desea ser. Durante su relato, Derly clasifica a todos los hombres como seres sin virtudes, violentos, irrespetuosos con las mujeres, violadores, borrachos, y un amplio etcétera de juicios peyorativos. Para ella estos rasgos de la masculinidad tienen cada vez más efectos negativos sobre una expresión concreta de la feminidad: el “arreglo personal”. Según Derly esta práctica de cuidado es algo que se ha ido perdiendo en la medida en que una mujer prefiere no “arreglarse” con tal de no ser víctima del acoso callejero perpetuado por los hombres. Ahora bien, hay que resaltar que es sobre este último argumento que Derly construye el sentimiento de repulsión por lo

masculino. Derly, además de ser acosada constantemente cuando está en la calle, en su trabajo y en su vida cotidiana, ha sido víctima de distintas formas de discriminación por ser una mujer travesti, todo lo anterior se hace evidente en su relato:

Yo hablo mucho con mi hija y le digo “mira mi amor, no te enredes con nadie y no tengas problemas con nadie, porque un tipo no te va a ver como una mujer sino como un objeto, tú siempre vas a ser un objeto para él. Te relacionas con un tipo, de pronto están en el gocecito, la cosa, en la discoteca, están allá o se conocieron en el colegio... bueno sí, un romance fugaz, de pronto tú viste que con ese no era, cuando lo vas a dejar, si él no quiere no te deja, te va a perseguir en el colegio, en la casa, te va a perseguir a donde salgas, y si tú no accedes, te manda a cascar, te mata, te desfigura” ¿qué seguridad hay? Porque te siguen viendo como un objeto, no te ven como una persona, bueno, volvemos a lo mismo, yo tengo mucha amiga lesbiana, y “bueno, mira, yo ya no quiero tener nada contigo, yo veo que la cosa, que esto y esto...” nosotras somos más dadas a hablar, a entender “no bueno, ojala consigas a alguien con quien puedas compartir, no pues no era lo que yo esperaba” ya, ahora terminale a un tipo, “usted no se va, con cuál hp está” no, el machismo, la dominación, el ego, es el ego “es que usted es mía, usted no puede pertenecer a nadie más” y más ahora que la sociedad se ha corrompido tanto por las drogas, porque ya los muchachos no son lo mismo de antes. Cuando yo vivía mi vida de niño yo veía a una mujer como algo bello, como la realización de un hogar, de algo bonito, pero no se ve ahorita, tú ves los muchachos, es que ni siquiera el vestuario, digo yo, “por dios”, entonces, como la visión de hombre, no, no, no. Me siento feliz de ser mujer 100% (risas)... Derly.

El discurso construido por Derly acerca de la masculinidad no responde únicamente a juicios morales sueltos, es una construcción mediada por la experiencia personal, en donde ella, al tener un cuerpo feminizado, ha vivido en carne propia el acoso sexual por parte de hombres ajenos al mundo travesti que malinterpretan la labor de Tranxtienda, el acoso callejero, e incluso acoso en su lugar de trabajo, por parte de vecinos de otros locales que buscan deslegitimar y estigmatizar el trabajo de Derly al cuestionar, bajo premisas moralistas, su feminidad y la de las clientas de la tienda. Si bien la percepción negativa de los hombres expuesta en el relato puede parecer excesiva por utilizarse de forma universal (todos los hombres), el imaginario de Derly trasciende la experiencia personal e incluso puede llegar a sustentarse por medio de estadísticas de violencia de

género. Para el caso de Colombia, la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS) demuestra que varias de las afirmaciones de este relato, en particular cuando ella menciona las violencias dentro de parejas heterosexuales, son muy cercanas a la realidad colombiana.



(Profamilia, 2015)

El resultado de estas estadísticas pone en evidencia la desigualdad que existe entre hombres y mujeres dentro de la sociedad colombiana. La diferencia tan marcada entre los porcentajes de mujeres que son víctimas de la violencia dentro de la pareja, frente a los porcentajes de violencia que sufren los hombres, da cuenta de los privilegios que estos últimos ejercen sobre las mujeres. Asimismo, se puede plantear a partir de estas cifras tan altas, que la violencia hacia las mujeres hace parte de un proceso de violencia estructural que ha naturalizado y normalizado el trato violento de los hombres hacia las mujeres. En palabras de la abogada feminista Elizabeth Castillo, quien realizó un informe sobre los feminicidios en Colombia, “el feminicidio se configura considerando la indiferencia institucional, la responsabilidad social de quienes crean opinión y, como consecuencia, la tolerancia social a la violencia contra las mujeres. No puede olvidarse que las violencias que padecen las mujeres tienen realidades muy fuertes que las diferencian de las que sufren los hombres, como el que mayoritariamente sean las mujeres las que fallecen por causa de violencia intrafamiliar, que las violencias que ellas padecen sean sistemáticas, estructurales y constantes, y que, además, provengan de diferentes espacios y de distintas instancias, incluso desde las que están llamadas a ayudarlas” (Castillo, 2007, pág. 22). La segunda tabla de datos es citada debido a que son expuestas algunas de las consecuencias físicas y emocionales que padecen las mujeres a causa de la violencia de género. Lo que es importante resaltar sobre esta estadística, es el aumento de las denuncias entre 2010 y 2015.

Lamentablemente, cuando Derly se pregunta dentro de su relato “¿qué seguridad hay?”, no se remite a ninguna paranoia llena de prejuicios sin pruebas, es una preocupación completamente válida frente a las vulneraciones y violencias de las que son víctimas las corporeidades femeninas. La respuesta a esta pregunta es desafortunada, las estadísticas muestran una realidad peligrosa y dolorosa para las mujeres en Colombia. Para las mujeres del resto del mundo la situación no es más alentadora:

-Según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), la cifra de mujeres adultas maltratadas por su pareja ascendía al 57% en Etiopía, al 45% en India, al 40% en Perú, al 31% en Canadá, y al 35% en Nueva Zelanda.

-Cada año, 2 millones de niñas de entre los cinco y los quince años de edad son incorporadas al llamado “mercado comercial del sexo” a través de la prostitución o la pornografía.

-Se estima que, en todo el mundo, 4 millones de niñas son compradas y vendidas con destino al matrimonio, la esclavitud y la prostitución.

-Los asesinatos perpetrados presuntamente “para restaurar la honra” de los varones se cobran al año las vidas de miles de jóvenes mujeres, principalmente en Asia Oriental. En 1999, al menos 1.000 mujeres fueron asesinadas por esta razón en Pakistán (Herrera, 2011).

A partir de la autora española Coral Herrera, se puede argumentar otra de las premisas que aparecen en el fragmento de Derly. Herrera afirma que la causa más habitual de las agresiones a mujeres en todas partes del mundo es el sentimiento posesivo del varón: los hombres protagonizan una gran mayoría de los homicidios conyugales en todos los países. Históricamente muchas sociedades han fomentado esta tendencia masculina a mantener vigilada la pareja, tratando de evitar tanto los cazadores furtivos como el abandono, y empleando la violencia si es necesario (Herrera, 2011).

Como mencioné al principio, las construcciones conceptuales bajo las que Derly y Gabriel se explican a sí mismos guardan muchas similitudes. Por su parte, Gabriel hace un esfuerzo constante por aportar validez a su tránsito mediante una crítica reiterativa y un tanto misógina a las prácticas femeninas, usa palabras despectivas y constantemente se presenta, a él y su masculinidad, como un estilo de vida mejor y más práctico respecto a las mujeres y la feminidad. Sobre esta actitud tan marcada durante todo el relato, resulta necesario resaltar que no responde únicamente a prejuicios personales, encierra también la inconformidad de Gabriel con su posición como mujer en una sociedad con profundas desigualdades de género. Dichas opiniones despectivas expresan la necesidad por salir de una situación de subordinación y normatividad excesiva impuesta sobre las mujeres. De algún modo convertirse en hombre, para él, es una forma de adquirir determinada libertad y estatus en un entorno social que, tal como sus opiniones respecto a lo femenino lo evidencian, reprime, y subordina a las mujeres. Cito a continuación un párrafo que ilustra esta discusión a través de lo que la autora Coral Herrera llama la “legitimación del orden patriarcal”:

“El patriarcado ha realizado y realiza un trabajo en el plano simbólico para instaurar, justificar y legitimar la dominación masculina en todas las mujeres. De la misma forma que un pueblo lleva a cabo la denigración simbólica del pueblo enemigo para lograr que sus habitantes se odien y traten de exterminarse mutuamente, el hombre ha necesitado una operación simbólica de gran envergadura para dividir la realidad en dos esferas y lograr que la Humanidad se subyugue a la otra mitad. Para ello fue necesario, en primer lugar, socavar simbólicamente el género femenino, y despreciarlo como un colectivo inferior al masculino. El concepto de feminidad, sin embargo, no es el mismo en todas las culturas patriarcales, sino que varía según las etapas históricas, las zonas geográficas, las necesidades de los poderes, la influencia de la religión, etc. Y es que la feminidad varía según se auto perciben y autodefinen las mujeres, o según son definidas por los hombres, que siempre han atribuido a las mujeres la capacidad de auto sacrificarse y de subordinarse. Y si bien es cierto que muchas de ellas se auto sometieron al poder patriarcal ejercido por sus padres, maridos, hermanos, primos, amigos, jefes y autoridades (políticas, religiosas, económicas), esto ha sido posible principalmente gracias a ese desprecio por todo lo que es etiquetado bajo la fórmula de femenino” (Herrera, 2011, pág. 82).

“Yo estudié en colegio femenino, de monjas, entonces ¡hazme el favor! “siéntate bien, bájate la falda, tienes que comportarte, tienes que tal cosa, tienes que tal cosa”, pero yo salía y veía que los manes eran muy relajados y no tenían que preocuparse por nada, en cambio las viejas se tienen que cuidar, se tienen que tapar, se tienen que sentar bien, se tienen que maquillar, siempre se tienen que ver bien, siempre se tienen que ver fuertes así estén una mierda por dentro, no pueden llorar en público, un montón de limitantes que... no sé, yo siempre experimenté el rechazo a las reglas, al “tienes que ser”, y eso te configura como una mujer, y cómo te cuides, qué tanto te cuides, te hace más o menos mujer, si te cuidas un montón bien sea físicamente, que te cuides y te maquilles y eso, como tus actitudes, cómo te sientas, y comer bien, siempre derechita y siempre hablas bien y no puedes decir ni una grosería porque así no habla una nena... entonces como que lo encierran a uno en una capsula de comportamientos, ¡nooo!” [...] “Ser vieja es una mamera... ser vieja es una mierda. Cuando yo le contaba a uno de mis amigos, yo le decía “marica estoy cansado, ser vieja es una PEREZA”” [...] “por ejemplo ir de paseo, con hombres... lo que te digo a mí me parecen súper relajados, si uno sale con puros manes es como “vamos a comer allá, ah listo todo bien” “pero yo quiero esto”, “ah listo vaya cómpreselo y ya”, o sea no hay lío, no hay complicación por nada, en cambio salir con chicas es como salir con... no sé, con monos

(ridiculiza la voz) “ay pero yo quiero esto, pero es que yo no, ay no entonces comemos todas lo mismo, ay no entonces no”, no, es una pereza, es un complique todo”...Gabriel.

El sentimiento casi pasional y displicente con el que Gabriel se refiere a cualquier práctica femenina termina por configurar una misoginia que no es gratuita, lo más sencillo sería calificarle de machista y meterlo bajo el mismo paraguas de los hombres que sin ningún ejercicio de autorreflexión siguen reproduciendo discursos y prácticas que violentan a las mujeres. Sin embargo, el caso de Gabriel es más complejo, no hay que olvidar que se trata de un hombre que alguna vez fue mujer, es decir, que en su propia piel tuvo que soportar un sistema de creencias y convenciones que dicta desde la forma en que las mujeres deben moverse en el espacio hasta la forma en que deben vivir su sexualidad, ejerciendo control por medio de la idea de que el grado de respeto que merece una mujer es proporcional al grado de observancia que tenga con dichas convenciones. Si se analiza con detenimiento, en los renglones cinco y seis del fragmento de la entrevista citada antes, Gabriel hace dos afirmaciones sobre las mujeres que no coinciden con el imaginario que él mismo ha planteado sobre la feminidad: las asume como sujetos que siempre deben mostrarse fuertes y que no deben expresar sus emociones en público. Gabriel, durante todo su relato describe a las mujeres como seres hipersensibles e incapaces de controlar sus emociones, sin embargo al él asumir la feminidad como el proceso a partir del cual se originan todas las imposiciones que le han constreñido desde diferentes ámbitos, la asocia incluso con imposiciones que se acercan más al “deber ser” de la masculinidad, y no de la feminidad. Aquí, de nuevo aparece el arquetipo idealista sobre masculinidad que Gabriel ha construido en su esfuerzo por alcanzar los privilegios de libertad que él asocia a lo masculino:

“Cuando uno se abre y muestra un poquito más de sentimientos es mucho más valorado, es como “ay marica, qué man tan sensible”, a todas las viejas las mata un man sensible, entonces también son como... como que se contradice, porque tienes que ser súper fuerte, pero si eres sensible, eres un divino, entonces uno puede ser lo que sea y siempre va a estar bien, uno puede ser un sensible y es un divino, uno puede ser un machote y es un divino”... Gabriel

Probablemente esta entrevista haya sido mi experiencia más difícil durante el trabajo de campo, fue desconcertante y a la vez violento escuchar un discurso que reduce a las mujeres a seres

pasionales e incapaces de cualquier ejercicio mediado por la razón. Debo admitir que en algún momento esperé que este discurso se moderara, al menos apelando a la diplomacia, puesto que era una mujer quien lo estaba entrevistando, sin embargo, para Gabriel, la necesidad de legitimar la naturaleza de su masculinidad fue más fuerte. Ya en casa y en discusiones sobre el tema con Franklin Gil, tutor de esta monografía, me fue posible hacer un ejercicio más reflexivo sobre las opiniones de Gabriel. Aun cuando su discurso pueda llegar a ser misógino y conservador, encierra una inconformidad muy válida frente a las convenciones sociales tan violentas y restrictivas a las que somos sometidas las mujeres diariamente. En palabras de Bourdieu, en su trabajo sobre Cabilia, lo que los diferentes grupos sociales han intentado hacer con las mujeres a lo largo de la historia, se resume en el arte de “empequeñecerse” (la feminidad, en bereber, se caracteriza por la forma del diminutivo), las mujeres permanecen encerradas en una especie de cercado invisible (del que el velo sólo es la manifestación visible) que limita el territorio dejado a los movimientos y a los desplazamientos de su cuerpo (mientras los hombres ocupan más espacio con su cuerpo, sobre todo en los lugares públicos). [...] Lo mismo sucede en las mujeres occidentales, con los tacones altos o el bolso que ocupa constantemente las manos y sobre todo la falda, que impide o dificulta cualquier tipo de actividades (la carrera, diferentes maneras de sentarse, etc.) o porque sólo lo permite a costa de constantes precauciones, como en el caso de las jóvenes que estiran constantemente su falda demasiado corta, se esfuerzan en cubrir con su antebrazo un escote demasiado amplio o tienen que realizar auténticas acrobacias para recoger algo sin abrir las piernas (Bourdieu, 2000).

Por otro lado, cuando Gabriel define su masculinidad, se ciñe a un tipo de masculinidad hegemónica que se caracteriza por ser un modelo de prácticas (cosas que se hacen, no sólo un conjunto de expectativas del rol o una identidad) que permite que la dominación de los hombres sobre las mujeres continúe (Connell & Messerschmidt, 2005). Según él su masculinidad es una masculinidad machista:

-J: Pues es que la masculinidad... yo siento que hay un lazo súper estrecho entre la masculinidad y el machismo, como que también llega a confundirse, aunque yo en ciertas cosas soy ¡Súper machista!

-N: ¿Cómo en qué?

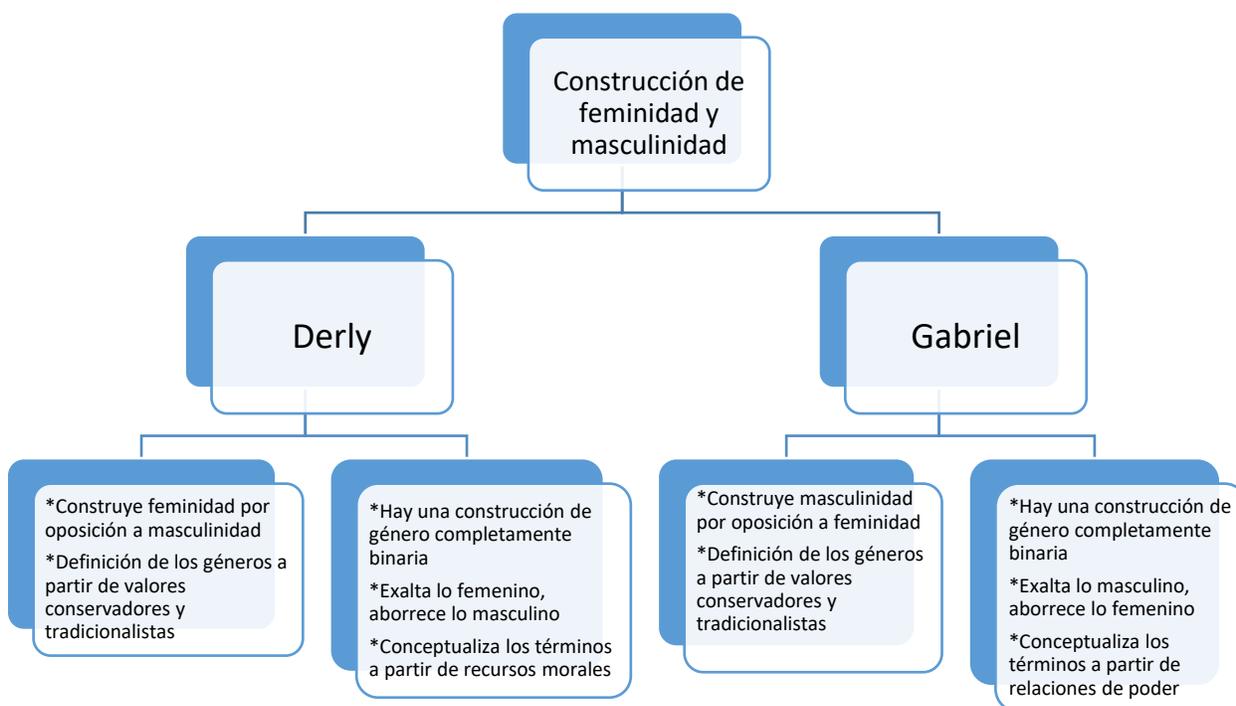
-J: No sé, con mis novias, es como “no, no, no te pones eso y no te lo pones, y no sales así, y no sales con esta persona, y no haces tal vaina”, o sea es como, no sé... va a sonar muy raro, pero yo sí siento que hay cosas que las chicas no deben hacer, digamos “ay no es que me pasó tal vaina”, “pues claro, ibas borracha en falda a las 3 de la mañana sola caminando por la 15”, o sea, no es lo mismo que vaya un tipo borracho caminando a las 3 de la mañana por la 15 que una nena borracha en falda, eso obviamente es machista, pero apartando como el machismo de la masculinidad, yo creo que no hay nada que me moleste de la masculinidad, no sé como que yo no lo asocio sólo a la fuerza ni a una cuestión física del musculo y tal, sino, no sé yo siento que la masculinidad es algo súper relajado, llegar a un lugar y sentarse como se le dé la gana, hacer lo que se le dé la gana, eh hacer los comentarios que quiera y nadie le va a decir nada, es como ser mucho más relajado, es como dejarse ser y ya... Gabriel.

Michael Kimmel, un autor de referencia en los estudios de masculinidad, define la masculinidad hegemónica en cuatro características explicadas en términos coloquiales, las cuales describen muy de cerca el modelo con el que Gabriel se identifica:

- Nada de mariconadas, no se puede tener aptitudes vinculadas a la feminidad, ser hombre significa rechazar todo aquello que sea femenino.
- Ser importante, a mayor estatus, mayor poder y por ello más masculino, es así como el modelo de masculinidad valora el hecho de ser hombre.
- Ser duro como un roble, no mostrar sentimientos es una propiedad característica de los hombres.
- Jódetelos, el riesgo y la agresividad son sinónimos, ser fiel a ambos aspectos es una característica cultural propia de los hombres que siguen este modelo de masculinidad (Kimmel, 1996).

Es importante resaltar que si bien la masculinidad hegemónica puede ser una construcción que no corresponde de cerca a la vida de ningún hombre real, lo que estos modelos sí hacen es, de varias maneras, expresar ideales, fantasías y deseos generalizados (Connell & Messerschmidt, 2005).

Ahora bien, el ejercicio comparativo entre Derly y Gabriel pone en evidencia unos tránsitos contruidos desde nociones binarias del género, donde, en lugar de encontrar un flujo de prácticas que transgreden las fronteras del género mediante el acto mismo de *transitar*, encontramos una serie de marcadores identitarios fijos, definidos por ellos a partir de recursos morales o de discursos de poder. Sobre este punto es importante resaltar que este tipo de definiciones por oposición necesariamente rivalizan los géneros en una lucha de poder y en algunos casos de resistencia, esta visión de opuestos es la que ha constituido buena parte de nuestra historia en relación con los roles de género y que ha permitido perpetuar las condiciones de desventaja para las mujeres. Asimismo, las definiciones por oposición consolidan la idea de que existe un género *original*, a partir del cual se define el otro género, casi como si fuese un ejercicio de descarte.



Las construcciones de género que nacen de los tránsitos no son siempre construcciones transgresoras, estas identidades que podrían pensarse subversivas, muchas veces reproducen estereotipos y roles de género a partir de normas y valores conservadores que mantienen el statu quo y las relaciones de poder. Sobre esta afirmación es importante aclarar que se trata simplemente de una observación, de ningún modo pretende ser un juicio o crítica que descalifique a las personas trans que deciden entenderse a partir construcciones de género normativas. Asumir un proceso de tránsito es ya una situación difícil, que acarrea muchas transformaciones, luchas, pérdidas; exigir

además que se lleve una bandera política, que sean activistas o que enuncien una posición política, es sumar cargas a un proceso que es, en sí mismo, bastante pesado.

La Medicina como sistema experto tiene parte de responsabilidad sobre estas formas de asumir el tránsito, dado que por cuestiones estratégicas, recibir un diagnóstico de disforia de género¹⁰, aunque patologice al sujeto, le permite acceder más fácilmente a los recursos médicos necesarios para transformar su apariencia física. Al respecto, Fausto Sterling hace una relación importante entre tecnología e identidades sexuales:

“Comprender la historia de la tecnología también es clave para entender la encarnación individual de los sistemas de género contemporáneos. Piénsese por ejemplo, en la categoría transexual. En el siglo XIX no había transexuales, sí había hombres que pasaban por mujeres, y viceversa. Pero el transexual moderno, una persona que recurre a las hormonas y la cirugía para transformar sus genitales de nacimiento, no podría haber existido sin la requerida técnica médica. El transexual surgió como una identidad o tipo humano cuando; a cambio del reconocimiento médico y el acceso a las hormonas y la cirugía, los transexuales convencieron a sus médicos de que se habían convertido en los miembros más estereotipados de su sexo adoptivo. Sólo entonces los facultativos consentirían en crear una categoría médica a la que podían acogerse los transexuales para obtener tratamiento quirúrgico y hormonal” (Sterling, 2006, págs. 301-302).

Cada vez que abordamos el tema de los estudios de género, debemos pensar en la pluralidad y el amplio abanico de posibilidades identitarias que existen en el mundo. Así como existen personas *trans* que se sienten más cómodas dentro de los cánones tradicionales del género, hay personas que prefieren construir su identidad a partir de la diversidad, la transgresión y la asociación de prácticas y discursos que tradicionalmente se consideran no sólo separados, sino opuestos, sin que esto signifique que no se identifiquen como hombres o mujeres. Juan Felipe y Salvador son dos sujetos que se asumen a sí mismos dentro de construcciones identitarias relativas a este sincretismo. Es entonces necesario resaltar, que así como existe *una* masculinidad hegemónica, (aquella que fue utilizada para el caso de Gabriel), la característica fundamental del concepto de

¹⁰ La disforia de género, anteriormente llamado trastorno de identidad sexual, es un diagnóstico psiquiátrico asignado a las personas que sienten una disforia significativa o estrés debido a la discordancia entre su sexo asignado al nacer, con el que no se identifican ni sienten como propio, y su identidad de género (Diagnostic and Statistical Manual: Mental Disorder (DSM5-U), 2016).

masculinidad sigue siendo la combinación de múltiples masculinidades y la jerarquía que entre ellas existe. Esta idea básica ha resistido 20 años de experiencia en investigación. Se han identificado múltiples patrones de masculinidad en muchos estudios, en una variedad de países y en diferentes marcos institucionales y culturales. También es un hallazgo de investigación generalizado que ciertas masculinidades están más asociadas con la autoridad y el poder social que otras (Connell & Messerschmidt, 2005).

En los casos de Juan Felipe y Salvador no existen tantas similitudes como en los de Gabriel y Derly, sin embargo, hay lugar a ciertos puntos comunes que serán expuestos a continuación. En el caso de Juan Felipe la feminidad es un concepto doloroso e indeseable en el momento en que algunas instituciones y convenciones sociales le obligan a asumirlo como algo natural en su cuerpo y en el performance cotidiano de sí mismo; no obstante, es un comportamiento que respeta, valora e incluso admira en las mujeres que lo rodean. Como él mismo lo expresa durante su relato de vida: *“Aborrecía lo femenino, pero en mí, sólo en mí, nunca tuve nada en contra de lo femenino en las mujeres, iba en contra, porque no quería eso para mí, iba en contra mío”*.

Las constantes y difíciles situaciones de rechazo experimentadas por Juan Felipe nos permiten dilucidar un malestar hacia normas que socialmente le eran exigidas antes de comenzar su tránsito, aunado a esto se encuentra una crisis mucho más personal e individual de repudio a los cambios físicos que presentó en su desarrollo (crecimiento de los pechos, menstruación). Todo lo anterior genera una situación constante en la narración de Juan Felipe, una suerte de “incapacidad” para nombrar lo femenino en sí mismo, sucede al referirse a los senos, la menstruación, su vagina, haber sido lesbiana e incluso la feminidad misma. Juan Felipe, en vez de utilizar dichas palabras recurre a eufemismos que las evitan: “aquello”, “lo que está ahí”, “eso tan asqueroso” (esta última exclusiva para designar el periodo menstrual); al preguntarle a Juan Felipe qué significaba para él la feminidad contestó lo siguiente: *“(risas), si tú me lo preguntas así de totazo, yo te diría “delicadeza” una palabra, pero, feminidad... bueno es un término del cual, por lo general, no hablo”*. A pesar de éste distanciamiento, cada vez que Juan Felipe habla de su trato hacia las mujeres necesariamente se relaciona con la feminidad, debido a que él explica dicho trato a partir de su situación previa al tránsito, argumentando que esta experiencia es la que le permite reconocer la sensibilidad de una mujer, ser comprensivo con ellas y respetarlas. Este discurso Juan Felipe lo

elabora en comparación constante con el trato hacia las mujeres por parte de los hombres heterosexuales sin experiencia de tránsito, concluyendo que el de ellos es rudo e irrespetuoso en parte porque nunca han sabido realmente cómo se siente una mujer. Según este argumento, para Juan Felipe, quien “nació como hombre” y se mantuvo como tal posee una imposibilidad casi biológica para llegar a “comprender” a las mujeres, por lo tanto, los hombres transexuales en aspectos afectivos heterosexuales, son “mejores hombres”. En sus propias palabras:

“Ellos son muy diferentes, la mujer puede llegar a ser una cosa, un objeto, no todos son así, claramente, pero sí la mayoría y siempre van a ir en función de ellos, lo que uno como chico trans busca es ir de la mano de esa persona... independientemente ¡tú fuiste! Y cuando estás rodeado, no las puedes ver así, o sea por más papel que cumplas, o lo que sea, no, yo creo que uno las valora aún más, y a veces yo creo que ellas ni siquiera se dan cuenta” [...] “Sí yo creo que sí, yo creo que uno no lo puede dejar de lado totalmente, por más que lo intente, siempre hay cosas que quedan, eh, es curioso, pero uno conserva no tanto la delicadeza, pero... uno trata de ser un poco más comprensivo”... Juan Felipe.

El fragmento anterior recoge varios puntos claves para comprender las nociones que tiene Juan Felipe acerca de la feminidad y la masculinidad. Es importante resaltar que él, al marcar un *ellos* del cual se diferencia por los motivos anteriormente expuestos, se ubica dentro de unas características que él mismo considera afines a la feminidad. Si bien no todas las masculinidades diferentes a la hegemónica, necesariamente se asocian a la feminidad (de ser así aceptaríamos el esquema que asume las categorías de género a partir de binarismos opuestos), Juan Felipe asume su buen trato a las mujeres como características que corresponden al hecho de él mismo haber sido mujer. Para él, “*conservar*” esta sensibilidad es un marcador que lo separa de un tipo de masculinidad hegemónica; dicho de otra manera, Juan Felipe construye, y se identifica, con otra masculinidad regida por valores más igualitarios. De esta narración es relevante resaltar la asociación hecha por el entrevistado entre masculinidad hegemónica y hombres heterosexuales sin experiencia de tránsito, asumiendo que estos últimos son los únicos portadores y perpetuadores de esa masculinidad hegemónica.

Retomando la asociación hecha por Juan Felipe entre cuerpos y masculinidades, es conveniente recordar el caso de Gabriel como ejemplo de una masculinidad hegemónica ostentada por un sujeto en tránsito; al respecto, las autoras Rubin, Namaste y Kimmel consideran que las masculinidades construidas en los cursos de vida de quienes transitan de femenino a masculino no son inherentemente contra hegemónicas (Connell & Messerschmidt, 2005). Los hombres transgénero pueden perseguir la igualdad de género u oponerse a ella, tal como los hombres que no son transgénero. Lo que subraya la experiencia transgénero es el trato que la modernidad otorga al cuerpo como un medio a través del cual se interactúa con el otro. Para entender la relación entre cuerpo y hegemonía, es necesario entender que los cuerpos son tanto objetos de prácticas sociales, como agentes en la práctica social. Hay circuitos de prácticas sociales enlazados a procesos corporales y estructuras sociales, muchos de estos circuitos se suman al proceso histórico en el que se materializa la sociedad. Estos circuitos de materialización social pueden ser directos y simples, o pueden ser extensos y complejos, pasando por Instituciones, relaciones económicas, símbolos culturales, etc. sin cesar de involucrar a los cuerpos materiales (Connell & Messerschmidt, 2005).

Otro rasgo de la masculinidad hegemónica es la discriminación que sectoriza a los hombres, legitimándoles o reprobándoles según determinados valores. A partir de esto, es válido hablar de dos tipos de hegemonía, una externa, dirigida a la dominación de las mujeres, y otra interna. Esta última refiere al ascenso social de un grupo de hombres sobre el resto de hombres, se entiende pues como una forma elitista donde las masculinidades marginadas y subordinadas no tienen impacto alguno sobre la construcción de la masculinidad hegemónica (Connell & Messerschmidt, 2005).

Dentro de este grupo de masculinidades subordinadas es preciso ubicar esos comportamientos por parte de los hombres que se acercan a la sensibilidad y la igualdad de género, por ejemplo, “el diálogo tranquilo con las mujeres y la empatía” (Pulido & Portell, 2012), características muy cercanas al modelo de masculinidad en el que Juan Felipe se adscribe. Ahora bien, la marginalización de estas “masculinidades igualitarias” (Pulido & Portell, 2012) se manifiesta durante la entrevista cuando Juan Felipe lamenta que las mujeres no se dan cuenta de aquellos comportamientos o no les dan el valor suficiente, coyuntura que responde justamente al alejamiento de estos valores respecto a aquellos que promueve la masculinidad hegemónica. Según

los autores Cristina Pulido y David Portell de la Universidad Autónoma de Barcelona, quienes realizaron una investigación sobre actos comunicativos que promueven nuevas masculinidades en el lugar de trabajo (Pulido & Portell, 2012), estas “masculinidades igualitarias” recientemente han comenzado a ser valoradas aunque no lo suficiente, así, estos hombres no esperan ser suficientemente atractivos para las mujeres en términos de relaciones afectivas; incluso son virtualmente asociados con la homosexualidad, provocando su exclusión e invisibilidad (Pulido & Portell, 2012).

En este orden de ideas, para Juan Felipe resulta totalmente válido que existan ciertos elementos de la masculinidad en la feminidad, en ningún momento la interacción de una en la construcción de la otra llega a desvirtuarlas o restarles validez. Según él:

“Yo diría que son hasta más fuertes que un hombre, mi mejor reflejo es mi mamá, es una mujer, yo digo ella es mi papá y mi mamá, y fue cuando yo rompí ese esquema de que el papá era el prototipo, digamos de masculinidad, no, una mujer también puede ser masculina en sus quehaceres de la vida, pero lo hablo a nivel de fortaleza, tanto, entre comillas física, pero más que todo en carácter, en todas las decisiones en los riesgos que toman” ... Juan Felipe.

No obstante, para Juan Felipe el resultado de dichas interacciones son dos conceptos diferenciados donde se marcan lo masculino y lo femenino por separado, en particular en lo que se refiere a su construcción, constantemente aclara la importancia que para él tiene “ser coherente” con lo que se ha escogido ser; así pues, su tránsito lo plantea como algo que debe ser “completo”, entendiendo por esto tanto una actitud masculina como una serie de intervenciones médicas que borren cualquier rastro físico de su identidad sexual previa al tránsito. Según esto, para Juan Felipe su bienestar y autoestima dependen de qué tan alejado se encuentre (y lo encuentren) de la feminidad, sin que esto signifique el ejercicio de prácticas o discursos machistas.

En el caso de Salvador, la masculinidad es una práctica que debe reinventarse desde todos los espacios posibles. Él dice que su tránsito comenzó desde niño, desde los 4-5 años, no obstante, la decisión consciente de iniciar un proceso de transformación física empezó a los 18 años. Según

él, los cambios no han sido radicales, de algún modo siempre fue un hombre debido a que siempre se sintió como tal.

Al hablar del tránsito de Salvador es necesario resaltar que más allá de responder a la necesidad de verse físicamente de determinada manera, responde a una serie de ideologías y perspectivas que ha tenido siempre sobre la sociedad que le rodea y la forma en que se relacionan los sujetos. Salvador valora y respeta mucho el rol de las mujeres, en ningún momento de su relato ridiculiza o se muestra en desacuerdo con la feminidad, al contrario, reitera constantemente la necesidad de darle mucho más poder a las mujeres en la sociedad. En oposición a esto, Salvador es muy crítico con la masculinidad y el rol de los hombres, cuestiona fuertemente las estructuras patriarcales y las relaciones de poder que ejercen sobre las mujeres. Salvador se asume a sí mismo como un hombre femenino y sensible, alejado completamente de las actitudes toscas y agrestes de lo que él denomina el “macho alfa”. Así lo explica:

“Entonces es como construir una nueva masculinidad donde no tengo que lastimar a nadie, donde no soy el macho alfa, donde no estoy peleando contra el otro macho para quedarme con la hembra ¿sí? Como ese tipo de cosas, eh... donde respeto, donde no soy el más fuerte, donde puedo comprender que existen más fuertes que yo y podemos trabajar en conjunto, que no tengo que agarrarme y pelear con todo el mundo, eh... es sí, no sé, es un, una masculinidad que no tiene nada de fálico, que no tiene nada de macho” ... Salvador.

En las teorías sociales del género, ha habido una tendencia hacia el funcionalismo que analiza las relaciones de género como un sistema auto-contenido, auto-reproducido, y que explica cada elemento en términos de su función de reproducir un todo. Howkesworth (Howkesworth, 1997) detecta esta tendencia en la mayoría de teorías modernas del género. La dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres constituyen un proceso histórico, no un sistema auto-reproducido. La “dominación masculina” además de estar abierta al desafío, requiere de esfuerzos considerables para mantenerse. (Connell & Messerschmidt, 2005).

Salvador ha estudiado diferentes feminismos y teorías sociales, lo cual hace que tenga una perspectiva de género y un lenguaje diferente al de las y los demás entrevistados. Para él es

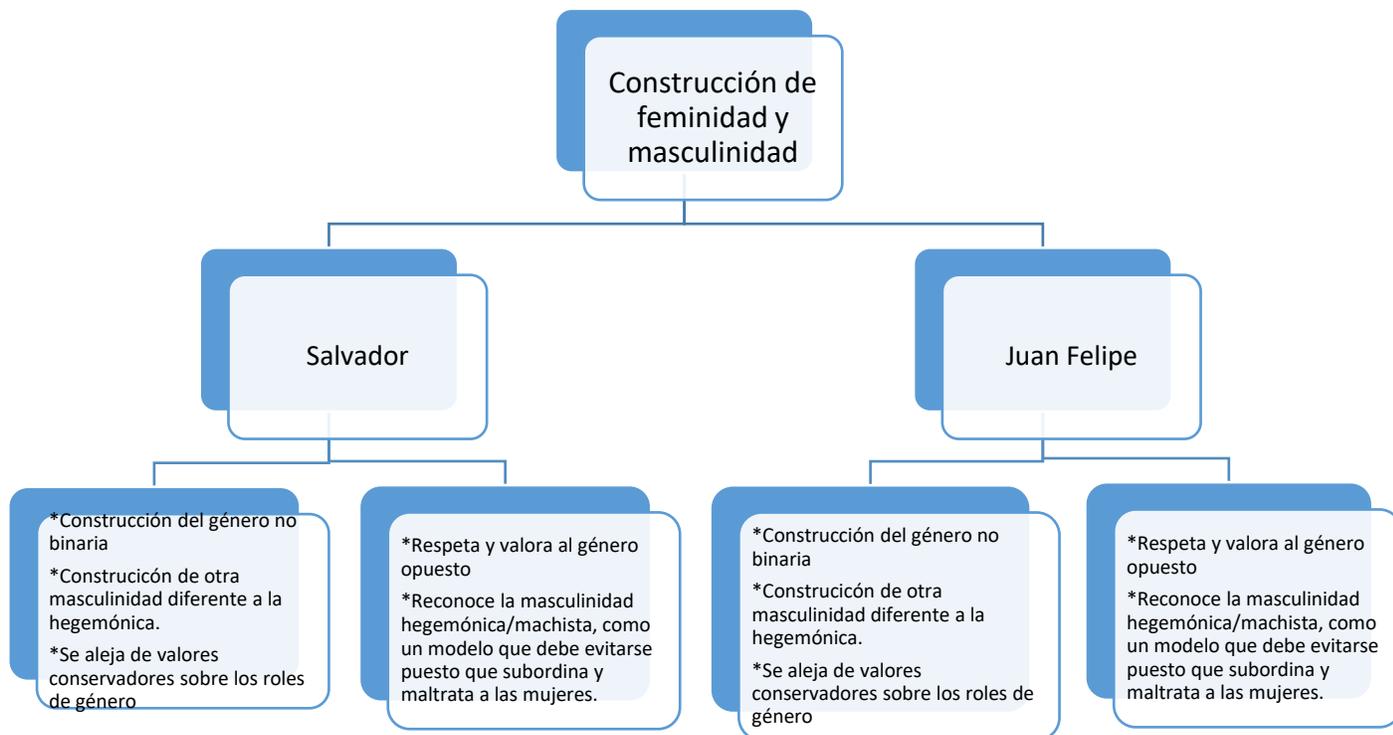
completamente claro que, tal como lo exponen Connell y Messerschmidt, las relaciones de poder entre hombres y mujeres son prácticas aprendidas, que se mantienen a partir de su reproducción cotidiana, y que son susceptibles al reto, al cuestionamiento. Salvador, en su esfuerzo por cambiar estas estructuras en el medio que le rodea, utiliza su tránsito para promover y enseñar que es posible la construcción de nuevas masculinidades, parte del matiz político que tiene su tránsito consiste justamente en “educar” a los hombres que le rodean para que construyan masculinidades diferentes a la tradicional, basadas en la igualdad y el respeto por todos los seres que habitan el planeta:

He leído a Beatriz Preciado, la utilicé. Yo tomé de ella y más activistas feministas y del black feminism, tomé la teoría de que es necesario tumbar la institución falocrática y antropocéntrica para sobrevivir, eso para mí está claro. La única manera en que los seres humanos podemos seguir viviendo en este planeta es tumbar ese sistema antropocéntrico y antropofálico del más fuerte, la supremacía del más fuerte, que porque soy el más fuerte puedo ir por el mundo aplastando y volviendo mierda lo que se me pase porque soy el macho, entonces toda esta teoría se forma a partir de la lectura de todas estas mujeres, de Judith Butler, de todas, todas ellas, así fue como construyendo mi nueva masculinidad. No puedo repetir los mismos modelos de violencia, no puedo ser el mismo hombre que le enseñan a uno a ser acá en Colombia y en el mundo, porque en realidad son estructuras repetitivas en todo el mundo, eh, y eso es bueno, construir esas nuevas masculinidades, y yo creo que estoy retando a muchos hombre, a muchos, o sea estoy retando a mis compañeros, a mis amigos, a los novios de mis amigas, a ser mejores hombres, porque ¡hey!, tienen que cambiar, y desde acá de lo cotidiano desde lo normal, desde mis problemas como una persona trans, como ir al baño, cosas así, cosas básicas; yo les decía “ustedes no se imaginan los problemas que yo tengo para ir al baño”, “no sí, sí, yo entiendo”, “no, no se imaginan, o sea las connotaciones físicas que tiene para una persona trans ir al baño”, entonces bueno, ahí empezamos a hablar, yo les dije “aparte, baños para hombres y para mujeres, ¿por qué?, ¿no se supone que vamos a hacer lo mismo al baño?” entonces el típico argumento de “no, es que el de los hombres huele mal”, bueno pero por qué huele mal, porque los hombres no tienen cuidado, no tienen ética del cuidado, no entienden de economía del cuidado en su cabeza, piensan que porque hay una señora que viene a limpiarles el baño... o sea, ¡hombre, por favor! Limpie el asiento, sea más cuidadoso, sí, cosas así, es una baño, hay otras personas que lo usan, ¡bájese de

ahí, de esa institución! Sí, entonces bacano porque es un reto a todo el mundo, porque es como despiértese, dese cuenta que está haciendo las cosas mal, y hágalas bien... Salvador.

Salvador en este fragmento pone en evidencia la jerarquía que existe entre masculinidades y la pugna que de ahí surge, puesto que los varones que ostentan determinados privilegios como el cisgenderismo, la heterosexualidad, clase social media o alta, piel blanca, entre otros, subordinan y marginalizan tanto a las mujeres como a otras masculinidades. Esa hegemonía interna que jerarquiza las masculinidades se entiende de una manera elitista, de este modo, las masculinidades no hegemónicas existen en tensión con la masculinidad hegemónica, pero nunca la penetran o impactan realmente (Connell & Messerschmidt, 2005), lo cual genera las representaciones dualistas de las que se ha hablado a lo largo del capítulo.

Ahora bien, como mencioné anteriormente, Salvador y Juan Felipe tienen algunos puntos comunes en la forma en que ejercen su masculinidad y se relacionan con el mundo a partir de su identidad de género, considero que uno de los factores comunes más evidente es el reconocimiento de una masculinidad hegemónica que oprime y deslegitima a las masculinidades divergentes como las de ellos. Dicho reconocimiento surge, ya sea porque se vive en las relaciones cotidianas con otros hombres, o porque se identifica a partir del conocimiento de teorías y estudios sociales.



3.3. Cambiar de género: ascenso y descenso de estatus en las jerarquías de lo masculino-femenino

Lo masculino y lo femenino son construcciones que trascienden los cuerpos que “se supone” deben contenerles, son construcciones maleables, plurales y que se encarnan de maneras diferentes en cada cuerpo según otros factores sociales, culturales y económicos que les atraviesan. Lo masculino y lo femenino conllevan un estatus, un lugar en el mundo, una posición dentro de las relaciones de poder donde los privilegios no son para todos. Durante el trabajo de campo hubo un hallazgo en particular que llamó mi atención: la negociación entre lo que se pierde y se gana durante el tránsito, y por esto me refiero a una situación que va mucho más allá de aspectos físicos, ropa, nombres, personas, etc. Existe una negociación relativa al cambio de estatus dentro del orden genérico a partir del cual funciona el mundo. Halberstam plantea un interrogante sobre este tema a partir del cual podemos empezar a abordarlo: ¿cuáles son las implicaciones de la feminidad masculina y de la masculinidad femenina? Para estudiar el tema desde esta propuesta, es necesario aclarar que la autora entiende estas categorías como el ejercicio de feminidad por parte de corporeidades que son leídas como masculinas, y el ejercicio de la masculinidad por parte de

corporeidades que son leídas como femeninas, respectivamente. Sucede que en nuestra sociedad la masculinidad se asocia a valores de poder, legitimidad y privilegio; a menudo se vincula, simbólicamente, al poder del Estado y a una desigual distribución de la riqueza; la masculinidad representa el poder de heredar, el control del intercambio de mujeres y la esperanza del privilegio social (Halberstam, 2008). El trato diferenciado entre masculinidad y feminidad es evidente durante la crianza, los niños se caen y se levantan; a las niñas no se les deja caer. Si un niño se hace daño se considera que es parte de su proceso de maduración, a las niñas se les enseña a evitar peligros; de este modo las niñas no aprenden a enfrentarse con el miedo, ni aprenden a superarse, ni a valorar ellas mismas su propia seguridad, ni siquiera cuando se convierten en mujeres adultas. A las niñas, en el orden patriarcal, se les enseña a ser bonitas, objeto de la mirada de los demás, y se les transmite su función de adorno. A los niños se les resalta lo grandes o lo altos que están, o sus capacidades cognitivas y habilidades, ellos aprenden pronto que son el centro del universo, y que pertenecen al grupo de los ganadores, ellas no tienen la misma percepción (Herrera, 2011).

La niña aprende que para ser dichosa hay que ser amada, y para ser amada, hay que esperar el amor. La mujer es La Bella Durmiente, Cenicienta, Blancanieves, la que recibe, sufre y espera. La suprema necesidad de la mujer es encantar a un corazón masculino; por intrépidas y aventureras que sean es la recompensa a la cual aspiran todas las heroínas, ya sea princesa o pastora, y tiene que ser siempre hermosa; la fealdad es asociada cruelmente a la maldad (De Beauvoir, 1987. Citada en Herrera, 2011, pág.39)

Este fragmento de *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, recoge muy bien varias experiencias desde las que es casi inevitable situarse cuando uno se asume como mujer femenina: la belleza y el amor romántico. En este punto no hago un distanciamiento para elaborar un análisis de lo que se ha expuesto, por el contrario, apelo a mi posición de mujer en el mundo para abordar dos experiencias de las mujeres *trans* entrevistadas, y que tienen relación con las situaciones que enuncia la filósofa feminista.

Por un lado, este fragmento me remite a mi encuentro con Derly: pasadas las dos de la tarde llegué a su local en el Centro, estaba apurada, con un espejo en la mano maquillándose los ojos, me pidió disculpas por “estar así, toda desarreglada, sin maquillar”, en realidad su presentación era

impecable, tenía un vestido rojo, medias veladas y unos tacones, sin embargo su afán fue, sobre todo, porque pensó que iba a haber una cámara durante la entrevista. Me contó que tenía conjuntivitis y que su médico le prohibió maquillarse, pero que no iba a permitir que yo la viera sin maquillaje, y mucho menos si, como ella pensó, iba a haber una cámara. Todo esto me lo dijo con mucha dulzura, me dijo, a manera de confesión, que se sentía muy fea sin maquillar, que eso la había tenido estresada durante esos días de convalecencia; fue evidente durante su relato y en su discurso en general que su seguridad para interactuar con el mundo reposa en sentirse bella, en el cuidado de su piel, del pelo, de las uñas, de su ropa. Como escribe de Beauvoir, la fealdad es asociada cruelmente a la maldad. El ejercicio de un auto cuidado expresado en el afán por la estética es uno de los primeros rasgos que se supone debe definir a las mujeres, no es raro escuchar adjetivos como machorra, descuidada, o incluso sucia, hacia las mujeres que no incluyen este tipo de rituales de “arreglo” en su cotidianidad.

Por otro lado, hablando con Silvia sobre lo que significa para ella feminidad, uno de los primeros elementos a los que hizo referencia fue al amor romántico: *“para mí la feminidad es construirnos, el estar pequeñitas y empezar a construirnos nosotras mismas, tener pareja por primera vez y sentirnos de cierto modo llenas en nuestro cuento, el luego despertar a una realidad y darnos cuenta que el cuento no existe”*. En palabras de Silvia, quien se define como una mujer heterosexual, el amor de un hombre de algún modo configura parte de su construcción como mujer. La comparación puntual entre ese sentimiento y un cuento hace alusión a un tipo de amor específico: el amor romántico alimentado por la cultura occidental donde las mujeres cumplen un papel pasivo, receptor, de víctima, mientras los hombres desempeñan el rol activo, heroico, de salvador.

Sobre las experiencias y debates expuestos en los párrafos anteriores podríamos imaginar que el más leve toque de feminidad mancillaría o rebajaría el valor social del varón, mientras que algunas formas masculinas adoptadas por mujeres, y en ciertos contextos, producirían una elevación del estatus (Halberstam, 2008). Según este orden de ideas es más fácil comprender los deseos de tránsito desde lo femenino hacia lo masculino, puesto que este tránsito trae consigo una serie de privilegios relativos a un mayor grado de independencia, libertad, autonomía y movilidad; mientras el tránsito de lo masculino a lo femenino, representa la pérdida de estos valores para

adherirse a los valores restrictivos que se asocian a la feminidad. El objetivo de estas observaciones no es cuestionar los tránsitos en términos de lo bueno o lo malo, o de lo que es práctico y lo que no lo es, el propósito de citar este debate es justamente analizar las negociaciones que se presentan en términos de privilegios al momento del tránsito.

Ahora bien, para ser críticos con este planteamiento hay que recordar que otros factores influyen en las construcciones de feminidad y masculinidad, como el nivel socioeconómico y en general las condiciones sociales que atraviesan al sujeto. Sobre esto debo mencionar mi experiencia con las mujeres *trans* del barrio Santa fe con quienes realicé trabajo de campo, muchas de ellas están expuestas diariamente a situaciones de violencia en las calles, son trabajadoras sexuales y varias tienen niveles académicos que no superan la primaria y en algunos casos el bachillerato. Estas condiciones socioeconómicas, opuestas a las de los entrevistados para esta investigación, quienes tienen todos niveles de estudio profesional, permiten la construcción de feminidades diferentes a las que son planteadas en los fragmentos de Simone de Beauvoir y Herrera. Estas feminidades están atravesadas por características que en estos fragmentos se entienden como virtualmente asociadas a los hombres: son mujeres autónomas, que no configuran sus cuerpos a partir del pudor, que no asumen roles pasivos en la relación con el otro, que hablan fuerte y sin tabú sobre cualquier tema, que no temen usar su fuerza si es necesario, que no se victimizan, entre otras características.

Estas reflexiones apuntan a que es importante cuando debatimos sobre variaciones de género, como la feminidad masculina y la masculinidad femenina, no crear simplemente otro binarismo donde la masculinidad siempre signifique privilegios y dominación. En los modelos alternativos de variaciones de género, la masculinidad femenina no es simplemente lo contrario de la feminidad femenina, ni tampoco es una versión de la masculinidad de los hombres representada por mujeres (Halberstam, 2008). En otras palabras, no se trata de limitar la masculinidad que ejercen las corporeidades que son leídas como femeninas, a una experiencia de opuestos frente al “deber ser” de la feminidad en las mujeres. De nuevo, hay aquí una forma de argumentación que busca deconstruir los modelos interpretativos que se erigen a partir de binarismos heteronormativos. Así mismo, es muy importante al hacer estos análisis, conocer las condiciones socioeconómicas y culturales de los sujetos de estudio, puesto que estas características influyen en cómo construyen las formas de masculinidad y feminidad a partir de las cuales se definen diariamente. El ejercicio

comparativo a partir de las condiciones socioeconómicas que tienen las mujeres *trans* de Santa fe frente a las de las mujeres entrevistadas para esta investigación, es un ejemplo de cómo las construcciones identitarias y las experiencias de tránsito están atravesadas por otras variables que constituyen a los sujetos. Halberstam utiliza el ejemplo de la raza para el caso de Estados Unidos, país en cuya historia los problemas de segregación a partir del color de piel son una constante. Para ello, cita la entrevista de Michael, un hombre *trans*, afroamericano:

Nací negro. No espero caerle bien a la gente o que me acepte. Algunas transexuales, especialmente las MTF¹¹ blancas, tienen un shock tras la transición. Pérdida de privilegios, pérdida de estatus; creen que la gente debe tener miedo de trabajar a su lado. Bueno, en la América media la gente no va al trabajo esperando tener una experiencia educativa. No esperaba que nadie se pusiera contento de verme, sólo esperaba, pedía un poco de tolerancia (Halberstam, 2008, pág. 183).

Esta entrevista hace parte un trabajo en el que son entrevistados varios hombres *trans* blancos, el único hombre negro es Michael. Es él el único participante que menciona los privilegios y el cambio en el estatus social que experimentan los transexuales que no son identificados. Michael describe claramente las diferencias entre personas *trans* en términos de raza y de clase social, y habla de sus limitadas expectativas tras una vida en la que ha sufrido diversas formas de intolerancia (Halberstam, 2008).

3.4. Las identidades de género: diferentes formas de transitar, diferentes formas de construirse

En este capítulo se recogieron las definiciones de masculinidad y feminidad de los sujetos entrevistados. Entre dichas definiciones se encontraron dos formas de argumentar: oposición y complementariedad. Los entrevistados Derly y Gabriel son ejemplo de las construcciones de género binarias, donde se oponen los conceptos de feminidad y masculinidad, con la característica particular de que ambos lo hacen a partir de juicios de valor, en donde se exalta de forma idealizada el género hacia el cual se transita, y se define el otro a partir de juicios de valor peyorativos. Lo

¹¹ MTF, es una sigla utilizada en inglés que significa *male to female*, para hacer referencia al tránsito de masculino a femenino.

anterior da lugar a construcciones de género bastante conservadoras; sin embargo, la Medicina también tiene un rol importante en este tipo de construcciones basadas en valores tradicionalistas, puesto que, aunque implique la patologización de las personas *trans*, muchas veces prefieren adscribirse al modelo de transexual que la Medicina propone como “correcto”, para así acceder a las intervenciones médicas a partir del sistema de salud y no de manera independiente.

Por otro lado, la construcción genérica a partir de la complementariedad es ejemplificada a través de las experiencias de Salvador y Juan Felipe, quienes prefieren una definición de su género que no es estrictamente binaria, donde se toman elementos de cada uno de los géneros. Ambos entrevistados construyen otras masculinidades, que, contrario a la masculinidad hegemónica, se definen por el ejercicio de unos valores equitativos e igualitarios respecto a las mujeres, donde el respeto hacia ellas es parte fundamental.

Por último, en este capítulo abordé un tema importante al cual llegamos gracias al ejercicio comparativo entre el tránsito masculino y el tránsito femenino: el cambio de estatus en las relaciones de poder que existen entre los géneros. Como se mencionó antes, cada uno de los tránsitos tiene implicaciones que se pueden expresar en términos de pérdida y ganancia, en los tránsitos masculinos suelen adquirirse ciertos privilegios que son los mismos que ostentan los hombres en cualquier sociedad patriarcal, entiéndase por ello libertad, movilidad, poder de adquisición, respeto, etc., mientras que en los tránsitos femeninos, estos privilegios que antes se podían exigir con mayor naturalidad, entran en detrimento con la nueva identificación femenina. Sin embargo, se hizo énfasis en que esta “negociación” influyen de manera significativa otros factores que atraviesan al sujeto, como el nivel socioeconómico, raza, oficio, entre otros.

Conclusiones

“Una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma”

La Agrado

(Almodóvar, 1999)

Uno de los resultados clave de esta investigación y que entra en diálogo con algunas ideas del campo de estudios de género es que, en efecto, como he mostrado a lo largo de este escrito, el género es un hacer: algo que se construye diariamente con empeño, con rutinas, con el cuerpo, con formas de ver el mundo, lo cual lo hace diferente en cada individuo. Sin embargo, saber que el género es una construcción social no elimina los efectos de esta construcción hasta el punto de que podamos manipular a voluntad las condiciones de ‘nuestro género’. Judith Butler así lo reconoce cuando discute con los críticos de “El Género en Disputa” (Butler, 2007), que confunden construcción con voluntarismo. La autora insiste en que una construcción no es una “especie de artefacto manipulable, porque el sujeto del género no está “ni antes ni después del proceso de generización”, sino que sólo emerge dentro (y como la matriz de) las relaciones de género mismas” (Butler, 2007). En otras palabras estamos inmersos en relaciones de género, y las relaciones de género están también dentro de nosotros, de modo que es imposible escapar del género. Como no se puede escapar de él ni de sus efectos, algo de eso que llamamos “disforia de género” caracteriza muchas corporeidades, aunque este “síndrome” sólo se ha utilizado para describir formas pre-transsexuales de la disconformidad de género (Halberstam, 2008).

A partir de los argumentos expuestos en el párrafo anterior, es posible acercarse a la experiencia de los sujetos entrevistados. A lo largo del texto ellos nos contaron cómo construyen su “nuevo género”, en qué partes de su cuerpo se sienten más masculinos o femeninos, en qué comportamiento sienten que se alejan de lo femenino y se acercan a lo masculino, cuándo y en qué contextos sienten vulneradas sus construcciones genéricas e identitarias. Sin embargo, es claro que aun cuando demuestran ese carácter de *construcción* en cada una de sus prácticas, esas identidades en muchos aspectos están enmarcadas dentro de las lógicas dicotómicas del sistema heteronormativo de sexo-género, puesto que surgen dentro de este mismo contexto. A partir de esta situación surge un debate entre activistas y académic+s relativo al “triunfo de la norma” que

representa la reivindicación de las personas *trans* por pertenecer al sistema. Podemos pensar en el matrimonio igualitario como ejemplo de una situación similar, cuestionándonos lo siguiente: ¿por qué reivindicar el derecho a una Institución como el matrimonio, que surge dentro de una matriz heteronormativa? ¿Por qué no crear *otras* formas de organizar la sexualidad y las relaciones de parentesco que nazca a partir de las lógicas heterodisidentes? Algo parecido sucede con la construcción de género en personas *trans*. La mayoría de personas en tránsito terminan reivindicando la pertenencia al mismo sistema que les discrimina, ya sea que estemos hablando del sistema médico, legal, o heteronormativo. Escobar hace referencia a este debate en su investigación comparativa entre México y Colombia:

La investigadora María Fernanda Carrillo (Carrillo, 2008) pone énfasis en la *transgresión* que implican lo transgénero y lo transexual. Retomando los trabajos de George Bataille, considera lo *trans* como un ejemplo de la tensión entre erotismo y prohibición, que aboca a rupturas e indefiniciones que si bien violentan el orden establecido no lo destruyen en su totalidad.

Desde una perspectiva sociológica del cambio cultural, Carrillo analiza el proceso de reconocimiento de la personalidad jurídica para personas transgénero y transexuales en la Ciudad de México durante el año 2008. En sus planteamientos, si bien la transgresión es ruptura con órdenes establecidos para lo humano, justamente se inscribe dentro de sentidos racionales, por lo que su fuerza radica en los mismo órdenes que confronta. Así, la transgresión se hace ritual y se institucionaliza, lo que explica la paradoja de que lo transgresor se agencie a través del mismo orden que impugna, es decir, apela a la ley. Esto sería evidente en el caso de reivindicaciones que confrontan un orden subjetivo donde la concordancia entre el sexo, el género y el deseo se generaliza como imperativa para todos, imponiendo una identidad binaria, y sin embargo acuden al discurso jurídico como vía de institucionalización del cambio buscado. En ese proceso de institucionalización “la transgresión realiza una ruptura en el orden pero no se inserta en él” (Carrillo, 2008), de tal manera que la una resulta necesaria para el otro (Escobar, 2011, pág. 45).

A partir de lo anterior, podemos afirmar que la cultura occidental contemporánea posibilita la *maleabilidad del cuerpo* pero la inscribe en los órdenes duales de sexo-género vigentes. Al retomar la posibilidad de que el cuerpo modificado interpele los sentidos que buscan determinarlo, su resistencia al poder -en la vía de des-subyugarse de los discursos que dominan la corporalidad viable surge con toda su potencia. Sin embargo, también está siempre presente la posibilidad de que el cuerpo que transgrede los ordenamientos termine por deificar el poder que lo determina.

Así el cuerpo *trans* aparece en los discursos que lo analizan con toda la complejidad de sus contradicciones (Escobar, 2011).

El sociólogo estadounidense Howard Becker, en su libro “Outsiders: hacia una sociología de la desviación” (Becker, 2009), propone una categoría desde la que encuentro interesante analizar a las personas en tránsito. Según Becker todos los grupos sociales establecen reglas y, en determinado momento y bajo ciertas circunstancias, también intentan aplicarlas. Esas reglas sociales definen las situaciones y comportamientos considerados apropiados, diferenciando las acciones “correctas” de las equivocadas y prohibidas. Cuando la regla debe ser aplicada, es probable que el supuesto infractor sea visto como un tipo de persona especial, como alguien incapaz de vivir según las normas acordadas por el grupo y que no merece confianza. Es considerado un *outsider*, un marginal (Becker, 2009). Esta situación descrita por Becker recoge muy bien la experiencia que podría tener cualquier persona con el género. Al nacer le es asignado a cada sujeto un género a partir de su órgano genital, de ahí en adelante los padres, la Escuela, las Leyes, la Medicina y la mayoría de Instituciones en las que este sujeto se vea imbuido se encargarán de reforzar en él una serie de normas relativas al género que le ha sido asignado. La reiteración de estas normas se ve afianzada por el “riesgo de caer” en las normas del otro grupo, es decir del otro género, si no se observan las asignadas con suficiente empeño. Esto sería lo que Becker denomina “acciones equivocadas y prohibidas”.

Los sujetos que deciden transitar rompen el pacto implícito que existe respecto al género, lo cual acarrea sanciones informales de todo tipo. Este “castigo” al rompimiento de la norma se hace con base en la discriminación de rasgos sociales que fomentan la estabilidad (y que son por lo tanto “funcionales”) y rasgos sociales que buscan interrumpir la estabilidad (o sea, disfuncionales) (Becker, 2009); sin embargo, cabe preguntarse respecto a las personas *trans*: una persona puede romper las reglas de un grupo por el simple hecho de atenerse a las reglas de otro, ¿es entonces una persona desviada? (Becker, 2009).

En efecto, la mayoría de tránsitos resultan ser el rompimiento de un grupo de normas para someterse a otras. Andrea García en su investigación sobre experiencias *trans* en Bogotá, lo define con las siguientes palabras: “me di cuenta que muchas de las luchas del feminismo consistían

precisamente en deshacer la categoría impuesta de mujer, mientras que muchas de las búsquedas *trans* consistían precisamente en reproducirla, en encarnarla” (García, 2010). Ahora bien, el hecho de que las personas *trans* realicen este rompimiento de normas a partir de su tránsito no las convierte en *outsiders* o marginales, es la sociedad quien crea esta desviación. Los grupos sociales crean la desviación al establecer las normas cuya infracción constituye una desviación y al aplicar esas normas a personas en particular y etiquetarlas como marginales. Desde este punto de vista, la desviación no es una cualidad del acto que la persona comete, sino una consecuencia de la aplicación de reglas y sanciones sobre el “infractor” a manos de terceros. Es desviado quien ha sido exitosamente etiquetado como tal, y el comportamiento desviado es el comportamiento que la gente etiqueta como tal (Becker, 2009). El grado en que un acto será tratado como desviado depende también de quién lo comete y de quién se siente perjudicado por él, las reglas suelen ser aplicadas con más fuerza sobre ciertas personas que sobre otras (Becker, 2009), factores como la clase social, grupo etario, nacionalidad, raza, e incluso el tipo de tránsito que se realice (masculino a femenino o femenino a masculino) tienen influencia directa sobre los cuerpos que se castigan y la forma en que se impone dicho castigo. En otras palabras, la desviación no es una cualidad intrínseca al comportamiento en sí, sino la interacción entre la persona que actúa y aquellos que responden a su accionar (Becker, 2009).

La cita de Becker en el párrafo anterior hace referencia a una situación que es fundamental en las experiencias *trans*: las interacciones. En varios fragmentos de los relatos de vida, los entrevistados midieron sus interacciones sociales en términos de éxito o fracaso según el rechazo o aceptación, si fueron o no reconocidos como sujetos *trans*, en el hecho de contar o no con una pareja, en las violencias de las que han sido víctimas a razón de su construcción identitaria, entre otras. Erving Goffman en su obra “La Presentación del Self en la Vida Cotidiana”, hace un análisis sobre los diferentes elementos que confluyen cuando se da algún tipo de interacción entre distintos sujetos. Una lectura de sus argumentos, en clave con la experiencia *trans*, nos permite ahondar en el carácter “desestabilizador” que para muchos pueden llegar a tener los tránsitos entre los géneros. Según Goffman:

“La proyección inicial del individuo lo compromete con lo que él se propone ser y le exige dejar de lado toda pretensión de ser otra cosa. A medida que avanza la interacción entre los participantes,

tendrán lugar, como es natural, adiciones y modificaciones de este estado de información inicial, pero es imprescindible que estos desarrollos posteriores estén relacionados sin contradicciones con las posiciones iniciales adoptadas por los diferentes participantes, e incluso estar contruidos sobre la base de aquellas” (Goffman, 1993, pág. 22).

Como expone Goffman, existe una proyección inicial que permite que el otro defina al individuo en determinadas categorías necesarias para entenderlo; en este punto, las experiencias de tránsito se convierten en un “desestabilizador” de dichas interacciones en la medida en que presenta un grado de ambigüedad frente a dos categorías fundamentales y prácticamente universales: hombre y mujer.

Cualquier definición proyectada de la situación tiene un carácter moral particular. La sociedad está organizada sobre el principio de que todo individuo que posee ciertas características sociales tiene un derecho moral a esperar que otro los valore y lo traten de un modo apropiado. En conexión con este principio hay un segundo, a saber: que un individuo que implícita o explícitamente pretende tener ciertas características sociales deberá ser en la realidad lo que alega ser. En consecuencia, cuando un individuo proyecta una definición de la situación y con ello hace una demanda implícita o explícita de ser una persona de determinado tipo, automáticamente presenta una exigencia moral a los otros, obligándolos a valorarlo y tratarlo de la manera que tienen derecho a esperar las personas de su tipo. También implícitamente renuncia a toda demanda a ser lo que él no parece ser, y en consecuencia renuncia al tratamiento que sería apropiado para dichos individuos, los otros descubren, entonces, que el individuo les ha informado acerca de lo que “es” y de lo que ellos *deberían* ver en ese “es” (Goffman, 1993, pág. 24).

El tema de la moral tiene un papel muy importante dentro de las construcciones de género tradicionales, es más, podría afirmarse que los binarismos de género están contruidos a partir de bases morales que pretenden asignar ciertos valores a cada sexo, por lo cual se vuelve aún más complicada la interacción con las personas en tránsito sexual, en la medida en que, al transgredir la heteronormatividad, transgreden también ciertas premisas morales acerca de la sexualidad, de la “forma correcta de ser hombre y la forma correcta de ser mujer”. Por otro lado, cuando Goffman afirma que una persona que “pretende tener ciertas características sociales deberá ser en la realidad lo que alega ser” (Goffman, 1993, pág. 24), vuelve la ambigüedad a convertirse en un punto fundamental, debido a que esa veracidad sobre lo que alega ser varía según las personas que hacen

parte de la interacción, pues mientras la persona transgénero asegura ser de determinado sexo y se proyecte como tal, “la información que emana de él o ella” (Goffman, 1993, pág. 14) puede brindar al interlocutor un mensaje diferente, lo cual puede tornar la interacción en una situación incómoda o de plano negativa para ambas personas.

Para finalizar, me gustaría plantear un análisis acerca de la forma en que académic+s y activistas estamos abordando el tema de las experiencias *trans*. En muchos de los textos e investigaciones que utilicé para este trabajo encontré un esfuerzo desmesurado por delimitar categorías que definan cada experiencia de tránsito. A partir de un juicio riguroso en detalles como el órgano genital de quien transita, pretensiones acerca del tránsito, acercamiento al Sistema Médico, acercamiento o alejamiento a las lógicas binarias de la heteronormatividad, orientación sexual, etc., se genera un gran debate por elaborar etiquetas que, en mi opinión, antes que dar cuenta de lo que pasa en la realidad de estas personas, reducen y restringen las experiencias de tránsito entre los géneros. Los usos de esas categorías en la práctica de las personas *trans* son muy diferentes, los límites entre una y otra no son estrictamente claros, al contrario, se mezclan características de unas con otras según el contexto y el discurso de la persona que transita. En ocasiones, escoger una forma de denominarse dentro de esta gama de etiquetas no es ni si quiera un tema relevante para las personas *trans*, puesto que este esfuerzo clasificatorio no es enteramente propio de quien aprehende el tránsito por medio de la experiencia, de lo empírico; pertenece más bien al afán clasificatorio de académic+s, activistas, abogados, médicos que se esfuerzan por elaborar políticas públicas, diagnósticos, tesis, etc. en las cuales estas identidades resulten inteligibles dentro de sus modelos interpretativos.

Como mencioné anteriormente, los usos que los sujetos *trans* tienen de estos conceptos son muy diferentes a los que plantean las Instituciones, y es muy importante para este tipo de investigaciones donde se aborda el tema, reconocer que sus conocimientos son válidos, los saberes que ellos y ellas mismas construyen les ayudan a entenderse dentro de un sistema que no estuvo pensado para ellos. En palabras de las autoras Antar Martínez y Marisela Montenegro:

“Las diversas maneras de concebir el género, sugieren programas sociopolíticos divergentes. Las diferentes “teorías sobre el género” y las agendas que desprenden de ellas están fuertemente

ancladas por la *situacionalidad* de los agentes en un contexto específico, en una ubicación determinada dentro de un entramado social más bien complejo. Las teorías y las concepciones funcionan como tecnologías, como herramientas que permiten abordar el mundo social, moverse en él y transformarlo. Es en estos universos subjetivos donde se juegan la exclusión, el acceso, la divergencia y la alianza, la estructura y la función” (Martínez & Montenegro, 2010, pág. 33).

Las experiencias *trans* no las definimos nosotras y nosotros, sino ellas y ellos. Es importante considerar los conocimientos de sus propias experiencias como *una* verdad que puede entrar a debatir con las diferentes verdades que las Instituciones (académicas, médicas, estatales...) han elaborado, sin que este debate se vea atravesado por las relaciones de poder tradicionales entre quien tiene la legitimación de su conocimiento a través de la academia y las Instituciones tradicionales, y quien no la tiene. Es por ello que en esta investigación las entrevistadas y los entrevistados tienen la palabra, porque es a través de su experiencia-no-académica que he descubierto los matices, formas y colores que puede encarnar el género, porque a través de sus emociones descubrí la importancia de los rituales cotidianos que nos constituyen como sujetos inteligibles, y porque no hay construcción si no es a través del diálogo, un diálogo donde las certezas del mundo son sujetas de debate.

Bibliografía

- Almodóvar, P. (1999). *Todo Sobre mi Madre*. España: El Deseo.
- Association, A. P. (2016). *Diagnostic and Statistical Manual: Mental Disorder (DSM5-U)*. Estados Unidos.
- Beauvoir, S. d. (1987). *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX.
- Becker, H. (2009). *Outsiders: hacia una Sociología de la Desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benjamin, H. (1966). *The Transsexual Phenomenon*. New York: The Julian Press, INC. Publishers .
- Benjamin, H. (2001). Transvestism and transsexualism. *International Journal of Sexology*, Vol 7.
- Bento, B. A. (2004). Da Transexualidade Oficial ás Transexualidades. En M. F. Adriana Piscitelli, *Sexualidade e saberes: convenções e fronteiras* (págs. 143-172). Rio de Janeiro: Editorial Garamond.
- Bourdieu, P. (2000). *La Dominación Masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que Importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El Género en Disputa*. Barcelona : Pidos Ibérica.
- Carrillo, F. (2008). *Transgresión Desde Adentro: el caso del reconocimiento jurídico de las personas transgénero y transexuales en Ciudad de México*. Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Castillo, E. (2007). *Feminicidio: mujeres que mueren por violencia intrafamiliar en Colombia*. Bogotá: Profamilia Social.
- Charriez, M. (2013). Transexualidad: ¿ construcción de una realidad? *Revista Griot*, 18-28.
- Connell, R. W., & Messerschmidt, J. W. (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept. *Gender and Society*, 829-859.
- Durkheim, É. (1993). *Las Reglas del Método Sociológico*. Madrid: Ediciones Morata .
- Escobar, M. R. (2011). *Cuerpos en Resistencia: Corporalidad, Resistencia y Poder en los Movimientos Sociales Latinoamericanos*. México D.F. Ciudad Universitaria: Tesis Doctoral.
- García, A. (2010). *Tacones, Siliconas, Hormonas. Teoría feminista y experiencias trans en Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Goffman, E. (1993). *La presentación del self en la vida cotidiana*. Madrid: Amorroutu.

- Góngora, A. (2003). *Estética de Closet: Puesta en escena del género y visibilidad gay*. Bogotá: Tesis de grado en Antropología. Universidad Nacional de Colombia. .
- Gregori, N. (2006). Los Cuerpos Ficticios de la Biomedicina. El proceso de construcción del género en los protocolos médicos de asignación de sexo en bebés intersexuales. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 103-124.
- Halberstam, J. (2008). *Masculinidad Femenina*. Madrid: Editorial Egales .
- Haraway, D. (1991). Conocimientos Situados: La Cuestión Científica en el Feminismo y el Privilegio de la Perspectiva Parcial. En D. Haraway, *Ciencia, Cyborgs y Mujeres: La Reinención de la Naturaleza* (págs. 183-201). Madrid: Editorial Cátedra. .
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs and Women: The Reivention on Nature*. Londres : Free Association Books.
- Hausman, B. (1995). *Changing Sex: Transsexualism, Technology, and the Idea of Gender*. Durham: Duke University Press .
- Hawkesworth, M. (1997). Confounding Gender. *Journal of women in culture and society* , 649-85.
- Herrera, C. (2011). *Más Allá de las Etiquetas* . Navarra : Txalaparta .
- Jimeno, M. (2006). *“Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida”*. Bogotá.: Editorial Universidad Nacional.
- Kimmel, M. (1996). *Manhood in America: a cultural history*. New York: Free Press.
- Kressler, S., & Mckena, W. (2000). Who Put the "Trans" in Transgender. En S. Lafont, *Constructing Sexualities, readings in sexuality and culture* (págs. 223-226). Estados Unidos: Pearson Education.
- Lamas, M. (2009). El Fenómeno Trans. *Debate Feminista*, 3-13.
- Laqueur, T. (1994). *La Construcción del Sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.
- Liao, H.-A. (2006). Toward an epistemology of participatory communication: a feminist perspective. *The Howard Journal of Communication*, 101-118.
- López, M. (2015). *Transitando La Italia: trayectorias migratorias de las travestis colombianas, trabajadoras sexuales en Italia, en la década de los noventa*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lozano, L. (2010). *La Sangre de las Otras. Cambios generacionales en la percepción de la menstruación y su relación con la dominación masculina*. Granada: Universidad de Granada.

- Martínez, A., & Montenegro, M. (2010). Narrativas en Torno al Trastorno de la Identidad Sexual: de la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos. *Prisma Social*, 1-44.
- Melo, M. (2006). “Representaciones de la sexualidad en revistas femeninas juveniles”. En M. Viveros, *Saberes, Culturas y Derechos Sexuales en Colombisa*. Bogotá.
- Ortiz, A. (2014). *Tránsitos como Experiencia e identificación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Preciado, B. (2009). *Entrevista con Beatriz Preciado*. Murcia: Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=mAQCCacL08c>.
- Profamilia. (2015). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud*. Colombia.
- Pujol, J., Montenegro, M., & Balasch, M. (2003). Los límites de la metáfora lingüística: implicaciones de una perspectiva corporeizada para la práctica investigadora e interventora. *Política y Sociedad*, 57-70.
- Pulido, C., & Portell, D. (2012). Communicative acts which promotes new masculinities. *Hipatia Press*, 61-80.
- Rubin, H. (1996). “Do you believe in gender?” . *Sojourner*, 7-8.
- Rubio, J. (2004). Aspectos Sociológicos de la Transexualidad. *Nómadas*, 1-20.
- Rutter-Jensen, C. (2005). *Pasarela Paralela: escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza*. Bogotá: Universidad Javeriana .
- Scott, J. (1990). El Género: una categoría útil para el análisis histórico. . En J. S. Mary Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (págs. 1053-1075). Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- Sterling, A. F. (2006). *Cuerpos Sexuados*. Barcelona: Editorial Melusina .
- Stoller, R. (1982). *A Experiencia transsexual* . Rio de Janeiro: Imago.
- Talero, M. (2006). Utopía del Ser. En F. Serrano, *Otros Cuerpos, Otras Sexualidades* (págs. 34-53). Bogotá: Instituto Pensar Universidad Javeriana.
- Velandia, M. (2004). “El derecho a estar siendo o la posibilidad emocional, teórica y experiencial de las identidades móviles: Una comprensión desde el mundo de las travestis trabajadoras sexuales”. *Memorias seminario hacia una agenda sobre sexualidad y derechos humanos en Colombia*.